

EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL
AÑO 3 NRO 30 AGOSTO 2018



ALARCÓN ANTOKOLETZ HUERTA BERNACHEA CABALLERO CASTRO ALFARO
CCORI GUERRERO CUNONISY LOSTAUNAU DAGATTI DÍAZ DÍAZ MARCOS
DÍAZ NÚÑEZ FEDERICI FRINI GAMARNIK GARCÍA.F GARCÍA.J
GENNARO GONOROWSKY HERNÁNDEZ VÁZQUEZ HUERTA LÓPEZ ARAIZA
MALDONADO MIRANDA OSNAYA MIRELLA S. MUÑOZ RAMÍREZ MURILLO
PALACIOS PAZ PANANA RAMACCIOTTI RAMÍREZ BIEDERMANN RENDEL
ROMÁN ENCINAS SA SOSA URIEL VALENCIA VARGAS RAMOS
VÁZQUEZ VIDAL SANTURIÓN

EL NARRATORIO

EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL

AÑO 3 NRO 30 - AGOSTO 2018

ISSN
2591-3123

EDICIÓN Y DISEÑO DE TAPA:
RENATE MÖRDER

IMÁGENES:
PIXABAY

COPYRIGHT:
EL COPYRIGHT DE LOS CUENTOS PUBLICADOS PERTENECE A SUS AUTORES.
QUIENES RESPONDEN ACERCA DE LA AUTORÍA Y ORIGINALIDAD DE LOS
MISMOS.

BAJO LICENCIA CREATIVE COMMONS ATRIBUCIÓN-NOCOMERCIAL-
SINDERIVAR 4.0 INTERNACIONAL



DIRECTOR Y PROPIETARIO:
FEDERICO A. MARONGIU

PROPIEDAD INTELECTUAL:
N° DE REGISTRO 5.348.677

EN LA WEB:
WWW.ELNARRATORIO.COM.AR
WWW.ISSUU.COM/ELNARRATORIO

E-MAIL:
ELNARRATORIOBLOG@GMAIL.COM
ELNARRATORIODIGITAL@GMAIL.COM

ÍNDICE

<u>LOS BORDES DEL SILENCIO MIRELLA S.</u>	<u>7</u>
<u>EL AMOR SON LAS COSAS QUE PASAN AGUSTINA</u>	
<u>MURILLO</u>	<u>10</u>
<u>LAS MUECAS JUAN RAMÍREZ BIEDERMANN</u>	<u>14</u>
<u>POR EL MISMO CAMINO DIEGO VIDAL SANTURIÓN</u>	<u>18</u>
<u>LAS UÑAS VERÓNICA MIRANDA OSNAYA</u>	<u>21</u>
<u>BAJANDO LA ESCALERA CHRIS URIEL</u>	<u>26</u>
<u>LA JAULA EMILIO PAZ PANANA</u>	<u>29</u>
<u>PESADILLA KELLY JOSÉ MUÑOZ RAMÍREZ</u>	<u>33</u>
<u>ÉRAMOS UN MILLÓN DE ANIMALITOS CIEGOS DANIEL</u>	
<u>FRINI</u>	<u>37</u>
<u>EL COLOMBÓFILO OSWALDO CASTRO ALFARO</u>	<u>40</u>
<u>CAMINITO TANIA HUERTA POZO</u>	<u>43</u>
<u>EXPEDICIÓN CERO CARLOS M.FEDERICI</u>	<u>46</u>
<u>LAS TRES CARAS DE LA MONEDA DANIEL ANTOKOLETZ</u>	
<u>HUERTA</u>	<u>52</u>
<u>JAIME. EL MATAAUTORES JOSÉ A.GARCÍA</u>	<u>56</u>
<u>TOLEDO Y EL AMOR DIANA MARINA GAMARNIK</u>	<u>60</u>
<u>LA NÁUSEA CLARA GONOROWSKY</u>	<u>63</u>
<u>DESDE ABAJO SILVIA MABEL VÁZQUEZ</u>	<u>66</u>
<u>LA COSA HUGO DÍAZ</u>	<u>68</u>
<u>LA SIRENA SUICIDA CINTHYA SARAHI DÍAZ NÚÑEZ</u>	
<u>71</u>	
<u>EL JUBILADO NORA CURONISY LOSTAUNAU</u>	<u>73</u>
<u>LA IRA DEL HOMBRE COMÚN LUCIANO ANDRÉS</u>	
<u>VALENCIA</u>	<u>76</u>
<u>EL SENTIDO OCULTO MARCO A.ROMÁN ENCINAS</u>	<u>79</u>

<u>ME PREGUNTARÉ JOSÉ LUIS DÍAZ MARCOS</u>	<u>82</u>
<u>PERSPECTIVA DORIAN HERNÁNDEZ VÁZQUEZ</u>	<u>85</u>
<u>EN CUSTODIA DE LA ESPECIE MARÍA DEL CARMEN</u>	
<u>RAMACCIOTTI</u>	<u>88</u>
<u>EL DIFUNTO DE LA SALA II TARA-ISABEL</u>	
<u>CABALLERO</u>	<u>91</u>
<u>VISITA NOCTURNA CRISTIAN BERNACHEA</u>	<u>95</u>
<u>LICENCIA PARA USAR PARAGUAS MIRNA GENNARO</u>	<u>100</u>
<u>LA SENSACIÓN DE LO PERDIDO MARIO LÓPEZ ARAIZA</u>	
<u>VALENCIA</u>	<u>104</u>
<u>HACK LIFE FACUNDO MALDONADO</u>	<u>106</u>
<u>FELIZ CUMPLEAÑOS YOLANDA SA</u>	<u>109</u>
<u>VUELO DE ÁGUILAS AMALIA RENGEL</u>	<u>115</u>
<u>ESPERANZA RICARDO ALARCÓN</u>	<u>121</u>
<u>LOS SUPERVIVIENTES ANA PALACIOS</u>	<u>126</u>
<u>OBSESIÓN ANTHONY CCORI GUERRERO</u>	<u>129</u>
<u>BLANCO LUTO GRACIELA VARGAS RAMOS</u>	<u>133</u>
<u>UN HOMBRE MADURO FELIPE E. GARCÍA</u>	<u>136</u>
<u>LA HABITACIÓN EN LLAMAS PATRICIA DAGATTI</u>	<u>141</u>
<u>LA VILLERA MARINA SOSA</u>	<u>144</u>



LOS BORDES DEL SILENCIO

MIRELLA S

Hubo días en que peleaba con él dentro de mi cabeza. Peleas estériles: cómo te podés pelear con el silencio. Pero yo insistía, le ponía palabras a su boca, aunque sabía que él nunca las hubiera dicho. Era querer penetrar lo impenetrable. Soy terca, en eso me le parezco. Terca y charlatana; papá, terco y mudo.

Te hablaba con la mirada, con gestos mínimos. El dedo índice en alto era peor que si esgrimiera las tablas de la ley. Hasta el perro bajaba la cola y se acurrucaba en su cucha. Había elaborado un eficaz y práctico código de señas. Si alguna comida resultaba insípida, cerraba los dedos como si estuviera sosteniendo un recipiente invisible y agitaba la mano repetidas veces sobre el plato, hasta que alguno de nosotros le alcanzaba el salero.

No consigo establecer en qué momento dejó de hablar. Durante el colegio primario me ayudaba con las tareas de matemáticas y ciencias naturales. Siempre parco, si no entendía, él apelaba a gráficos o dibujos. Yo parloteaba sin parar, quizás para incitarlo con mis preguntas o a través de las anécdotas escolares. Al cabo de un rato cruzaba el índice sobre los labios ¡ni que estuviéramos en un hospital o en un templo!

En mi época del secundario ya había enmudecido. El índice hablaba por él. Se ve que de tanto usarlo se le había estirado, porque era el dedo más largo de la mano derecha. En ocasiones también recurría al pulgar para hacernos saber que le llenáramos el vaso o, en casos de máxima desaprobación, lo curvaba hacia abajo, como un emperador que decreta la muerte de un derrotado. Ahí sí que me sentía una gladiadora a merced de un *retiarius* a punto de ser ensartada por el tridente.

Si movía el dedo índice de izquierda a derecha todo dependía de la energía del desplazamiento. Si era lento, había alguna chance de negociación. Entonces, lo mejor era observarle los ojos. Si se le encendían dos destellos en el centro de su negrura, estaba aflojando, había posibilidades.

Cuando cumplí los quince pude tener la fiestita, con una serie de pautas a obedecer escritas a máquina en una hoja que encontré clavada con una chinche en la puerta de mi dormitorio. Tuvo la cortesía de no mostrarse ante mis amigos y las veces que fui a la cocina a buscar bebidas, escuché el tecleo de la Olivetti que provenía de la piecita en la terraza.

Mamá tampoco era conversadora y cuando hablaba había que estar atenta, su voz era un susurro, casi un suspiro. En la adolescencia mis cuestionamientos se multiplicaron y le pregunté cómo se las arreglaba el viejo en la oficina, quién podía tolerar un hablante mudo. Ella se encogió de hombros con delicadeza y dijo: *papá no es necesario que hable, trabaja en un archivo, solo, en el sótano. Por un montacargas le bajan los*

expedientes.

Apenas el mundo giró hacia mi lado y me abrió una puerta, escapé del círculo de silencio y gestos. Desparramé mi cháchara por donde anduviera, indiscriminadamente, y entablé esos simulacros mentales en los que le formulaba preguntas, acusaciones, reproches, que él contestaba con lo que yo hubiera querido que contestase. Muy a mi pesar, también aparecía la mímica. Si necesitaba una aprobación, él unía el índice y el pulgar en un círculo que luego movía hacia abajo, la boca sesgada por la improbabilidad de una sonrisa.

Yo viajaba mucho en esos tiempos. Daba conferencias de lo que fuera: había encontrado un canal para mi verborragia. De la familia casi no tenía noticias. Ocasionalmente llamaba a mamá, pero su voz se había vuelto tan tenue que la conversación era un puro *qué dijiste... cómo... no te entendí, me repetís...* entonces prefería hablar con la tía Magda, una chismosa que le sobraban palabras.

Por ella supe que el viejo estaba internado. Tomé el primer avión y durante el vuelo me dediqué a esos coloquios inventados, incapaz de perdonarle que no hubiera más tiempo para escucharlo y conocerlo.

Mamá me abrazó y, sin hablarme, salió de la habitación. Magda me dijo que se había quedado afónica de repente, ni la voz finita le salía.

Me acerqué a la cama. Debió percibir el calor de mi cuerpo y abrió los ojos, en los que ya cabalgaba la muerte. Movié un poco los labios, me incliné y él dijo: *viniste, mi chiquita*. La voz le vibró como las cuerdas de un violín desafinado. Cerró los ojos y se fue hacia el territorio del silencio definitivo.

Después del funeral, mamá se recostó y yo, sin motivo alguno, subí las escaleras hacia la pieza de los cachivaches. La encontré limpia, vacía de los trastos que solían abarrotarla.

Debajo de la ventana había una mesita, sobre ella la máquina Olivetti, como un escarabajo prehistórico. Completaban el escenario una silla incómoda en su austeridad y una hilera de estantes de metal que guardaban cajas etiquetadas. Tomé la que correspondía al año 1998, fecha en la que me había ido de casa. Contenía carpetas marrones, de archivo, una para cada mes del año, deformadas por la cantidad de papeles, que habían empezado a tomar el color de las hojas en otoño.

Leí al azar. Encontré todas las palabras que él no me había dicho, las había guardado en esas cajas. Quedé anclada en ellas, reemplazaron las que yo había fabricado y repetido por tanto tiempo.

MIRELLA S.

Italia/Argentina

Blog: <https://palabrascomopajaros.blogspot.com/>



**EL AMOR SON
LAS COSAS QUE
PASAN**

AGUSTINA MURILLO

Enrique es chileno. Yo lo conocí en Argentina, pero él vive en Francia. Enrique es alto, es flaco, su piel es blanca y tiene ronchas rojas que le salen de vez en cuando, su pelo es graso, sucio. Enrique tiene dos pantalones y tres camisas que usa indistintamente para todo, en su ropa se puede ver el paso del tiempo. Enrique tiene una foto con Raúl Zurita. Enrique me hace pensar en el azar, en el destino y en la capacidad de aprender.

Era 24 de marzo en Argentina. Se puede decir que el 24 de marzo es un día en donde los argentinos recordamos, cada uno recuerda lo que quiere, más bien, lo que puede, el asunto es que nos juntamos todos con ese fin, bueno todos no, nos juntamos muchos. Vamos a la plaza y nos pegoteamos un rato y es como si algo de esa cercanía corporal funcionará como un cargador de batería de celular y también es como si esa batería que cargamos ahí nos durara justo un año. Hay personas que por distintos motivos hay años que no van y hay otras que dejaron de ir para siempre. En general eso pasa cuando la carga que queda en el cuerpo no alcanza para llevar a la persona a la plaza, es algo parecido a la tristeza. También hay otras personas que no fueron ni van a ir nunca el 24 de marzo a la plaza, no es que ese tipo de personas no necesite carga, es solo que tienen un cargador distinto. Es como si nosotros fuéramos de una marca y ellos fueran de otra.

Ese 24 yo fui sola a la plaza, fui sola porque quería y porque podía, porque me sentía libre y no era la libertad de andar sola sino la libertad de saber que ahí iban a estar los míos y de que íbamos a estar juntos. En esa soledad común que genera la confianza compartida lo conozco a Enrique. Una Mariposa se había posado sobre mi hombro. Él en voz baja, para no asustar a la mariposa, pensé en ese momento pero ahora pienso que para no asustarme a mí, me pregunta si le puede sacar una foto.

Al poco tiempo, al muy muy poco tiempo, Enrique empezó a hablarme de amigos de él, puntualmente de amigos que habían muerto bajo distintas circunstancias trágicas. Fue como si no midiera lo que decía de manera gradual. En la lista implícita de temas que todos tenemos para hablar con desconocidos ese era un track número once o doce pero Enrique no contaba, ni va a contar nunca, con esas listas. Él podía hacer de ese tema y de cualquier otro tema que quisiera el tema número uno sin importar el interlocutor porque para Enrique somos todos iguales. Pero yo a eso, en ese momento no lo sabía y cuando empezó a hablar de sus amigos muertos ni siquiera le creí, la combinación de su apariencia con lo que decía lo hacía parecer por lo menos loco. *Este chileno de mierda está mandando fruta*, pensé. Pero después, en la medida en que siguió hablando supe que decía la verdad y pude darme cuenta de que Enrique era un verdadero artista y que vivía como tal y que él, como sus amigos artistas muertos, también se podía morir de manera trágica en cualquier momento. Se podía morir en

cualquier momento porque vivía de manera intensa, de manera riesgosa. Se podía morir como se habían muerto los compañeros que ese día íbamos a la plaza a recordar.

Yo no sé porque estamos tan habituados a asociar la muerte con la vejez, a esta altura no creo que sea una cuestión de estadísticas, empiezo a pensar que la idea de morir de viejo es una idea que está al servicio de vivir poco, en el caso de que eso se pueda medir de alguna manera, pero que sobre todo está al servicio de vivir con miedo, en un estar ahí lleno de vida pero más muerto de miedo que otra cosa. Lo hermoso de Enrique es que él no era un muerto que te hacía pensar en la vida como los compañeros que ahí estábamos recordando, él estaba vivo y aunque hablaba de su vida me hacía pensar en la mía.

En la plaza me preguntaba, no entendía, por qué estábamos todos cantando y contentos si nos juntábamos por algo tan triste. *Ya pues, es que esta alegría en Chile no está permitida por protocolo*, me dijo. Yo no sé qué fue lo que le dije pero lo que le quise decir es que los argentinos somos personas con capacidad de aprender y que por eso podemos transformar el dolor en alegría. Aunque ahora pienso que es una boludez adjudicarles esa cualidad a los argentinos porque en realidad está lleno de argentinos cabeza de termo incapaces de aprender nada y dispuestos a vivir en la mierda para siempre. Entonces mejor es pensar que eso es una capacidad que a algunas personas se les da y que justo en esa plaza había muchas de ellas. Y eso fue lo que no sé si llegué a explicarle a Enrique pero que en el fondo sé que él lo sabía mejor que yo.

Y ahora también pienso que es una boludez lo que dije antes en el texto sobre la diferencia de marcas de los cargadores de celular porque en este momento, después de la explicación de la transformación de tristeza en alegría, puedo ver en mi cabeza un montón de personas que conozco y que quiero mucho, veo a esas personas que por alguna razón que no estoy en condiciones de explicar no van a la plaza y además piensan que ir a la plaza es una gilada y que cuando votan, votan con el culo, con caca, no sé con qué votan pero votan para la mierda. Pero después, en el todos los días, en el diario, esas personas que yo conozco son más buenas que yo y son más buenas que muchos de los que se juntan en la plaza los 24 de marzo. Y entonces ahora, recién ahora, por fin y por suerte, estoy más confundida que antes y me pregunto qué es lo que nos une y qué es lo que nos diferencia a todos nosotros.

Y cuando tengo que responder algo así pienso en Enrique que inevitablemente se convirtió en mi amigo durante su mes de estadía en Buenos Aires. Durante ese mes que compartimos yo me pregunté qué era lo que estaba haciendo con mi vida. De pronto me di cuenta que estaba en un trabajo hacía cuatro años y que hacía mínimo tres años que lo odiaba, odiaba a mi jefe y me odiaba a mí también por odiarlo a él, porque no había necesidad de que yo trabaje ahí, porque yo bien sabía que podía

conseguir otro trabajo y sin embargo no lo hacía. Y ahora pienso que eso que yo estaba haciendo con mi vida era mi posición política y supe que no era tan progre como creía serlo y supe que ser progre no es nada y que la política más allá o más acá de la plaza son las cosas que hacemos. Como el amor, o como dice Zurita que es el amor o como dice Enrique que es la muerte. Entonces cuando Enrique se fue a París yo renuncié a mi trabajo y me di cuenta que el miedo que tenía, o que el miedo que sentía a quedarme sin plata y a no conseguir trabajo nunca más en mi vida no era un miedo a la muerte era un miedo que tenía que ver con la vida.

Lo que quiero decir es que quiero mucho a Enrique,
que lo quiero a él y que quiero a sus amigos muertos que nunca voy a conocer,
que lo quiero a Allende que está en su ADN y que formó parte de su historia
como también formó parte de su historia la Revolución Rusa,
las velas de los barcos y las mariposas, y que ahora,
gracias a ellos me quiero más a mí también.

AGUSTINA MURILLO

Argentina

Facebook: <https://www.facebook.com/agustina.murillo.509>



LAS MUECAS

JUAN RAMÍREZ

BIEDERMANN

A calorado, inquieto, se enjugaba el rostro y esa pelada de monje con un trapito de pana celeste, deshilachado en los bordes, manchado con motas blancas de lavandina. Austero de palabras, generoso con las muecas, en aquel tramo final rumbo a la muerte prefirió contestar preguntas o saludos arrugando la frente, inflando con aire sus mejillas, frunciendo los labios o sacando la punta de la lengua como las serpientes.

Solo en ocasiones, como vencido por un antiguo vicio, rescataba esa habilidad suya que por décadas valoró su fiel y variada clientela: hablar sobre libros y lectores. Eran momentos en que entrelazaba sus dedos —como los arrodillados que se disponen a rezar— y clavando los ojos en el oyente de turno, escrutándole como quien se asombra ante la gestación de un temporal, se expresaba con una solvencia y una memoria admirables. Entonces gesticulaba con esas manos de cristal negro —los brazos delgados, los dedos con uñas mordidas—, y estiraba del pasado, por ejemplo, una anécdota sobre la edición del *Obsceno pájaro de la noche* vendida a la hermana Esther Herrera, mujer menuda de ojos transparentes, que estaba al borde tanto de la sordera como de la locura. Contaba que la monja pedía libros desaforadamente, entretanto juraba por arcángeles y serafines que desde ese momento dedicaría sus oraciones exclusivamente a las personas que no conocía y que jamás conocería: estaba harta de los que rogaban consejos y después hacían exactamente lo contrario. O de repente, don Marcelino era capaz de arrancar de su estridente pasado el relato de una puja por la primera edición del *Tirano Banderas* de Opera Omnia, impreso en la madrileña Rivadeneyra, que, en medio de bromas sobre amenaza de balas entre Arsenio Riquelme, Juez de Primera Instancia en lo Criminal, y don José Ignacio Zacur, guaireño de nacimiento, terminaría en manos del descendiente de sirio, uno de los comerciantes de tela más prósperos de Asunción, cuyo padre, según juraba por sus nietos, había compartido un asado con Valle Inclán en el patio de su residencia en Villarrica.

Marcelino Montiel apareció de la nada, como recién llegado de un periplo interminable o rescatado de algún laberinto anónimo. Se nos presentó en una tarde de comienzos de septiembre. Castor Arrúa, mi vecino, fue el primero en atestiguar su figura de rostro equino, de piernas largas y en constante movimiento, como si estuviera dando golpes a los bombos de una batería. Sentado en una mecedora de mimbre, ubicado en medio de aquel pequeño y coqueto jardín de los Montiel, el hombre recibió el crepúsculo en compañía de sus nietas, de un maltés blanco con orejas de albaricoque, y de unos canteros que rebosaban petunias, botones dorados y otras flores de estación. Emergido sin previo aviso, a casi todos nos tomó por sorpresa. Solo algunos, los pocos que conversaban por formalidad y decoro con Raúl,

su hijo mayor, estaban en conocimiento de que Marcelino había pasado más de dos décadas en un refugio colmado de hojas, lomos y anaqueles: su dormitorio. Estaban equivocados los que creyeron que vivió todo ese tiempo en Areguá, con una prima lejana; o en Oviedo, al cuidado del medio hermano de su hermana; o que una afección pulmonar le había consumido en un Centro de salud del Chaco. Error. Marcelino Montiel, desde los hechos de abril de 1976, jamás puso un pie fuera de aquel chalet ubicado sobre la calle Juan de Salazar, salvo para sus consultas médicas.

Lucía una piel arrugada, bien morena, tiznada con lunares descomunales poblando su cuello y los dorsales de sus manos huesudas. Silbaba de tanto en tanto, distraído, parpadeando cadenciosamente, sonriendo a ratos a los niños que corrían a su alrededor o mirando abstraído el campanario de la iglesia de Las Mercedes, su lumbre celeste, su destello anhelante. Mi padre, antaño cliente de su librería, me aseguraba que ese Marcelino Montiel no se parecía en nada al inolvidable librero de *Piovasco*, la mayor librería de usados que tuvo Asunción. Cuando fue al chalet, con el afán de saludarle, se encontró con un señor ausente, despoblado, apenas deseoso por disfrutar de la luz del atardecer, del viento, de las corridas interminables de las hijas de su hijo, y de aquella perrita peluda a quien llamaban *Canario*. Por supuesto que hubiera sido imposible preguntarle acerca de aquel cinco de abril de 1976, cuando fue arrebatado de su casa por tres efectivos policiales. Por más que la curiosidad, o el deseo de conocer verdades, o el simple morbo, hubiese podido impulsar a cualquiera a consultar sobre aquel abril de 1976 en el que desapareció por dos días, de seguro el hombre guardaría un silencio justo y sepulcral. Nada se sabe sobre lo ocurrido. Fuera de las especulaciones, el único hecho concreto e indiscutible es que la librería *Piovasco* abrió sus puertas por última vez el cuatro de abril de 1976. Marcelino Montiel fue detenido en la madrugada del cinco y nadie supo de él hasta tres días después, cuando bajó de un taxi y se metió en su casa por los siguientes veinte años.

Los hijos remataron el millar de libros que el padre tenía a la venta en anaqueles y muebles antiguos. Aquella tienda ubicada en la esquina de Herrera y Estados Unidos se convertiría en un fantasma por los siguientes meses, para luego resucitar, primero como una ferretería y luego como una casa de empeños. Algunos piensan que la causa de la detención obedecería a la visita recurrente de un cliente, hombre cuarentón, calvo, de anteojos con marco grueso, que buscaba hasta el cansancio las ediciones más baratas de Góngora, de García Lorca y de Jack London; aquel hombre moriría en la madrugada del cinco de abril de 1976, luego de haber sido detenido en la feroz redada que realizara la Policía Nacional en el barrio San Cristóbal.

Nadie sabe. Quizá nadie lo sepa nunca. Marcelino Montiel habló poco. Casi nada. Respondió a preguntas con gestos, con muecas repetidas, con silbidos afinados,

jugando con sus nietas, con ese maltés blanco con orejas de albaricoque. Acaso el que conoce las respuestas muchas veces no tiene necesidad ni encuentra motivos para compartirlas. Quizá salió de su encierro solo para mirar los atardeceres que mueren en la bahía, a pocas cuadras del barrio Tuyucuá, donde culmina Asunción y empieza el río.

JUAN RAMÍREZ BIEDERMANN

Paraguay

Twitter: [@zethyaz](#)

Facebook: [Juan Ramírez Biedermann](#)



POR EL MISMO CAMINO

**DIEGO VIDAL
SANTURIÓN**

La voz abrupta de aquel hombre me arrancó de mis cavilaciones. Ese día haría lo mismo tres veces, las dos primeras con palabras, la última con su muerte. Un rostro moreno y afilado, reluciente de sol y sudor, me clava su mirada firme y recia, aunque transparente. Me quedo quieto contra el portón de la casa y lo saludo sin adivinar aún qué es lo que quiere.

—Buen día —digo por decir algo.

—Ando buscando a Benítez —replica el hombre sin contestarme el saludo.

—Un gusto —respondo estirando la mano a modo de presentación— ¿En qué lo puedo servir?

El hombre, que sigue sin quitarme la mirada de encima, no contesta, y sin preocuparse por dejarme con la mano extendida saca de la cintura una pistola que pone a la altura de mis ojos.

—Busco al viejo Benítez, a tu padre.

La frase me toma por sorpresa. Antes, al ver aparecer a aquel hombre a lo lejos sobre el camino del antiguo mercado, su figura difusa de polvo y sol acercándose lenta a la casa, me había hecho recordar a papá. Ya frente a mí, y mientras me apunta con el arma, es él mismo quien evoca la figura del viejo.

—Hace años que ando tras tu padre —otra vez su voz me saca de mis pensamientos— hace más de diez años que lo busco. Desde el primer día en que salí de la cárcel.

No sé por qué, pero entonces se me ocurre que lo mejor es hacer pasar a aquel hombre que ha llegado de repente y de manera tan extraña, ofrecerle un trago, tratarlo bien. El oficio de papá nos dejó eso, la cordialidad, prestarle oído al cliente, estar atento a todos los detalles, respetar. Una contradicción que rompía los ojos, en aquel pueblo perdido en la mitad de la nada, los modales de papá.

—Por favor mi amigo, pase, póngase cómodo.

—¡Llamá a tu padre carajo! —escupe el hombre con furia y apoya ahora su arma en mi sien.

Mantengo la cabeza firme, con fuerza contra el caño. No dejo de mirarlo; y él tampoco. Sigo con una mano apoyada en el portón de la casa; la otra, bajo el poncho, se aferra a mi revólver.

Tras de mí los perros ladran. Desde el fondo de la casa se oye el aleteo nervioso de las gallinas, su correteo alborotado chocándose unas contra otras y también contra el tejido.

—Papá murió... Hace dos días —respondo al fin, diciendo la verdad.

El hombre baja el arma de inmediato. Yo doy un paso atrás. Su mirada, que

había sido de furia, queda vacía. Su rostro, que al principio me había resultado firme y recio se manifiesta entonces viejo y cansado. Ya sin apuntarme me mira con ojos ausentes y no dice nada. Da media vuelta y vuelve tras sus pasos. Al cruzar la portera mascula el nombre de mi padre y larga un insulto de cara al sendero. —Traidor. Cobarde hijo de mil putas...

En ningún momento voltea para mirarme.

Me quedo parado junto al portón de la casa observando su partida. La figura opaca, avanzando hacia el horizonte rojizo de la tarde, se vuelve insignificante.

Lentamente, con el sol del ocaso, se pierde tras el primer repecho del camino al viejo mercado. Entonces y a lo lejos... se oye el tiro.

DIEGO VIDAL SANTURIÓN

Uruguay

Blog: <http://todoesplagio.blogspot.com.uy>

Twitter: [@dvsanturion](https://twitter.com/dvsanturion)

Facebook: [diego.vidalsanturion](https://www.facebook.com/diego.vidalsanturion)

Instagram: [@dvsanturion](https://www.instagram.com/dvsanturion)



LAS UÑAS
VERÓNICA MIRANDA
OSNAYA

Cuando mi abuela se cortaba las uñas las recogía todas en un paño y las trituraba finamente para colocarlas en la composta del jardín. De pequeña no entendía ese ritual, pero me gustaba observar lo delicado del acto, porque era como una ceremonia.

Ella, mi abuela, recogiendo los pedazos de uñas, compactándolos y llevándolos a su destino final.

Un día me atreví a preguntarle por qué razón lo hacía.

Me dijo que tenía la idea de que las uñas eran parte de su cuerpo, de su ser y que un día, en el más allá, cuando su alma no tuviera qué comer, regresaría a por ellas.

—Sembradas en el jardín, sabré dónde estarán.... Porque el alma siempre tiene hambre, incluso en el más allá —me dijo muy segura.

La casa de la abuela se vendió hace un par de años. Me parece que tiraron todo y ahora es un estacionamiento que da acceso a una unidad habitacional en forma de caracol.

La verdad es que paso muy poco por aquí, me trae nostalgia y odio ponerme triste, así que evito el camino.

Llevo varios días de ayuno involuntario, apenas comiendo un poco de avena y bebiendo agua del grifo. Durante muchos años fui propensa a guardar sobrepeso, pero como ha estado la crisis, poco falta para que esté en los huesos.

Recordaba a mi abuela, el hambre en el más allá del que hablaba. Recordé que ella guardaba el polvo de uñas en su jardín.

Eso me dio una idea.

Tomé el pico y la pala, me fui a donde algún día estuvo el jardín de la abuela. Tuve que romper las cadenas que había en la puerta y me di a la tarea de escarbar.

Sí señor, esa fue la razón por la que yo estoy aquí. No entré a robar, ni nada. Es que el hambre me vuelve loca y quisiera las uñas de la abuela para comer.

—¡No se preocupe señorita! sé bien lo que es el hambre. De dónde yo vengo hemos comido hasta sirenas. Bueno, pensaba que eran sirenas, pero en realidad eran manatíes en el lago. Los habían traído desde el caribe para que acabaran con la plaga de lirios, pero los lirios siguen allí y los manatíes nos los comimos después de hacerles el amor.

¿De dónde es usted señor?

—Nací en Xochimilco, de allá soy y nunca me había mudado a otro lugar, pero desde que mi mujer falleció no encuentro sentido a estar solo en mi chinampa.

Aunque le añoro sí, pero es que el llanto de las muñecas no me deja tranquilo. Las muñecas lloran sin voz, tienen unos ojos de canica brillante que no se opaca ni por el liquen que crece en sus globos oculares. Los turistas tejen historias en los cabellos mugrosos de esas muñecas sin alma, y se les olvida que están hechizadas.

Por eso ya no regreso a los embarcaderos, el llanto de las muñecas me persigue como si yo tuviese la culpa de su cautiverio. ¿Usted sabe cuál es el cementerio de muñecas?

No lo sé, creo que nunca lo había pensado.

—Precisamente eso es el cementerio: el no pensar a dónde irán, el abandono, el olvido.

Mi abuela me habló mucho del hambre, nunca me habló de los sentimientos de las muñecas, ni del olvido, ni me habló de las sirenas. Ella era más práctica y previsor. Siempre llenaba los botes vacíos de avena tres minutos con horas llenas de consejos para que no faltase de comer en casa.

Siempre tuvo hambre, aún recuerdo su talla corta y su diminuto vientre pegado a los huesos y sus ojos de aceitunas recién cosechadas aún llevaban el rocío de la mañana. Por eso no me gustan las aceitunas, porque pienso que son sus ojos y yo no me comería los ojos de mi abuela, nunca.

—La gente de antes tenía hambre porque nació en la guerra, porque creció en tierras áridas, con restos de gusanillos en las manos.

¡Oiga señor! ¿A dónde va usted con esa casa cargando en su espalda?

—Pues vea señorita que la pala y el pico que usted usa para buscar las uñas enterradas de su abuela, me han dañado un poco la médula de la sala y los huesos de la cocina.

Disculpe, no imaginé que alguien pudiera estar metido en el jardín enterrado de mi abuela.

—Es cosa del diario, le digo que muchas veces he visto gente como usted buscando algo dentro de las entrañas de la tierra. He visto científicos buscando números áureos en mi espalda dolorida y hasta me han llevado en una caja de petri a su laboratorio para encontrar solo tardígrados somnolientos paseándose en mis pestañas. Hace dos lunas un asesino enterró la nariz de un muerto y ahora me sirve para olfatear el miedo. Por eso su historia no me sorprende señorita, pero estoy seguro

que aquí no he visto, ni he olido las uñas de su abuela.

Ya entiendo, es que fue hace mucho tiempo, cuando yo era niña y ella tan viejita. Pero recuerdo la historia que usted me cuenta de manatíes sirenas comiendo lirios y eso de las muñecas que lloran su soledad en una isla en Xochimilco.

—Eran tan hermosas las sirenas, flotaban en los canales, flotaban y nadaban dejando ver la carne transparente de paraísos en sus entrañas. No fui el único que hizo el amor con ellas, somos tan iguales, tan comunes entre nosotros, que solo nos separan las dimensiones, y los nombres. Le puedo decir que hasta mi esposa se trepó en los labios de esos seres y construyeron besos eternos llenos de ternura y pasión.

Mi esposa fue arrollada por una turba de cochinillas que habían nacido y crecido en las orejas de la sirena. No murió allí, tengo que confesarle que mi esposa yace en el paladar de algún glotón.

Debe ser horroroso perder a un ser querido de esa forma. Mi abuela murió muy distinto. Simplemente abrió las ventanas de su casa que daban a la calle y se sentó todo el día a ver a la gente pasar, de todos los vecinos se despidió y a todos les bendijo mientras de un bolso pequeño sacaba las joyas de toda su vida y las repartía sin miramientos después de escuchar de todos y cada uno de ellos sus dolencias y pesares. Tomó nota y las hojas las metió en una olla que puso a fuego lento para hacer un té de tristezas y dolor. Bebió la infusión y se fue a dormir, morir.

—¿Se da cuenta usted? Dormir y Morir suenan igual. Sueño y Muerte son lo mismo.

Disculpe que me tenga que retirar, pronto amanecerá y debo ir a cortar las uñas de mis dedos para preparar una torta. ¿No quiere que le ayude a reparar nada en su casa?

—No, solo le pediría que no olvide cubrir bien de tierra el boquete que usted ha hecho, sabe, es que los niños son muy traviesos y suelen sembrar trampas con sal para lastimarme.

¡Adiós señor! así lo haré, pero dígame, ¿cómo se llama?

—Tengo muchos nombres, pero aquí me puedes llamar simplemente, Caracol.

¡Qué bien! ¡Ha sido un placer charlar con usted!

Caracolas en el cielo gris, caracolas en el vaho de la mañana. Cadáveres de gusanos en huesos

rotos de sirenas olvidadas en el lago. Ríos atrapados en el hormigón de concreto. Puentes sin salida y hombres durmiendo en las alas de un avión. Refugios para suicidas en el edificio próximo a casa donde la abuela enterró los restos de sus uñas y donde ahora yo escribo esta historia mientras escucho al viejo de los fierros viejos repetir una y otra vez una frase que nace de la necesidad y no de la creación.

VERÓNICA MIRANDA OSNAYA

México

Página web: www.veronicamaldoror.com

Facebook: [Verónica Miranda Maldoror](#)



BAJANDO LA ESCALERA CHRIS URIEL

Bajando la escalera de la estación de subte Alem vos te largás a llorar. Sabía que esto iba a pasar, pero quería que llegásemos por lo menos al andén, para poder contenerte y abrazarte como es debido, sin tener que estar pendiente de no tropezamos con el escalón, o tener que escuchar las puteadas de las personas que quieren pasar. El mundo se debe haber puesto en pausa, ya que los únicos seres humanos presentes en esa escena éramos vos y yo. Nadie más. Era el universo diciendo: “acá va a pasar algo increíble, tengo que ver esto, después sigo con la vida rutinaria de siempre”.

Y el universo no se equivocó. Ahí paso algo. Pasó magia. Ya sé que fueron segundos. Pero ¿No hay momentos fugaces que nos marcan por el resto de la vida? No voy a decir que se sintió como una eternidad. No. Porque ese momento ya era eterno. La eternidad no se siente. Pero quedate tranquila que sí sentí todo lo que me querías decir con esa mirada, esos ojos que juntaban humedad en la cornisa del párpado; no necesité suponer lo que te estaba pasando por la mente porque tu mirada ya lo había dejado en claro. Vos estabas un escalón más arriba que yo. No metafóricamente hablando. Literalmente. Ni bien sentiste que no podías llorar y bajar las escaleras a la vez decidiste frenarte en ese escalón. Subí el escalón y me abalancé contra vos. La fuerza de la inercia sumada a la fuerza emocional del momento logró que te muevas cinco centímetros hacia atrás. Mi mano apoyada sobre tu cabeza funcionó como una suerte de parachoque impidiendo que te golpees contra la pared. El efecto rebote hizo que nos moviéramos dos centímetros hacia adelante y quedáramos a tres de tu posición original, donde habías decidido frenarte. Ahí estábamos. Vos y yo. Juntos. Separados por cosas materiales como abrigos y bufandas pero unidos por las cosas que vivimos, las risas compartidas, las tardes en la plaza...

Ahí estábamos. Mi vista, enfocada en la unión entre los azulejos coloridos de aquel túnel y tu sobretodo tan característico de vos. Mi nariz, en estado de shock por la mezcla de fragancias que estaban gestándose entre mi perfume, el tuyo y el hedor peculiar de los subterráneos. Mi piel, enloquecida por un choque de sensaciones entre el frío que viene de la avenida, el calor de la boca de subte y en el medio tus brazos rodeándome y apretujándome de la forma más real posible. Mi mente... mi mente, concentrada en transmitirte todo el amor que me restaba para que vos estés bien, transmitirte la paz que te merecés en este momento en el que te estás derrumbando, transmitirte que no estoy enojado con vos, para nada, estoy orgulloso de lo que estás haciendo porque eso me da a entender que estuvimos en la misma sintonía todo este tiempo y no fueron puras palabras o gestos de solidaridad hacia conmigo.

Si me preguntás cuánto tiempo duró ese abrazo, te miento; te la debo; me mataste. Pero de que acabamos de tener el mejor abrazo de los últimos años de este

país, no me cabe duda alguna. Bueno, no sé si el mejor, pero dentro del *top ten* estaría. Sin embargo, como todo abrazo que se siente al final como se va apagando este también lo empezó a hacer. Yo ya no sentía la misma fuerza con la que me estrujaban tus brazos firmes al comienzo, esos brazos ya estaban caídos, temblorosos. Necesitaba traducirse en palabras lo que hace instantes te había transmitido con la mente, con mi cuerpo, con mi corazón. Levanté tu cabeza de mi pecho recubierto por una campera de gabardina empapada a causa de tus lágrimas, enfoqué mi vista en tu ojo celeste derecho y te dije:

“Ey, no te hagas drama, no pasa nada”.

Si me preguntás que expresión tenía mi cara cuando se lo dije te vuelvo a responder: Si te digo te miento; te la debo; me mataste. Pero de que su carita se llenó de fuerza, seguridad y amor, no me cabe duda alguna. Pude sentir como entre ella y yo se desenredaban nuestras almas como un *rewind* de alguien que deja auriculares dentro de un bolsillo. Pude sentir como entre ella y yo habíamos fabricado una especie de *ying y yang* de nuestras almas en las que cada mitad estaba compuesta por una parte del otro. Pero, al fin y al cabo, lo más importante: Pude sentir como le volvía el alma al cuerpo.

CHRIS URIEL

Argentina

Instagram: www.instagram.com/chrisuriel/

Facebook: www.facebook.com/chris.urieel



LA JAULA

EMILIO PAZ PANANA

Ya han pasado veinte años. Aún recuerdo su rostro. Sus manos sobre mi piel y el sonido delicado de su voz. Aún recuerdo la forma cómo hacíamos el amor y ese abrazo después del sexo.

Han pasado veinte años, pero ella no está más aquí.

Escucho a todo el mundo que se acerca, que se aproxima en el silencio. Cuatro blancas paredes se han vuelto mis amigas. Pero ninguna me responde. Solo me responde el sonido de las máquinas que entienden mi progresivo silencio. Un silencio que es mundano, pero que es el único que me queda.

No tengo remedio, no tengo sentimientos, no tengo energía. Cada noche es un sentir, a mi costado, a mi familia, a mis amigos o al vacío. A veces, cuando ellos se retiran y despierto en la madrugada, miro al vacío sin poder colgarme del techo. Una frustración prolongada desciende por mis piernas, pero es solo mi imaginación. Ya son veinte años en la misma situación. ¿Acaso no entienden sobre mi dolor?

Son veinte años donde mi cuerpo es una jaula. Un vacío interno. Una palabra muda que solo se entiende en simples parpadeos. Las lágrimas caen por mis ojos, se meten en mis oídos y siento ese dolor agudo que provoca un zumbido.

¡Carajo!

Concibo que mi mente está retorciéndose, recordando cada momento que viví con ella y el cúmulo de sus falsas promesas. Ese brío cuento donde me decía que se quedaría para siempre, pero el “para siempre” siempre es más corto que los parpadeos. Comenzó a dejar de venir pasados tres meses del accidente. Ella solo había sufrido un par de golpes, yo había llevado la peor parte. Íbamos paseando con el Ford de mi padre y tuvimos la inesperada idea de irnos por carretera. Eran las dos de la madrugada y ella decidió pasar su mano por mi pierna, provocando que aflorara el deseo. Nos besamos y en un descuido impactamos. Dimos para mi lado y ella salió con los golpes propios de un accidente, pero yo quedé con golpes más severos. No recuerdo mucho más de la escena, inmediatamente quedé en trauma shock. Desperté pasados cuarenta y cinco días. Abrí los ojos y estaban todos, incluso ella.

Quería gesticular palabras, pero no podía. No entendía que pasaba. Mi madre me acariciaba la cabeza y decía que sobreviví, pero con graves secuelas. No solo había sufrido el impacto, sino que también un derrame que afectó gran parte de mis funciones. Solo podía mover los ojos y ser consciente de lo que me decían. No podía hablar, tocar, sentir. No podía ser independiente. Fueron meses cansados. Pero ella seguía viniendo diariamente. Con ese tono de culpa propio del ser humano.

Pero la vida es cruel, muchas veces es cruel.

Ella comenzó a venir menos. Mi familia se había percatado. Querían llenar ese vacío. Me repetían que tenía que trabajar, pero era bien sabido que solo deseaba

rehacer su vida. ¿Quién querría cargar con un saco de huesos y músculos? Incluso, ni músculos poseía. Ya era una especie de espejismo de lo que significaba ser un hombre. Era la única forma de llamarme. Muchas ideas tocaban mi almohada, ideas de querer acabar con todo.

Ni yo mismo soportaba mi condición, pero qué hacer. Mi familia moría si yo moría.

Pero es inmejorable el tiempo de saber que solo soy un bulto. Me da tiempo de conversar con mis demonios. Con esas paredes blancas, con las máquinas que me cuidan. Hay largas noches donde la luz no entra completamente y solo me queda esconderme entre mis propias ideas. No hay personas para conversar. Solo se encargan de alimentarme y de asearme. Poco o nada pueden hacer. A veces creo que hasta mi familia se va a aburrir de verme.

Todos los días, la misma rutina.

Todas las horas, las mismas penas.

Había que tener limpia la jaula. Mi alma, como yo mismo lo pensaba, era descrita como un pájaro azul que se golpeaba, diariamente, contra los fierros. Pero no podía emitir sonido alguno, ni un canto melancólico. Era un ave de paso, capturada por el infortunio de un día.

Y así iban pasando los días calendario, tan lentos como granos de arena que caen sin pensar en su caída. Así me sentía yo: cada día, un día menos. Ya no había necesidad de celebrar cumpleaños o fiestas en general. Solo era que nos debíamos ir, lentamente, a un espacio oculto dentro de nosotros mismos. Y yo ya encontraba paz en dicho lugar. Poco a poco, la familia fue disminuyendo, solo mi madre quedaba hasta el final. Han pasado veinte años y la he visto envejecer más rápido que de costumbre. Ya se encuentra cansada.

No le pude dar nietos y eso que, cuando yo era adolescente, me decía que quería tener muchos nietos. Siempre le encantaron los bebés. Ahora cumple esa función conmigo. No deja que los enfermeros me cuiden cuando ella está presente. Pero en el fondo ya me daba igual. Ya sentía normalidad que cualquier mano me tocara, igual no podía sentir ni repugnancia ni placer. Solo era ver y tratar de recordar lo que era sentir con la piel. Recordar el sabor de las comidas, aunque ya no masticara o el golpe del aire, aunque ya no poseía ese poder. Ya era muy diferente la vida para mí. No era lo mismo que esperaba ni lo mismo que quería.

Han pasado veinte años y aún la recuerdo. Y ese recordar es más doloroso que una aguja sobre la piel. Porque ese recuerdo queda grabado en el alma y, lentamente, siento su ausencia. No había forma de decirle algo, ni de poder dejarla libre. Solo sentía el vacío inconmensurable de no poder quejarme, de mandar al carajo todo, de

vociferar todos los sentimientos guardados.

Sabía que tenía escaras por la posición eterna que poseía, pero no las sentía. No sentía dolor y algunos dirán que era placentero no sentir dolor, pero es falso. Quería quejarme, llorar, decir que algo me agradaba o que algo odiaba. Sentir el sabor de las comidas, las caricias de mi madre, el placer del sexo o siquiera el pinchazo de una aguja. Extrañaba hasta sentir el ardor de una picadura de mosquito.

Extrañaba todo eso. Extrañaba sentir los cambios de estación. No podía sentir más, solo las lágrimas dentro de mi oído y ese prolongado zumbido. Lo único, era tan constante que ya me estaba acostumbrando. Ahí descubrí que algunas rutinas son asesinas.

Ya solo me quedaba mirar hasta donde pudieran voltear mis ojos. Ese era mi mundo. Las cuatro paredes, el sonido de las máquinas y las ideas que nacían en mi almohada. No tenía otro mundo. Era todo lo que podía tener.

Este cuarto era mi hogar, pero yo me había vuelto en una jaula.

EMILIO PAZ PANANA

Perú

El Edén de la poesía: <https://edenpoetico.wordpress.com/>



PESADILLA

**KELLY JOSÉ MUÑOZ
RAMÍREZ**

Sentía el cuerpo adolorido y los párpados pesados. El día, más ajetreado de lo usual, había agotado sus energías, y la cama, desordenada a causa de la ropa sin doblar y las sábanas puestas de cualquier forma, lucía mucho más cómoda de lo que en realidad era.

Se lavó los dientes sin ganas, llevada por la simple costumbre de hacerlo, sin pensar en caries ni en infecciones dentales, al fin y al cabo, lavarse los dientes antes de dormir, era una de esas cosas que se aprenden y luego de un tiempo se hacen sin pensar.

Se sacó la ropa de trabajo y se puso una camiseta vieja. Quitó el revoltijo de ropa, limpia y sucia por igual, que había amontonada sobre la cama y la tiró sin miramientos sobre la silla del escritorio.

Se tendió en la cama cansada a más no poder, deseando no tener que madrugar al día siguiente y lamentando por millonésima vez el haber escogido esa profesión.

Cayó en un sueño profundo tan pronto como cerró los ojos y allí estaba de nuevo.

Flotaba contra el techo de la habitación mientras se veía a sí misma tendida sobre la cama, el cabello suelto y desordenado sobre la almohada de funda rosa; dormía sobre el lado derecho, la cara vuelta hacia la pared, los brazos unidos al lado de la cabeza y las piernas plegadas sobre el abdomen, su posición favorita. La cobija rosa, a juego con la funda de la almohada, le cubría hasta el pecho, en un intento apenas efectivo para protegerse del frío. Vio ropa amontonada sobre la silla del escritorio y algunas prendas más regadas sobre el piso, casi como olvidadas.

La cortina blanca de la ventana que daba a la calle, delgada y casi traslúcida, dejaba pasar suficiente luz como para ver cada detalle del cuarto desde aquella elevada perspectiva.

Había soñado tantas veces lo mismo, que su corazón empezó a aumentar el ritmo segundos antes de verlo.

De la esquina más alejada de la habitación emergía una sombra, alta y delgada, que con pasos largos se acercaba a la cama, su cama. Permanecía allí, en pie, mirándola dormir, mientras su otro yo lo veía todo desde su posición flotante.

Después de una eternidad, o quizá solo unos cuantos minutos o un par de segundos, aquella sombra se acostaba al lado de su cuerpo dormido, haciéndolo estremecer de forma casi imperceptible, para luego acariciarle el cabello y el rostro.

Para ese momento, el corazón le latía tan rápido que por algunos instantes parecía perder el ritmo, mientras abría la boca en un grito mudo, en un intento vano por lograr que su otro yo, ese que yacía dormido sobre la cama, despertara para huir de aquella oscuridad que la rodeaba.

No podía, la sombra continuaba allí, deslizándose una mano negra de dedos largos sobre su cara, su cuello, sus brazos, bajando poco a poco la manta para dejar al descubierto el resto del cuerpo, mientras ella seguía gritando pegada al techo, sin poder hacer nada más que mirar y gritar, consciente de cómo acabaría aquello.

Con el corazón a punto de explotar, despertó en medio de un grito.

Salió de la cama de un salto, y encendió la luz.

Nada, solo la cama con las cobijas desordenadas, la mesa de noche con el joyero y el reloj digital marcando las 03:17 am, el escritorio lleno de libros y ropa, y ella, de pie junto a la puerta, sudando y con los ojos abiertos a más no poder.

Apagó la luz y miró la cama vacía, no había sombras ni seres oscuros. Todo había sido una pesadilla.

Regresó a la cama, temblando, con el sabor amargo del miedo aun en la boca.

Allí se quedó tendida hasta que cayó sumida en un sueño superficial e intranquilo, que en poco ayudó a mitigar el cansancio acumulado del día.

Con la luz de la mañana llegaron la tranquilidad y el olvido. También las carreras y las preocupaciones del trabajo.

Al caer la noche repitió su rutina, y con ella, volvió la pesadilla, el sobresalto y el miedo.

Ya había perdido la cuenta de las noches sin un sueño reparador, pero al llegar cada amanecer, olvidaba por completo la angustia y continuaba con la vida, hasta que regresaba aquel sueño, y con él, el miedo.

Siempre era lo mismo, caía profunda al tocar la almohada solo para despertar algunos minutos o un par de horas después, con el corazón latiendo a toda marcha, sudorosa y angustiada.

Regresó a casa igual que todos los días, cansada de los afanes del trabajo, sin energía para hacer nada que no fuere dormir. Comió algo rápido, se lavó los dientes y se puso su camiseta vieja. Retiró la ropa de la cama y la pasó a la silla del escritorio, *mañana debo doblarla*, se dijo a sí misma. Se acostó y cayó dormida mientras pensaba en todo lo que debería hacer al día siguiente.

Despertó con sed a mitad de la madrugada. Fue a la cocina, bebió un vaso de agua y regresó a la habitación. Ya en la cama miró la hora en el reloj sobre la mesa de noche, y se percató que había dormido casi seis horas sin sobresaltos. Era la primera noche en semanas que no tenía pesadillas.

Miró de nuevo el reloj, complacida ante la idea de poder dormir un par de horas más y se dejó caer contra la almohada.

Se encontraba al borde del sueño cuando lo sintió.

La parte del colchón desocupado a su espalda se hundió bajo el peso de un

cuerpo.

Abrió los ojos alarmada y contuvo la respiración durante un par de segundos, esperando por un nuevo movimiento, no lo hubo, todo se mantuvo en calma.

Estoy imaginando cosas, pensó antes de cerrar los ojos.

Un par de segundos más y allí estaba de nuevo.

Había algo en la cama a su espalda, y ese algo, se movía.

Abrió los ojos asustada, recordando parte de su pesadilla. Se mantuvo inmóvil, respirando con inhalaciones rápidas y superficiales en un intento por pasar desapercibida.

El reloj de la mesa de noche marcaba las 03:15 horas con el sutil brillo verdoso de siempre, insuficiente como para vencer la oscuridad de la habitación.

Sintió de nuevo el movimiento, como si alguien, o algo, intentara encontrar una posición más cómoda sobre la cama.

Luego fue su cabello, un roce, casi una caricia. Se repitió y su corazón se detuvo por un segundo, haciéndola sentir que moría, para luego reiniciar su marcha en una veloz y desacompasada carrera.

Sintió aquella mano, garra, o lo que fuera, tocar su hombro. Y con aquel toque, su resistencia acabó por ceder.

Intentó levantarse y escapar.

Intentó gritar.

No logró nada.

Sentía los brazos y las piernas pesadas, inútiles.

Su cuerpo no respondía pese a que su cerebro enviaba la señal correcta:
¡¡HUYE!!

Lo sintió bajar por su brazo y cualquier asomo de cordura desapareció, para ser reemplazada por el terror en estado puro, al recordar por fin como acababa su pesadilla.

Parpadeó y las lágrimas corrieron por su rostro hacía la almohada, mientras aquella caricia no deseada, continuaba.

KELLY JOSÉ MUÑOZ RAMÍREZ
Colombia

Instagram: [kellyjose05](https://www.instagram.com/kellyjose05)
Twitter: [@LadyMorgian](https://twitter.com/LadyMorgian)



**ÉRAMOS UN
MILLÓN DE
ANIMALITOS
CIEGOS**

DANIEL FRINI

Entraron a mi hogar destruyendo todo. El primero en morir fue papá, al tratar de impedir que tomaran a mi madre; pero el más grande de los salvajes; el que, a todas luces, era el jefe del grupo, le asestó un tremendo golpe con su garrote, que deshizo su cabeza.

Mi hermano mayor me tomó entre sus brazos y quiso sacarme de la Gran Sala, alejándonos de Casa. No supe de dónde vino el ataque. Se le doblaron las piernas y caímos. Cuando vi sus ojos vidriosos escudriñando el vacío, comprendí que estaba muerto. Grité con todas mis fuerzas, en una mezcla de impotencia y locura.

Ese fue mi último acto consciente. Nunca más volví a ver a mi familia.

Los salvajes me encerraron en una caja pequeña, en completa oscuridad. Me alimentaban una vez por día y nunca me dejaron salir. El olor y la pesadez del aire eran insoportables.

No sé cuánto duró esa agonía. Perdía el conocimiento de continuo. En mis escasos momentos de lucidez notaba a veces una negrura total y otras, hilos tenues de luz que iluminaban mis manos sangrantes e infectadas, como lo estaba el resto de mi cuerpo. El movimiento bamboleante me mostraba que íbamos andando, hacia un destino que desconocía.

En el delirio de la fiebre, oía desgarradores gemidos y hasta lo que, supuse, eran palabras que decían mis compañeros de marcha y agonía. No reconocí sus lenguajes.

Cierto día, el bullicio del exterior se hizo atronador. En algún momento abrieron la puerta de mi caja y dos salvajes me sacaron, arrastrándome, de ella. La claridad cegadora inundó mis ojos. Cuando, después de un tiempo, pude adaptar mi vista a la luz, comprendí que me encontraba en una jaula. Con gran esfuerzo, me puse en cuclillas y pude apreciar la inmensidad de la trágica escena.

Estábamos en una habitación muy grande, más grande que cualquiera que hubiese visto antes. A ambos lados de un pasillo estaban dispuestas las jaulas, similares a aquella en la que ahora me encontraba, algunas más grandes, otras menores. Unas encima de las otras. En su interior, infinidad de seres de los que habitaron mi tierra. Desde los grandiosos Caballos-con-Trompa, hasta los hermosos Seres-que-Surcan-los-Cielos.

Mi jaula ocupaba uno de los lugares más altos, apenas por debajo de una ventana circular. Poniéndome en puntas de pie, con esfuerzo, a través de ella podía ver un paisaje desolado: una gran extensión de arena, con algunos arbustos esparcidos aquí y allá; una llanura chata, apenas cortada por una montaña solitaria, a lo lejos, detrás del horizonte.

En la jaula vecina habían colocado a una hembra de mi raza, a la que jamás

había visto antes. La cubría de vergüenza su desnudez obligada, y aunque la supuse hermosa, su rostro con sangre seca, sus ojos rojos de llanto y su cuerpo tan maltratado, quizá como el mío; me empujaron a la pena y a la necesidad de consolarla. Le hablé con suavidad, pero ni siquiera me miró. Perdí la cuenta del tiempo que pasamos allí.

No había ningún tipo de separación entre las jaulas de arriba y las de abajo, de modo que el excremento y el orín de las superiores caían, de una a otra, hasta llegar al piso. Muchos de los cautivos que estaban en las jaulas inferiores murieron. Cada día, una vez, los salvajes entraban a la Gran Habitación y retiraban los muertos, ponían a prisioneros recién llegados en otras jaulas y nos daban escaso alimento.

Nos castigaban sin motivo. Creo que mi compañera enloqueció. Lloraba y llamaba, toda hora, a un hijo que no estaba.

Por fin, una mañana en que vi el cielo oscurecido por las nubes, se abrió la puerta de la Gran Habitación y entraron todos los salvajes. A su cabeza, uno de ellos, de pelo blanco y cara surcada por arrugas viejas, y al que nunca habíamos visto; alzó su mano. Se hizo el silencio y con voz atronadora habló con palabras que no entendí, pero que aún escucho en mis oídos como a una maldición, como el motivo y razón de la muerte de mi mundo. Él dijo:

—¡Animales!, mi nombre es Noé.

Afuera se desató la tormenta. Llovió durante cuarenta días y cuarenta noches.

DANIEL FRINI

Argentina

Blog: danielfrini2.blogspot.com.ar/

Facebook: facebook.com/DanielFriniEscritor/

Twitter: [@dfrini](https://twitter.com/dfrini) - Instagram: [danielfrini](https://www.instagram.com/danielfrini)

Ivoox: ivoox.com/podcast-audiotextos-daniel-frini_sq_f1418104_1.html

Tumblr: danielfrini.tumblr.com - Inkspired: getinkspired.com/es/u/danielfrini/



**EL
COLOMBÓFILO
OSWALDO CASTRO
ALFARO**

Las palomas proliferaron como nunca antes y al comienzo las consideramos como algo anecdótico, pero con el correr de los días surgieron incomodidades y preocupación por el riesgo de enfermedades. Uno de los propietarios nos ilustró sobre los gérmenes que podían vivir en la caca de esos pájaros y se nos pusieron los pelos de punta. Ensuciaron terrazas, techos, patios, jardines, áreas comunes y empezaron a hacer nidos en las salientes y recovecos. Incluso se metieron por las ventanas y causaron alboroto con sus tropiezos alocados en busca de la salida. El gorjeo nos tuvo con los nervios crispados. Estábamos acostumbrándonos a convivir con ellas, a esquivarlas, darles miguitas de pan, agua en bateas de plástico y limpiar la cagadera. Los perros del condominio rescataron su instinto ancestral y empezaron a cazarlas. Se aparecían con los hocicos ensangrentados y los cuerpos triturados entre los dientes. El barrido de plumas adquirió tal relevancia que motivó la protesta de los conserjes del predio. Al ser el administrador del edificio me encomendaron la tarea de erradicarlas.

Intenté contactar con un colombófilo. El único nombre que conseguí pertenecía al experto que controló la plaga de estas aves en el centro de la capital y en el Congreso de la República. Su esposa me informó que estaba de viaje por el sur del país y regresaría en un mes. Para esto ya había tomado una medida desesperada y seguía sin entender los motivos de las ausencias de ciertos conocidos.

El hombre de barba canosa y pelo recogido con cola fue el primero en desaparecer del barrio. Desde el malecón lo había visto trepar a la cámara de llanta que le servía como bote y regresar con el carpacho lleno de pescados y cangrejos. Igualmente lo había observado dejar a su perro guardián a cargo de la covacha de triplay que había armado en una de las oquedades cercanas a la pista del Circuito de Playas. En varias ocasiones vi cómo escalaba el acantilado para recurrirse de lo necesario. Podía ser una frazada harapienta, cartones, zapatillas con hueco o ingredientes para disfrazar las lisas y tramboyes que pescaba en el mar. El no verlo por varios días llamó mi atención y coincidió con la disminución de las palomas.

El segundo que dejó de mostrar su humanidad vetusta por las calles aledañas fue el anciano desdentado que escarbaba en las bolsas de basura cuando los serenos no lo espantaban. Nunca le escuché decir una palabra en los veinte años que llevo en esta zona, ni cuando le arrojaban agua fría o lo botaban de mala manera. El mendigo se limitaba a correr y buscar refugio en el asentamiento humano enclavado en el límite de dos distritos. Los habitantes de ese escondite le permitían perderse entre los callejones. Supongo que algunos se identificaban con él, miraban de costado y se tapaban las narices para no respirar su hediondez. Varias veces constaté su ruta de entrada y salida. Su desaparición guardaba relación con la ausencia de halcones y aguiluchos.

Los chiquillos recolectores de monedas y los vendedores de dulces continuaban

apostados en los cruces de las avenidas Principal con Transversa. El impuesto al semáforo era estrechamente vigilado por sus madres, quienes habían invadido los jardines de las bermas centrales, como si estuvieran en un día de campo. Era una batalla ganada a los municipios y se las ingeniaban para calentar sopa o preparar un guiso. Sin embargo, una mañana me sorprendí al notar que dichos lugares estaban casi vacíos. De no ser por una paisana con su hijo amarrado a la espalda que pedía limosna, podría afirmar que una epidemia había terminado con la legión de desarraigados y menesterosos. No tengo explicación para este cambio de ubicación demográfica, pero me pareció hallar una sutil correlación entre este desplazamiento de nómades con cierta limpieza del ambiente, traducida por el escaso aleteo de las palomas.

No sé si mi plan daba resultados, pero rápidamente el cielo fue despejándose y las palomas desapareciendo. Nunca supe dónde aterrizaban los cadáveres. Lo cierto es que el aire no apestaba a animales muertos. Lo que sí me llamó la atención fue la noticia de esa noche. El noticiero informó el fallecimiento de un cocinero, dos auxiliares de guardia y quince niños residentes del Puericultorio. Aquella noche me acosté con cierto malestar que no podía comprender. Una especie de intranquilidad asaltó mis sueños y las pesadillas del amanecer me obligaron a visitar al médico. Al mediodía, y haciendo uso del reposo domiciliario ordenado por mi galeno, me enteré por la televisión que la causa de muerte de mis vecinos aún seguía en investigación y que una hipótesis no revelada por Criminalística tomaba fuerza.

Días después el colombófilo me devolvió la llamada. Se presentó como eximio controlador de plagas aéreas y advirtió que lo de las palomas era un fenómeno ocasional. En su opinión, la proliferación obedecía al retraso en las migraciones de las aves rapaces encargadas de mantener a raya las poblaciones de aves. Con absoluta autoridad afirmó que esta ocurrencia era debida a alteraciones mínimas y transitorias del eje magnético de la Tierra. Sostuvo que en un par de semanas veríamos los primeros vuelos de los depredadores. Insistió, como era pertinente, en visitar al condominio, hacer una evaluación preliminar, levantar un estudio de campo para elaborar el diagnóstico y plantear la estrategia a seguir. Cuando mencionó sus honorarios, un nudo en la garganta casi me dejó sin voz. Reaccioné, agradecí y quedé en alcanzarle el veredicto de la junta de propietarios. Antes que me colgara escuché el tono molesto de su recomendación:

—No intente envenenarlas.

—¡Cómo se le ocurre!

—Las palomas mueren y los que se las comen, también.

OSWALDO CASTRO ALFARO

Perú

Facebook: [Oswaldo Castro Alfaro](#)



CAMINITO

TANIA HUERTA POZO

Caminito de piedras con paredes de colores, frente al riachuelo plateado que brilla lleno de lucecitas cantarinas que se deshacen en mis pupilas, recibe la fina lluvia de esa tarde grisácea y ventosa en que la conocí.

Delgada y ojerosa con su tosecita ahogada, con todo el peso de la vida en el alma. Vendía su sonrisa en la puerta de aquel viejo edificio de balcones de madera. De pie, en ligeras ropas, con el frío de julio, su sonrisa falsa cubría su historia plomiza como la tarde.

A diario, bajaba del tranvía con mi uniforme de colegial y pasaba por su puerta cargando mis libros, levantaba el sombrerito en un gesto de saludo mientras mis medias blancas, caídas, casi se arrastraban.

Ella no sabía que yo existía pero vivía en mi corazón de quinceañero.

Ahorré todo el verano, quería conocerla y con toda la vergüenza del mundo entré a ese lugar prohibido, a esa casa del demonio que mi madre me prohibió siquiera mirar.

Las chicas en fila esperaban, fumaban, jugaban con sus rizos entre los dedos con las uñas mal pintadas, soñaban con mejores días con la mirada fija en algún punto del vacío delante de ellas. Sus poses exageradas deseaban alentar a uno a escogerlas. Pero yo ya tenía a mi elegida.

Me paré delante de ella. Tomándome de la mano subimos al piso de arriba entre los gritos de sus compañeras para que me hiciera “debutar” de la mejor manera y risas que me parecían hasta cándidas en ese momento.

Entramos a una habitación que había tenido tiempos mejores, el tapiz de la pared se caía por trozos y las cortinas, de terciopelo viejo tan raído, casi no cubrían el paso de la luz; una jarra y un tazón de loza blanca despostillado eran la única fuente de sanidad, la cual usó antes de ayudarme a desvestirme y acostarme en la cama. Desató el cinturón de su gastada bata blanca. Al fondo se escuchaba un triste tango y juraría que dejó caer su ropa al compás de aquella canción mientras se cubría la boca con un pañuelo percutido al toser. El corset apretaba sus pequeños senos que se asomaban cual palomas blancas de invierno, fue desatando sus lazos mientras mis ojos recorrían cada movimiento de sus manos liberando su albo pecho. Subió uno a uno sus pies a la cama bajándose descuidadamente las medias que cubrían sus piernas hasta medio muslo. Con la boca abierta seguía cada uno de sus movimientos, su cuerpo se movía grácil como el de una bailarina aunque su mirada triste no tenía destino. Quedó desnuda ante mí, tan delgada y frágil que sentía que podía romperse si la abrazaba con fuerza.

El olor a jazmín de su cabello llegó a mí como brisa del más dulce sueño, posó sobre mí su cuerpo llevándome cómo se lleva a una pareja de baile. Alrededor mío

todo era calor, piel y jazmín, el dormitorio ya no existía, solo el vaivén de su cuerpo que me descubría al más sublime placer.

Al terminar, se puso de pie dándome un paño húmedo para que me limpiara mirándome de reojo al ver mi cara avergonzada, aunque feliz.

—“Eres dulce” —fue lo único que escuché de su voz mientras se vestía, encaminándome a la salida.

La verdad, mi recuerdo del mismo hecho es vago, como sombras de colores que se anteponen unas a otras, pero el negro de su cabello sobre sus hombros tan pálidos, el rojo del labial corrido de su boca y sus ojos, que en algún momento se encontraron con los míos, son tan nítidos aun como un sueño tangible.

Supe que se agravó su tos, esa tos que cortó su vida entre sábanas manchadas de gotas rojas de la sangre de mi Florencia, de mi paloma blanca con su sonriente tristeza.

Seguí pasando, pasando por aquel umbral vacío, convertido ahora en el bar La Perla. Y juro que aun siento el olorcito a jazmín que me abraza y me lleva a ese dormitorio húmedo y de madera crujiente con la única ventana por donde las chispas de las aguas del delgado río destellaban en sus ojos.

TANIA HUERTA POZO
Perú

Blog: <http://piesfriosenlaespalda.blogspot.com/>
Fanpage: <https://www.facebook.com/piesfriosenlaespalda/>



EXPEDICIÓN CERO

CARLOS M. FEDERICI

Este cuento, como el que enviara anteriormente, Cuando crezcan de nuevo las flores (Nº 24), está relacionado con nuestro vecino cósmico, el planeta Marte. Sin embargo, el vuelo poético que quise conferir a la primera historia se halla ausente por completo de esta otra, dejando lugar a una mirada más ácida y descarnada y a un asunto quizás menos edificante. En resumen, la ciencia y la tecnología podrán generar muchos cambios, algunos sumamente positivos; pero la naturaleza humana no variaría gran cosa de un milenio al otro, al menos en lo que a mejorar se refiere.

El telemuro que Paxton tenía instalado en su monoblock de las Bahamas era de modelo antiguo. Solo 3D color, sin efectos holográficos.

—¡Ese TM ha de ser prehistórico! —gruñó White—. ¡Viejo tacaño!

—¡A callar! —cortó Scott—. ¡Ya hay imagen del WSC!

En la pantalla mural era febril la actividad. El Cuerpo Técnico del *World Space Center* en pleno se encargaba del control de la misión: era como estar viendo una inmensa colmena de abejas tecnológicas... White, al fondo de la salita, se distrajo contemplando las siluetas de los otros dos, recortadas sobre el fluctuante resplandor.

Dale al Padre Tiempo sesenta y cinco años, pensó, y de seguro hará un trabajo primoroso con quien sea, por mucho que gaste en cirugía reconstituyente...

...Medio siglo y pico atrás, sus reuniones no habían sido tan mustias como esta. Aventajados estudiantes de Ciencias Físicas, miembros del Sigma Chi, aparte de estrellas del equipo de fútbol, desbordaban vida por todos los poros. Las ideas más audaces modulaban su incesante charla, mientras la risa de Paxton restallaba como jocunda metralleta.

Y en cada par de ojos, la imagen de una estrella reflejada. Una muy especial, roja.

—¡Alerta, mundo! —exclamó la voz de un locutor invisible—. ¡Ha llegado por fin el Gran Momento! ¡Nos hallamos al borde de culminar la hazaña humana más portentosa de los últimos seis siglos!... Esta es una transmisión en cadena del WSC para, todos los rincones del planeta, Lunabase y Spaceplace...

“¡Armstrong, Collins, Aldrin: aquí estamos! ¡Viejo Cristóbal Colón..., acabamos de superarte!”

White se agitó en su asiento neumático. Oyó que Scott maldecía la cháchara del locutor; a su izquierda, la seca tos de Paxton colgó un tableteo enfermizo sobre sus cabezas. Con seguridad que ambos estarían pensando en Viñales, igual que el propio White...

...Rollizo y anteojudo hasta la obscenidad, el Genio miraba a todo el mundo por encima del hombro, recordó White. Sin exceptuarlos a ellos, e ignorando olímpicamente su condición de simple extranjero frente a tres cabales exponentes de la mejor sangre *americana*.

—¡Von Braun y sus cohortes están haciéndolo todo al revés! —había pontificado, ya en su primer encuentro—. ¡Cobetes! ¡Pnaji!... ¡Pero vaya uno a razonar con políticos y generales!

—¿Y qué solución propondría usted, vamos a ver —Scott, presidente del “Club de Amigos de la Ciencia Ficción” de Princeton, se había amoscado ante el descaro del sudamericano— para vencer la atracción gravitatoria, eh?

Viñales agitó las manos gordezuelas.

—¡Vencer! ¡Vencer!... ¡Son tan... agresivos, ustedes los yanquis! No es el caso de oponerse a las fuerzas cósmicas, sino de usarlas.

Fue escandaloso... Poco tiempo más tarde, sin embargo, Viñales los había convertido. Se constituyó en abrupto Mesías del descabellado sueño que los tres amigos compartían desde la temprana adolescencia, alimentado con succulentas sopas de Bradbury y sabrosas ensaladas de Heinlein y Clarke. Las credenciales de Viñales deslumbraban: un grado universitario, obtenido a los doce años en su tierra natal, casi perdida entre las moles de Argentina y Brasil; la beca en Princeton a los dieciséis y su actual status de catedrático summa cum laude al filo de los veinte. Por otra parte, su tesis —nunca presentada— quitaba el aliento, a causa de la increíble audacia de sus conceptos. Podía no resultarles simpático, pero era innegable que caminaba junto a Einstein, si no un paso delante de este... Comenzaron a respetarlo.

Siete años después de conocerse, compartían un brindis jubiloso.

—¡Por los canales de Schiaparelli! —exclamó Paxton.

—¡Por el Picnic de Un Millón de Años! —secundó Scott.

—¡Por la posibilidad de Lo Imposible! —remataron a coro, aunque Viñales, que era abstemio, no bebió.

Habían logrado mantenerlo todo en secreto. De haber proclamado sus intenciones, el mundo entero habría estallado en una carcajada incrédula. ¡Nadie debía enterarse de lo que sucedería al alba de aquel 25 de octubre de 1962, sino hasta después de consumado el hecho!

En las Bahamas, la pantalla mostraba una inmensa panorámica de Marte, obtenida desde alguna de las ventanas de la Columbus II. El rugido de los motores de estabilización, en Ultradolby-5, derretía los tímpanos. Olas encrespadas de polvo rojizo se arremolinaban en torno al incontenible invasor.

Violan a Marte, se dijo White. Por segunda vez.

—¡Dios! —susurró Scott—. ¡Creo que van a bajar justo donde...!

Labyrinthis Noctis, cerca del Ecuador marciano. Allí habían apuntado ellos también, cuando la sola idea no parecía otra cosa que una broma grotesca... JFK acababa de prometer la Luna antes de que finalizase la década; ellos, a horcajadas de

un sueño, miraban mucho más arriba.

...Viñales obtuvo fondos para un proyecto centrado, según se dijo, en “las respuestas del organismo humano a condiciones ambientales extremas”. Paxton y Scott, provistos del noventa por ciento del capital, se escurrieron hacia Las Vegas. Sigilosos y deliberados como hienas megalómanas, hicieron saltar seis bancas en cuatro noches delirantes, gracias a un infalible método que concibiera el privilegiado intelecto de Viñales. Pronto se abrieron varias cuentas “fantasmas”, a las que Paxton, un mago para las finanzas, supo sacarles succulento jugo.

Bien pertrechados, pudieron agenciarse los servicios de un puñado de empresas, líderes en sus ramos respectivos. Cada una ignoraba el trabajo de sus competidoras; nadie tuvo una visión global del proyecto... Así, enfundado en el más espeso misterio, dentro de un rancho perdido en las inmediaciones de los Apalaches, el Ray Bradbury fue materializándose.

Parecía una especie de batiscafo enano (no había por qué hacerlo aerodinámico, enfatizó Viñales), en cuyo interior se apretujarían cuatro hombres, maquinaria, raciones alimenticias, reservas de agua reciclable y dispositivos atmosféricos. Con Viñales a bordo, por otro lado, no iban a hacerles falta computadoras, que de cualquier modo les habrían robado una barbaridad de espacio.

White soñó profusamente la noche previa a la partida.

Los canales turquesa, coruscantes bajo la luz melliza de las lunas. Las silenciosas, muertas ciudades, de mosaicos policromos y gráciles chapiteles. Las reliquias de nobles culturas extintas..., aguardándoles.

Saltó de la cama al rayar el día, pero Viñales ya estaba dentro del vehículo, atareado con diales y perillas. Seguramente había pernoctado allí, supuso White, como era de esperarse... Los otros acudieron enseguida, aturcidos, hablando y riéndose en tonos demasiado agudos. Todos temblaban, aunque el clima era bastante templado para la estación...

En lo de Paxton, 65 años más tarde, Scott soltaba un murmullo estrangulado:

—¡Es el mismo lugar, les digo!

—¡Cállate! —rezongaron los otros.

...Bien callados estuvieron, por cierto, al encontrarse por primera vez huérfanos de la Tierra. En gravedad cero, demasiado enfermos para prorrumpir en exclamaciones de pasmo o de placer, sucumbieron al pánico y volvieron los estómagos, agitándose indefensos en el vacío... Más adelante, sin embargo, los juveniles organismos se habituaron al ambiente, aun en medio del implacable bombardeo de los rayos cósmicos, que terminarían por dejarlos estériles a todos, aunque esto solo lo comprobaron algún tiempo después.

El principio de la navegación resultó relativamente sencillo —al menos por entonces, cuando las mentes no estaban llenas de confusión y olvidos—, y pronto fue viable establecer turnos en el comando, mientras el Genio (reservándose para la teoría) calculaba, medía, anotaba y registraba con creciente frenesí.

Seis meses después, semiprotegidos por sus trajes especiales, pisaban suelo marciano.

Y les mordía el frío indescriptible, y les daba vueltas la cabeza, en tanto los pulmones gemían agónicamente por falta de aire vital... Lograron mantenerse erguidos, pese a todo, contraídas las facciones en proceso de congelación, sin lágrimas ni ayes inútiles.

Aun cuando sus sueños estaban hechos trizas.

Porque no hallaron sino soledad, silencio, y yermas llanuras rociadas de rocas y acribilladas de cráteres. Miles y miles de ellos, de todo tamaño, como bocas reseca, desdentadas, como señales de alguna plaga cósmica... Fue demasiado para asumirlo de una sola vez, pero llegaron a hacerlo por etapas, dolorosamente.

Tras escapar por milagro de que los enterrase una tormenta de polvo (durante una de las incursiones que intentaron, en su desesperanza), debieron convencerse de lo obvio: Marte los rechazaba.

Y aún hubo algo más, un golpe traicionero que casi los abate. Viñales confesó haber cometido un error de estimación.

—Marte es... imprevisible —admitió—. ¡No habrá energía suficiente para llevarnos a todos de vuelta, compañeros!

Acudieron, por fin, al recurso extremo. White se encargó de garrapatear nombres en trozos de papel, que echaron dentro de una lata, entreverados con otros en blanco. El azar dictaría el veredicto.

Y, al parecer, el destino sopesó correctamente la balanza, pues Viñales acabó pagando por su propio error.

Partir sin él fue el caos. Grotescos en la caída libre, Scott, Paxton y White tropezaban entre sí, cubriéndose mutuamente de insultos y maldiciones.

—¡No te salgas de curso, desgraciado!

—¡Cuidado el entrar en la atmósfera, malnacidos!

El beso con que los acogió la Madre Tierra, de regreso, los derribó inconscientes. Caídos en el flanco de una montaña nevada, apenas menos hostil que los remotos yermos de Marte, estuvieron a punto de terminar allí. Pero se rebelaron. ¡No era justo aquello!...

Una avalancha súbita engulló al Ray Bradbury, y aunque ellos salieron con vida de aquel trance, el precio fue callarse para siempre. Sin el vehículo, sepultado bajo

toneladas de nieve, y sin Viñales, ¿quién iba a creerles que habían consumado el proyecto irrealizable?... Cuando se les halló, ya tenían convenido su cuento: “venían de un avión caído en las montañas”...

Ahora, a más de medio siglo de la odisea, los sobrecogía una espantosa visión, desde la enorme pantalla del TM... ¡Las cámaras enfocaban los restos de un cadáver congelado!

El locutor tartamudeaba, se confundía, perdía la voz...

White se dobló de súbito, estrujándose la cara reconstituida entre dedos nudosos, que no pudieron contener el torrente de sus lágrimas. Recordó el cruce de miradas, la comprensión tácita surgida entre los tres americanos en el instante crítico. ¡Debían mantenerse unidos!

—¡Éramos tan jóvenes! —sollozó—. ¡Dios, no supimos lo que hacíamos!

Había escrito “Viñales” en todos los papeles...

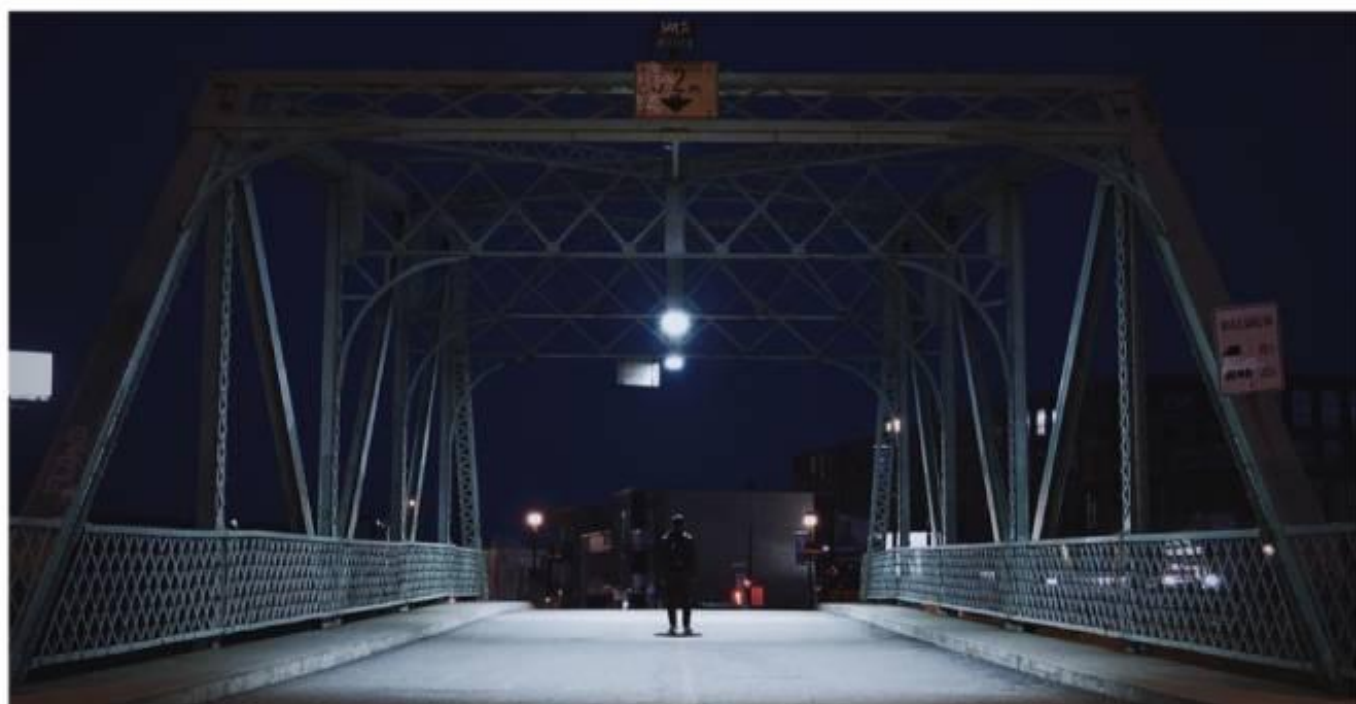
CARLOS MARÍA FEDERICI

Uruguay

Wikipedia: https://es.wikipedia.org/wiki/Carlos_María_Federici

Ilustración:

VIRGIL FINLAY



**LAS TRES
CARAS DE LA
MONEDA
DANIEL ANTOKOLETZ
HUERTA**

C amino por la calle puteando. Ese sorete me robó el trabajo. Se adelantó y lo presentó a los directores antes de que yo lo terminara. Cuando se entere Malena, me va a decir de todo. O no. Es lo que buscaba para abandonarme.

Llego a la sala de juntas, preparo mi computadora, conecto el proyector y comienzo a explicar mi proyecto. Los desgraciados me dejaron llegar al final, y me preguntaron si era mi idea. Les dije que por supuesto, que venía trabajando en ella desde hace varias semanas. Me extraña cómo me miraban. ¿De manera acusadora?. Vuelvo a mi oficina. Me llama el jefe.

—Es muy feo robarle un proyecto a un compañero—. Me dice.

No entiendo nada. Apenas lo escucho recriminándome por hurtarle a Ricardo la posibilidad de avanzar, que eso está mal, y que en la empresa hay un estricto código de ética. Veo la escena en cámara lenta. Mueve los labios, pero apenas puedo entender lo que dice. Algo como que no tolerarán un comportamiento como el mío. Sin mirarme, acomodando unos papeles, me despide.

—Juntá tus porquerías y andate. No quiero verte la cara—. Me grita.

Yo no lo puedo creer, no sé cómo reaccionar. Lo que puedo saber, es que yo destaco demasiado y que opaco al resto. Y Ricardo es el hijo del presidente. Siempre lo ayudé, le enseñé, lo cubrí. Tendría que haberlo previsto. La semana pasada repasé con él las primeras versiones de mi presentación. Ese fue mi error. El hijo de puta se adelantó y la presentó como su idea. Por eso me hacía tantas preguntas. Que cómo se me ocurrió, que cómo haría esto, que cómo haría lo otro, que por qué... Ya me parecía que estaba demasiado atento. Él nunca se interesó por nada que haya diseñado otro. Al cretino solo le importa él.

Puedo ver lo que Malena me va a decir antes de irse: “Viejo estúpido. Yo te lo dije”. Ahora estoy solo. He quedado solo y sin nada.

En la empresa me dieron computadora, celular, auto y, cuando me trasladaron, vivienda. Me hicieron dejar todo. No me dejaron llamar por el celular para avisar a casa, ni pude usar el auto. Ni siquiera me pude acercar al garaje. Me trataron como a un delincuente, cuando la peor basura humana, es el hijo del presidente. Perdí todo. Me dieron un mes para desalojar la casa. No voy a tolerar que nadie me recrimine más nada. Me siento en la baranda al borde del puente... Tiro una moneda. Calculo la distancia contando los segundos hasta que escucho el tintinear en el pavimento. Alguien se acerca. No lo miro, solo le exijo que se aleje, que me deje tranquilo para despedirme de esta desquiciada vida. No me hace caso y comienza a hablar.

¡Hey! Tú, el del borde. ¿Contaste el tiempo que tardó la moneda? Son treinta metros de caída. Va a ser un golpe duro. ¿Crees que lo que te pasó es tan terrible como para suicidarse? Mil cosas pueden suceder. El universo es mucho más extraño de lo

que crees. Y no todo es el final. Aunque saltes, ¿piensas que es el fin? ¿Que morirás y listo? Quizás no suceda así. Con tu suerte, quizás te romperás un par de huesos, los más dolorosos, y sobrevivirás.

Cuéntame. ¿Qué te pasa? Saldremos adelante. Vamos, dime algo. Bueno, si no quieres hablar, lo haré yo. Eres un ejecutivo... Tu cara se contrajo. Lo veo por tu ropa. Eras el ejecutivo de una empresa grande. Ganabas muy bien y algo pasó. Hay mil cosas que aún puedes hacer. Eres joven y fuerte. Seguro que un amigo te traicionó. ¿Cuándo pensaste que era tu amigo? ¿Cuándo lo ayudaste? ¿Cuándo lo cubriste? Los amigos no te roban tu trabajo. Seguro tienes bronca. Le creyeron a él y no te dieron posibilidades de defenderte. ¿No lo esperabas? Vamos, eres inteligente. Hace tiempo querían deshacerse de ti. Siempre con ideas brillantes, proyectos maravillosos. Opacas a casi todos en el departamento de investigación y desarrollo. ¡Epa! Veo que he captado tu interés. Ese mísero trabajo no es digno de tu inteligencia. Diseñas cosas impresionantes para que unos inversionistas mediocres se llenen de dinero, y vos tenés que hacer malabares para pagar la tarjeta de crédito a fin de mes. Todo para que esa reviente en el shopping todo tu maldito sueldo. Tu esposa. Lo único que le interesa es tener lo más exclusivo, y que si no puede conseguirlo, se irá con el mismo que te robó el trabajo. Tu mujer nunca fue tuya, la fidelidad no es una de sus virtudes. Pero eso ya lo sabías ¿no? ¿Por qué no inventas para vos mismo? Por una vez en tu vida, tenés que pensar en vos. Vivir para vos. Estás dolido, y eso está bien. Es lógico. Y no me preguntes cómo cuernos lo sé. Crees que has perdido todo pero pronto verás que ganaste. Seguro que esa mente científica tuya está preguntándose cómo puedo conocerte tanto. Salta y morirás en la ignorancia. No saltes, y quizás algún día comprendas...

Héctor presenta con maestría su idea frente al directorio. Es uno de los mejores proyectos que se le ocurrieron. Espera que lo nombren gerente de investigaciones, y con eso, retener a su Malena. Sabe que lo engaña y que está por dejarlo.

Cuando termina, se extraña con las preguntas que le hace el presidente del directorio. Su hijo le contó de este proyecto hace más o menos una semana. El presidente llama al jefe de Héctor. No puede permitir que un tipo así, por muy brillante que sea, le robe el proyecto a su Ricardo, y con eso se pierda ser gerente.

Héctor es despedido y sus sueños se esfuman. Él sabe que sin su trabajo, pierde la única posibilidad de retener a la promiscua de su esposa. Le obligaron a dejar el celular de la empresa y el automóvil. Quedó en la calle. Tiene un mes para dejar el departamento. Camina hacia el puente de la avenida treinta y seis. Camina y putea maldiciendo su suerte. Sabe que Ricardo lo traicionó. Esa basura se interesó por el proyecto, exprimió toda la información que pudiera darle, y lo mostró a su padre y al

resto de los jefes.

Héctor se sienta en el borde del puente. Ve pasar un camión por la carretera que cruza por abajo. Arroja una moneda para calcular la altura. Son treinta y dos metros. Se dispone a saltar cuando un viejo muy bien vestido se le acerca. Él no quiere escuchar a nadie, pero algo en la voz cascada hace que se detenga.

El viejo le llama la atención. Intenta convencerlo de que no salte. Trata de que se descargue contando su problema. Pero no logra que hable. Decide hacerlo él. Conoce a Héctor como si fuera él mismo. Sabe que la única manera que tiene de evitar que salte es intrigándolo. Un desafío. Algo que le cueste comprenderlo. A la gente inteligente eso la atrapa. El viejo comienza a contarle por lo que está pasando, con lujo de detalles. Le cuenta sobre la traición de Ricardo, su problema con Malena, el despido... Sin dar nombres, por supuesto. Logra su cometido. Héctor se intriga. Se pregunta ¿Cómo sabe tanto sobre su vida? ¿Quién es? ¿Quién lo envió?

Mira hacia un lado y hacia el otro. Ve la espalda del anciano que se aleja con paso cansado pero distinguido. Necesita investigar qué está sucediendo. Ahora necesita saber.

El viejo camina hacia su máquina. Sonríe con satisfacción. Y recuerda. Recuerda cuando era joven, cuando por ese hijo de puta de Ricardo lo despidieron. Recuerda cuando la desgraciada de Malena lo abandonó sin decir nada y se fue buscando a alguien que pagara sus excesos. Recuerda a ese viejo loco que se entrometió, y le sembró una maldita duda. Y él, como científico, no podía llevársela a la tumba.

Se acerca a su extraña máquina y se acomoda en su interior. Es su mejor invento. Antes de activarla y volver a su tiempo, se ve a sí mismo, bajando de la baranda del puente.

DANIEL ANTOKOLETZ HUERTA

Argentina

Facebook: <https://www.facebook.com/daniel.antokoletz>



J A I M E . E L M A T A A U T O R E S

J O S É A . G A R C Í A

La casualidad le llevó a creer que cuanto le sucedía era real. Al menos se acercaba lo suficiente a la realidad como para que el propio Jaime pensara de ese modo. Claro que el principio, como sucede con todas las historias, fue bastante confuso ya que, a decir verdad, no era lo que se dice un lector asiduo de autores contemporáneos. Siempre había preferido a los clásicos, en ediciones más o menos económicas, más o menos llamativas, más o menos de colección. Lecturas que le generaban un placer que creía imposible de encontrar en autores más cercanos; por eso los esquivaba, como si se trataran de enfermos a los que mejor ni acercarse por temor al contagio, a una infección o alguna otra cosa peor.

Como no podía ser de otro modo, este tipo de ideas provenían más que nada de su propia ignorancia en cuanto a teoría literaria, movimientos de vanguardia, operaciones publicitarias, menciones en las redes sociales y asistencia a reuniones culturales. Lo sabía, o al menos lo intuía, pero en poco le preocupaba.

La situación cambió, ya que de otro modo no tendríamos una historia para contar, el día en que, como al pasar, le fue recomendada la lectura de los cuentos de Augusto Monterroso. Eran finales del año 2002 y solo dos meses más tarde pudo hacerse con un libro del hondureño.

Promediaba su lectura cuando lo sacudió la noticia de la muerte del autor.

Regresó, luego, a la lectura de sus clásicos hasta que una portada extraña, poco llamativa pero sugerente en sí misma, atrajo su atención en una de las librerías que siempre visitaba. Era julio del 2004 cuando la primera novela del uruguayo Mario Levrero cayó en sus manos.

La noticia de su fallecimiento llegó poco, muy poco, después.

Eso ya no parecía ser una casualidad. Más que nada cuando para su cumpleaños, en julio de 2007, le regalaron uno de los últimos libros publicados por Roberto Fontanarrosa, que comenzó a leer esa misma noche.

La misma noche en que Fontanarrosa nos dijo adiós.

Al día siguiente, el miedo, la confusión, la sorpresa, la incompreensión, inundaron a Jaime en sucesivas oleadas. Una vez puede ser azar, dos veces una casualidad, pero tres ya no. La tercera vez era algo mucho peor, algo que debería explicarse de algún modo. No podía responsabilizar a la edad de los autores o a sus respectivas enfermedades; allí había algo más. Algo peligroso, algo que era necesario explicar de manera urgente. Principalmente luego de que comenzara a deleitarse con *El Evangelio según Jesucristo* días antes de la muerte de José Saramago y la leyenda de “Jaime el mataautores”, como le llamaban algunos amigos y conocidos, comenzara abiertamente a circular sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

La noticia viajó rápido, y si bien nadie podía acusarlo por la muerte de Roa

Bastos, de quien nunca nada había leído, o de Cortázar, ni mucho menos de Borges o Bioy, otras muertes inexplicables y, claro, dolorosas, dentro del ambiente literario comenzaron a serle adjudicadas. Los rumores no dejaban de circular en un mundillo tan pequeño y, al mismo tiempo, tan lleno de egos, rencillas y disputas; de facciones enfrentadas debido a malos entendidos que podrían solucionarse con una simple charla, pero siempre es más fácil el odio y el desprecio entre las personas que comparten una misma pasión.

Comenzaron a llegarle, sin que el propio Jaime supiera cómo era posible que tanta gente tuviera su dirección postal, cartas con pedidos y ofrecimientos para que leyera la obra de tal o cual autor (de renombre o sin él, edito o inédito, hombre o mujer, nacional o internacional), a cambio de lo que él quisiera pedir por sus servicios. Supo así que los efectos de su lectura solo parecían producirse cuando la escritura no le estaba dirigida de manera directa y personal; una carta a su nombre no implicaba la muerte del remitente, como sí lo hacía en el caso de los libros u otros escritos sin un destinatario específico. Un libro escrito para un hipotético lector se convertía, de esta manera, en un peligro en manos de Jaime.

Le ofrecieron cantidades ingentes de dinero, viajes a exclusivos paraísos vacacionales, mujeres más allá de la belleza habitual, cargos políticos, casas que ensombrecían a las mansiones de las estrellas del cine, así como otros tipos de propiedades, más dinero y muchas más mujeres. No siempre le resultaba fácil negarse, es cierto, pero, aún así, se veía obligado a hacerlo.

El ofrecimiento parecía ser mayor cuanto más grande era el odio de quien le escribía hacia quien era señalado como posible lectura para Jaime. Su habilidad lo había vuelto sumamente deseable para toda una calaña de personas que creen que solamente ante la muerte de su oponente podrían sentirse satisfechos.

A la muerte de Ernesto Sábato, en abril del 2011, le hicieron llegar tantos regalos en agradecimientos que ocupó toda una habitación de su casa con ellos sin siquiera pretender abrir uno solo. Él no era responsable de lo que sucedía, no podía serlo. No quería serlo. Quería que lo dejaran solo, que le permitieran seguir con sus lecturas, su trabajo, su vida anterior. El anonimato, en esos momentos, no se recordaba como algo tan malo.

Nadie parecía entender sus declaraciones en la prensa, la radio, la televisión, en las redes sociales. Todo lo que sucedía a su alrededor era un error, y si no lo dejaban tranquilo porque se los pedía de manera amable, tendría que ser él mismo quien pusiera coto a tanta locura. La falta de respuesta a sus ruegos y diferentes pedidos le llevó a decidirse.

Comenzó a rastrear a la gente que le escribía. La mayoría de ellos resultó

sumamente fácil de encontrar, en blogs más o menos secretos, así como en páginas similares en donde solían dar a conocer sus escritos. Por eso, cuando los encontraba, y luego de pedirles que dejaran de molestarlo sin obtener la respuesta buscada, comenzaba a leer lo que esa persona hubiera escrito, fuera donde fuera.

Como moscas rodeadas por una nube de insecticida, quienes solicitaran sus servicios comenzaron a caer uno tras otro. Fueron necesarios cien, mil, o más ejemplos, sin contar el tiempo desperdiciado en la lectura de tantas futilidades; pero, finalmente, luego de meses, Jaime recuperó la paz que supiera tener antes del escándalo producido ante el conocimiento de sus supuestas habilidades.

Y, si bien la justicia lo intentó, nunca pudieron demostrar que fuera responsable material ni intelectual de tantas muertes. En la mayoría de los casos, ni siquiera se encontraba en el mismo país (o hemisferio) que la víctima.

Cuando la novedad pasó, cuando su vida ya no fue noticia y alguna otra cosa la ocultó con su urgente primicia, pudo regresar, por fin, a sus libros, a su literatura clásica. Regresó, finalmente, a la seguridad de que los autores que leía estaban muertos, incluso, algunos de ellos, habían muerto mucho antes de su mismo nacimiento.

JOSÉ A. GARCÍA
Argentina

Página web: www.proyectoazucar.com.ar



TOLEDO Y

EL AMOR

DIANA MARINA

GAMARNIK

Hay una guía turística de la ciudad de Toledo que dice que esta ejerce, sobre todo aquel que haya podido conocerla, una poderosa fascinación. Sus castillos, los caminitos de piedra, los pequeños manantiales, sus habitantes, todo en Toledo parece salido de un cuento de hadas. Por este motivo, la leyenda cuenta que cualquier ser humano que llegue a la ciudad sin haber probado la miel y la hiel del amor allí deberá iniciarse, en tanto aquel que sí las ha degustado podrá revivir su historia más inolvidable. Tal es la magia que rodea ese lugar.

Pero a Silvia nadie le había contado las virtudes amorosas de la ciudad a la cual había arribado con tantas ausencias y espantos auestas, desde un país lejano donde el amor y la gente desaparecían.

Aun así, su buen humor había llegado más o menos intacto y fue lo que le permitió conseguir un trabajo, una buhardilla en un edificio blanco de la Calle de las Violetas, en el Barrio de Azucaica y rodearse, también, de algunos semejantes para no morir de tristeza.

Silvia tenía el pelo muy largo y las piernas muy flacas, por eso no se llevaba nada bien con el viento de Toledo, que la amenazaba a diario con hacerla salir volando. Fuera de esa dificultad, había logrado acostumbrarse a su nueva vida, acomodándose de a poco en una rutina tranquilizadora.

Una noche, sus amigos la llevaron a una sociedad de fomento donde un grupo de artistas ambulantes daba un espectáculo a beneficio de no se sabía bien qué; las sillas eran de metal y el piso de mosaico, por lo tanto, lo primero que sintió Silvia al entrar fue mucho frío. Esa sensación persistió durante casi todo el tiempo mientras dos malabaristas rojos y anaranjados tiraban pacientemente aros, botellas y limones en distinto orden, un payaso recitaba a Miguel Hernández y una muchacha menuda y rubia hacía equilibrio sobre un banquito.

Pero cuando el mago Chanfaya entró en escena, Silvia sintió un incendio en la cara y en el pecho, y tuvo mucho calor. Chanfaya era muy moreno y tenía una galera de la que sacaba conejos, palomas, pañuelos y todo aquello que a la gente se le ocurriera pedirle. Transformó una mesa en un jardín, hizo aparecer y desaparecer una puerta que estaba a un costado, logró hacer funcionar una heladera y un lavarropas que no arrancaban, le dedicó una reverencia al público y se fue. Silvia, que sentía que durante toda la actuación se había quedado sin aire, se levantó de un salto y, tirando algunas sillas a su paso, fue a buscar a Chanfaya. Cuando llegó al improvisado camarín, le dijeron que el mago ya se había ido, pero que, si quería, podía enviarle una carta al Teatro Rojas, que era donde harían la próxima función.

Ella se fue, entonces, inventando para sí misma la carta de amor más escandalosa que se hubiese inventado jamás. Después de llegar a la buhardilla, con la

vista perdida en las montañas que se alzaban a lo lejos, acompañada de esa luz misteriosa que ilumina los amaneceres de los enamorados recientes en todas partes del mundo, la escribió.

Muy temprano por la mañana, sin dormir siquiera, antes de ir al trabajo, llevó la carta al correo, pero en el mismo instante en que la deslizó por la abertura de un buzón, se arrepintió y quiso recuperarla. Llena de vergüenza, se la pidió al señor que estaba detrás del mostrador. El hombre, mirándola por encima de unos lentes redondos, le respondió muy amablemente que las cartas enviadas no se devuelven, menos las de Toledo, y mucho menos todavía las de amor.

Después de este suceso, los días continuaron pasando, ventosos y solitarios. Silvia estaba medio nerviosa y del todo segura de que su pequeña historia de amor había terminado sin siquiera empezar, hasta que una mañana, precisamente a las siete y media, sonó el teléfono.

—Te espero en la Esquina Norte de la Plaza Mayor, al lado de la Catedral, tienes treinta minutos para llegar —dijo una voz profunda y grave, sin agregar nada más.

Silvia no podía creer lo que había escuchado, sin lugar a dudas era Chanfaya el que había llamado, ella había soñado con su voz cada noche, pero ¿de qué manera él había conseguido su teléfono? ¿Cómo iba a verlo en la Plaza Mayor? ¿No era el momento en que más gente circulaba por esa zona, camino a su trabajo? Y lo más desesperante de todo, ¿cómo llegaría a la otra punta de Toledo en treinta minutos?

Lo que Silvia no sabía era que la ciudad ya estaba de su lado: el autobús llegó enseguida, el chofer le indicó cuál era la Esquina Norte y, una vez allí, pudo ver, a través de la multitud, a Chanfaya, que la saludaba sacándose la galera y haciéndole una reverencia.

Los editores de la guía turística antes mencionada decidieron terminar la historia ahí, en la Plaza Mayor, para que cada lector imagine el final que prefiera y aprecie las bondades de la ciudad. Nunca sabremos entonces si la magia alcanzó solo para arreglar electrodomésticos o si lograron llevarla a todos los rincones de su vida. Vaya uno a saber.

DIANA MARINA GAMARNIK
Argentina

Facebook: <https://www.facebook.com/diana.gamarnik>

Twitter: <https://twitter.com/dianagamarnik>



LA NÁUSEA

CLARA GONOROWSKY

Me acerqué a la cabaña en ruinas y me volvió la náusea, esa sensación que me había acompañado tanto tiempo y que superé cuando partí al exterior.

Y ahora, al observar la puerta astillada, el techo con tejas rotas y la persiana colgando comprendí que el mismo despojo sufrió mi alma esos desventurados años.

A los seis, perdí a mi madre y mi padre decidió dejarme al cuidado de mi madrina. Él era marino y permanecía más tiempo en el mar que en tierra, no podía hacerse cargo de una niña.

Mi madrina siempre había sentido celos de mi madre y tenerme a su cargo era como haber conseguido un trofeo.

En mi adolescencia descubriría que en realidad ella había estado enamorada de mi padre. Se regodeaba de esta herencia, o sea, conmigo, y me exhibía como una presa de caza. La gente alababa su espíritu caritativo pero puertas adentro la situación difería bastante de lo que veían los demás.

Era muy rigurosa, me obligaba a tender mi cama y a lavar los platos; a medida que me fui haciendo más grande, mayores fueron mis responsabilidades.

No tenía amigas, ella no lo permitía y el único contacto con otras personas eran las horas que pasaba en la escuela a la que ella me destinó. Atrás habían quedado mis amigas de infancia, mis compañeros del jardín, mis vecinas con las que correteábamos las siestas estivales.

Llegaba a la cama extenuada, sin el beso de las buenas noches al que me había acostumbrado mi madre y entonces, aparecía ella, la náusea.

Hacía arcadas hasta que dolía la garganta, el pecho y también la panza.

Me ahogaba y me agitaba y mi desesperación se desvanecía en la mirada fija del gato acurrucado en el extremo de mi habitación.

Mi madrina me oía pero no acudía a socorrerme, todo lo contrario, si hasta me parecía que disfrutaba escuchándome.

A veces, con sollozos invocaba a mi madre y desde la otra habitación una voz de trueno me gritaba: —¡calla ya, niña!

Las visitas esporádicas de mi padre eran breves y no daba tiempo para comprender lo que me pasaba.

Y así crecí, entre vómitos y llanto, entre la soledad y el abandono. Llegué a la adolescencia, sin alegría, plena de rencor, vomitando rabia.

Conocí a Julio en el cumpleaños de una compañera. Mi madrina me dejó concurrir porque era la hija de su íntima amiga.

Yo estaba retraída, mirando pasar las horas detrás de la ventana y una voz gruesa me preguntó: —¿qué piensa la princesa?

Me sobresalté y empecé a hacer arcadas, pero él, en lugar de amilanarse, me alcanzó agua y me instó a beberla mientras sostenía con mano firme mi brazo. Después, me tomó de la mano y me invitó a caminar por el jardín. Allí, una vorágine de palabras brotaron de mi boca y, en una hora que fue eterna, volqué la historia de mi existencia.

Simuló no conmoverse pero me empezó a esperar a la salida de la escuela. Su presencia cotidiana me fue dando mayor confianza.

Culminé el bachillerato y por cierto invité a Julio a mi fiesta de egresados. Mi madrina se opuso pero ya lo había hecho y él había aceptado. Esa noche, no me destaqué por mi vestimenta, se diría que era la más pobretona de la fiesta, pero irradiaba una luz especial que me nacía de contar con la presencia de mi padre y de Julio.

Cuando se inició el baile, los adultos se retiraron y allí pude dar rienda suelta a mi alegría tras el largo período de opresión y sometimiento pero aún desconocía el regalo que me esperaba al final de la velada. Julio había ganado una beca para continuar sus estudios de posgrado en Francia y había sacado pasaje para que lo acompañara. No lo pensé dos veces.

Cuando me avisaron de la inundación y me mencionaron a mi madrina entre las víctimas fatales, decidí regresar para sepultar junto a ella, de manera definitiva, esa etapa oscura de mi vida y la náusea de mi garganta.

CLARA GONOROWSKY

Argentina

Blog: poesiadesdeelsentimiento.blogspot.com



DESDE ABAJO

SILVIA MABEL

VÁZQUEZ

El primer día observó fijo el agua, cuando miró por la ventana de su nueva oficina. Estaba en el tercer piso de un lujoso edificio de Puerto Madero. Todo vidrio, todo luz, claridad reflejada en cada baldosa limpia de las veredas amplias y concurridas.

El problema era el balcón. Lo desafiaba. Lo hacía meterse cada vez más adentro y apenas asomarse al hacer la tarde, cuando ya no quedaba nadie que lo interrumpiera.

Intentó animarse a salir, pero le era muy difícil. Cada paso lo llevaba al precipicio al que no quería acercarse.

Pasaron meses, se había hecho amigo del balcón.

Esa tarde, se quitó el saco gris y desanudó la corbata que lo ahogaba. No era él con esa corbata. Nunca había estado atado a nadie ni a nada.

No lo pensó. Tomó coraje y bajó. Se acercó a la baranda de acero inoxidable que rodeaba la dársena, caminó a lo largo del puente de madera y llegó al otro lado.

Pasó su cuerpo por debajo de la baranda. Miró a todas partes. Ya no quedaba nadie iluminando las ventanas de las oficinas. Apenas caminaban unos cuantos cartoneros a lo largo de los veredones del puerto.

Se sentó con las piernas colgando, desató sus zapatos nuevos, brillantes y se los sacó.

Tiró al agua los lentes oscuros, la billetera, y saltó.

Horas después, un par de zapatos flotaba abajo del muelle del Yatch club.

Eso no era para él. No estaba preparado para encerrarse en una oficina, por más que su puesto de CEO lo obligara. Amaneció al lado de los girasoles que su padre había sembrado en el invierno. Y esa vez fue feliz, oliendo a tierra, y mirando fijo el sol desde su nueva posición.

SILVIA MABEL VÁZQUEZ
Argentina

Blog: lasmusasdespiertas.blogspot.com

Página Web: www.silviavazquez.com.ar



LA COSA

HUGO DÍAZ

Si tratara de recordar y dar testimonio diría que fue el calor de esa noche, una de las primeras del mes de febrero. Y que el ruido, ese sonido, vino después. Y que quizá todo haya sido formas del delirio de las noches veraniegas con los primeros minutos de sueño. O contar que todo fue un sueño, ponerle ese marco para que sea creíble y pronunciable. Empezar describiendo cómo se derramó la noche en el cielo abarrotado de nubes cargadas de agua, y que los techos parecían hundirse en ventanas iluminadas con fuego. Pero mejor sería evitar referencias de la realidad y meterse de lleno en el hecho. Hacer entender que en la primera impresión, aquello que se retorció en el piso de la cocina esa madrugada, parecía una araña. Pero una especie de chillido muy agudo se desprendía de esa *cosa* cada vez que los relámpagos entraban por la ventana. Sé manejarme perfectamente en la completa oscuridad de mi departamento, mi territorio, podía distinguir casi todo a mi alrededor. La penumbra se sostenía en los muebles, sin tocarlos. Al llegar al interruptor de luz, encendí y apagué rápidamente, emulando un relámpago. Sucedió lo mismo, *la cosa* lanzó un chillido con más volumen y agudeza. Entendí que la luz la lastimaba o enfurecía porque agitaba sus numerosas patas pero sin moverse del lugar. Con lentos movimientos me acerqué y me arrodillé casi a su lado. La observé detenidamente. Su cuerpo era plano, alargado, con terminaciones ojivales; lo rodeaban numerosas patas de unos diez centímetros. En el centro de *la cosa*, un círculo de poco diámetro que de un color negro viraba a un intenso rojo al suceder los relámpagos. Como si le quemara, el animalito, *cosa*, aullaba con todas sus extremidades. Extremidades en las que parecía abrirse en cada una, una pequeña boca sin labios. Al mantenerse la oscuridad en un lapso más o menos prolongado la *cosa* comenzaba a hacer un ruido, algo así como un ronroneo y sus patas se relajaban, se mecían suavemente.

Todavía no llovía y las oscuras nubes retardaban el alba, el devenir del día. Bajé las persianas ayudando a las nubes. Pero por supuesto es inevitable el paso del tiempo. Entonces decidí buscar una pequeña caja y resguardar a *la cosa* de cualquier tipo de luz. La tomé lentamente, su cuerpito era tibio, blando, quizá gamuzado y frágil. El ronroneo ejercía una vibración en la mano que continuaba y recorría como lento tren por el brazo, espalda y tomaba mi otro brazo hasta llegar a las piernas. Tapé la caja. Pero a los pocos segundos el animalito comenzó a agitarse y a golpear la caja con sus patas. Al abrirla se calmó. Deduje que quizá no pudiera respirar, aunque no había visto en su cuerpo nada parecido a una nariz, hocico, o branquias. Busqué algo punzante y realicé agujeros en todo el recipiente y volví a tapar. No funcionó. Nuevamente parecía saltar intentando escapar de la caja. Sacarla y dejarla en el mismo lugar que la había encontrado era lo más razonable, entonces volvió a ronronear. Cuando la penumbra comenzó a perder cuerpo, a debilitarse y los muebles fluían con sus colores,

junté mis manos alrededor de *la cosa*, como quien cuida un pequeño fuego de los fuertes vientos. Apretaba mis manos y reducía el espacio por dentro, con el paso de los minutos. Los rayos que empezaban a filtrarse a través de la persiana, los ruidos de puertas abriéndose, el subir y bajar del ascensor, los bocinazos que provenían de la calle, el día, todo parecía golpear las paredes que había construido. Primero sus chillidos fueron por la luz que entraba entre mis dedos, aunque apretara firmemente, y luego, porque ya no dejaba de apretarla, quizá, con más fuerzas.

HUGO DÍAZ



LA SIRENA SUICIDA

CINTHYA SARAHI
DÍAZ NÚÑEZ

De pequeña, Claudia fue niña normal, creciendo en una familia normal con una vida normal. Cuando tenía cinco, su madre puso una película infantil y la pequeña Claudia selló su destino: “La sirenita” marcó su vida.

Como cualquier niña obsesionada, su fiesta de cumpleaños fue de esa temática; todas sus mascotas se llamaban “Úrsula” o “Flaunder” dependiendo del sexo del animalejo en turno. Al pasar el tiempo, su obsesión no hizo más que arraigarse en su alma, haciéndola tomar la decisión de estudiar biología marina, con la esperanza de encontrar alguna evidencia de dichas criaturas, pues ella juraba escuchar las voces de sus hermanas implorándole encontrarlas. A los dieciocho años, cambió legalmente su nombre a Marina, aunque todos la seguían llamando Claudia.

Todo el mundo la creía una loca por afirmar que las sirenas existían y que ella era una en forma humana. Las burlas llegaron a tal punto que desapareció del trabajo. Sus compañeros dieron por hecho que se había marchado humillada.

—¡Ya verán esos idiotas! ¡Por Neptuno les demostrare que se equivocan! Mis hermanas han sido muy malas al no permitirme regresar al océano. Supongo que tengo la culpa por haberme enamorado de aquel humano y hacer un trato con Julianna, la bruja del mar. Pero hice lo que me pidieron: maté a Erick y unté su sangre en mis piernas; pero mis aletas y cola jamás regresaron. Tengo que encontrar la forma de volver a mi hogar para que mis hermanas me ayuden a demostrarles a los humanos que somos reales.

Marina corrió a su habitación en la facultad en busca de lo que necesitaría; una gran sonrisa cruzó su rostro al encontrar en el armario el viejo traje de buceo de su compañera de cuarto...

Al día siguiente, cuál no sería la sorpresa de todos al encontrar una sirena muerta en la costa. El mundo entero se volvió loco. El cadáver creó tal revuelo que las investigaciones no tardaron en iniciar.

Un macabro “existimos” estaba escrito con cortes irregulares en uno de sus muslos. La autopsia reveló que ella misma había cocido sus piernas desde la pelvis hasta los tobillos. A los costados exteriores de cada pie suturó las aletas de goma.

Nadie entendía el porqué del tétrico desenlace hasta que, una entrevista con la madre develó la irónica verdad: La sirena suicida, que resultó ser Claudia, jamás había aprendido a nadar.

CINTHYA SARAHI DÍAZ NÚÑEZ
México

Facebook: <https://www.facebook.com/Sallury.Cross>



EL JUBILADO

NORA CURONISY

LOSTAUNAU

‘No, no me voy a angustiar, no me voy a angustiar, no me debo angustiar...”
Don Aurelio trataba de mentalizarse, pero su esfuerzo no le daba resultado.

Llevaba tres horas con cuarenta y siete minutos en ese lugar, y para él, que detestaba estar encerrado, eso era terrible, desesperante.

“Cuarenta y siete minutos, cuarenta y siete minutos, cuarenta y siete minutos...” —repetía a cada momento.

Por más que presionaba una y otra vez el botón que indicaba: “En caso de emergencia”... nada.

“No anda, no anda, no anda...”

No funcionaba pues, como todo en esa ciudad. No funcionaba.

Cincuenta y seis años que Don Aurelio vivía en ese edificio y nunca había pasado por una situación similar, y eso, que subía y bajaba en ese aparato casi todos los días, por el asunto de sus benditas pastillas.

“Subir bajar, subir bajar, subir bajar...”

“Ir a hacer la cola para recoger las pastillas” —repetía para no olvidarse.

Si siquiera el piso estuviera limpio, podría sentarme a esperar —exclamó.

No, los microbios, ni hablar... qué asco; recién veo que este lugar no ha recibido mantenimiento, ni se limpia nunca —se dijo mirando el estrecho y maltrecho espacio.

Trataba de estirar las piernas y caminar pero no lograba dar ni tres pasos.

Todo esto, está asqueroso —agregó.

De pronto reparó en los espejos.

Mirarme en estos espejos rajados me agobia —exclamó tapando sus ojos.

Atroz... espejos rotos. No me gustan los espejos... yo que ni siquiera me miro al espejo para recortarme la barba.

“Espejos... los espejos... no me gustan los espejos”.

¡Qué lata, como voy a salir de aquí!

Ya empiezo a sofocarme y me falta el aire y es que no hay ni un mísero agujero de ventilación.

En algo debo pensar, para no perder la paciencia.

¿Qué día será hoy?

“No, no me voy a angustiar, no me voy a angustiar, no me debo angustiar”.

De pronto hizo silencio... sintió ruidos, pasos de alguien que salía de alguno de los departamentos y luego las pisadas del perro, ese pesado perro que ladraba todo el día y lo alteraba.

¡Guau, guau, guau!

—¡Por favor! ¿Me escuchan? ¡Estoy encerrado sin poder salir! ¡Necesito ayuda!
—¿Está solo?
—¡Sí vivo solo! ¡Y estoy aquí más de tres horas sin poder salir!
—¡Cálmese...buscaré ayuda en este preciso instante! ¡Cálmese por favor, espere tranquilo!

Aquella noche, Don Aurelio reconoció que ese día, había vivido una situación demasiado intensa.

Recordó, cómo su corazón se oprimía hasta faltarle la respiración. La boca seca, la constante transpiración y los mareos.

Y justo, en el preciso instante, en el que los bomberos lograron sacarlo de ese maldito ascensor, terminó desmayado.

¡Qué vergüenza! —recordaba echado en su camastro.

Ahora que todo ya pasó, y que salí de este embrollo, recién me doy cuenta de que es jodido estar solo.

No pues, nunca había reparado en que estoy solo...siempre solo y encima viejo...como este lugar en el que vivo.

En todo solo... pero no...

“No me voy a angustiar, no me voy a angustiar, no me debo angustiar”.

Definitivamente, desde mañana, tendré que usar solo las escaleras.

“Las escaleras, las escaleras, las escaleras...”

“Ir a hacer la cola para recoger las pastillas...las pastillas...las pastillas”.

NORA CURONISY LOSTAUNAU

Perú

Facebook : [Nora Curonisy Lostaunau](#)



**LA IRA DEL
HOMBRE COMUN**
(平民的憤怒)

**LUCIANO ANDRÉS
VALENCIA**

*"la discusión de matar al tirano sí o no seguirá existiendo
mientras no haya una verdadera justicia en el mundo".*

Oswaldo Bayer

El tirano emperador Kung Ming se encontraba de regreso de una campaña en el sur del país, donde había supervisado personalmente el movimiento de sus tropas que, a costa de una brutal represión, lograron poner fin a un levantamiento en su contra. A pocos kilómetros de la capital, llamó su atención el bello paisaje que ofrecía una pequeña finca atravesada por un río que proveía de agua a sus cultivos, y en el que se observaban todo tipo de aves y animales. Pensó que sería un buen lugar para el descanso y la meditación, y como era muy codicioso, juró que nada le impediría apoderarse de él.

Una vez en el Palacio Real, Kung Ming ordenó a un funcionario que investigara a quién pertenecían aquellas tierras. Acaso algo tan hermoso debía ser propiedad de un noble o un señor feudal. Pero para su sorpresa, se le informó que, de acuerdo al último censo, el dueño de las tierras era un humilde campesino de nombre Tsi Wen. Ante esto, el emperador pensó que su compra no ofrecería mayores dificultades y envió una comisión encargada de hacerle al señor Tsi Wen las ofertas que fueran necesarias por su propiedad.

La comisión regresó una semana después trayendo malas noticias al emperador:

—El campesino Tsi Wen se niega a vender sus tierras —dijo temeroso el responsable de la comisión—. Hemos llegado a ofrecerle hasta diez veces el valor tasado por nuestros especialistas, pero se mantiene en esa actitud.

Encolerizado, el emperador ordenó que el señor Tsi Wen fuera traído de inmediato. Esta vez un grupo de hombres armados partió del palacio y regresaron días después trayendo al campesino con ellos. El emperador lo tuvo frente a él y le habló del siguiente modo:

—Se te ha llegado a ofrecer hasta diez veces el valor de tu propiedad y aún así te niegas a venderla. Dime cuánto quieres por ella y te será dado de inmediato.

El campesino respondió:

—Aunque se me ofreciera veinte veces su valor, no podría vender las tierras en donde descansan mis mayores, en donde crié a mis hijos. Representan mucho para mí y mi familia. El Hijo del Cielo debe entender la razón de mi negativa.

Pero el emperador enfureció aún más y, alzando la voz, se dirigió al campesino:

—He jurado que nada me impedirá tener tus tierras. Si prosigues en la actitud de negarte a venderlas, las tomaré de todas formas por la fuerza de mis armas. ¿No conoces acaso la Ira de un Emperador?

—¿Y el Hijo del Cielo conoce acaso la Ira de un Hombre Común? —preguntó el campesino.

El emperador echó a reír mientras decía:

—No se puede comparar la Ira de un Hombre Común con la Ira de un Emperador. Esta derriba montañas, oscurece los cielos y llena al país de cadáveres. ¿Puede hacer tal cosa la Ira de un Hombre Común? ¿Puede acaso tu Ira de hombre común evitar que arrase con tus cultivos, derribe tu casa y masacre a tu familia?.

A lo que el campesino respondió:

—La Ira del Hombre Común solo derrama unas pocas gotas de sangre, pero a veces son suficientes para salpicar a todo el país.

El emperador aún estaba reflexionando sobre el significado de aquellas palabras, cuando el campesino extrajo una afilada daga que habilidosamente había logrado ocultar entre su vestimenta, y arrojándose sobre él, le dio muerte atravesándole el pecho.

Kung Ming no tenía descendencia. La noticia de su muerte llegó a todos los rincones del Imperio y sus opositores, viendo la existencia de un vacío de poder, se alzaron contra la autoridad. Las Fuerzas Imperiales, sin liderazgo definido, ofrecieron una débil resistencia y se dispersaron cuando los rebeldes tomaron la capital.

El líder de la rebelión, Kang Chen, fue coronado emperador y, como primera medida, decretó el indulto del campesino Tsi Wen, que había sido condenado a la pena de muerte, y le permitió regresar a sus tierras. Poco después aprobó un bando, cuyas copias fueron enviadas a cada funcionario del Imperio, mediante el cual decretaba que es obligación de los gobernantes respetar y asegurar el bienestar de sus gobernados, de lo contrario se corre el riesgo de desatar la “ira del hombre común” que, como quedó demostrado, es capaz de derramar unas pocas gotas de sangre, pero estas pueden ser suficientes para salpicar a todo el país.

Adaptación libre de leyenda china.

LUCIANO ANDRÉS VALENCIA
Argentina

Sitio web: <https://plus.google.com/u/0/114773697260851717480>.



EL SENTIDO OCULTO

**MARCO ANTONIO
ROMÁN ENCINAS**

—Entonces, ¿no es de nacimiento? —preguntó Ciprián.
—No —respondió Perico—. Cuando era niño, solía tocar una flauta en mi casa de La Victoria. Un día, mi hermanito, que es muy travieso, no sé de dónde venía corriendo. Yo no lo había visto. El caso es que me empujó con fuerza por la velocidad con que iba. Del impacto fui a caer al suelo del patio, y como aún tenía la flauta en la boca, se me introdujo hasta la garganta. En el hospital, a donde me llevaron, le dijeron a mis padres que el instrumento me había dañado las cuerdas vocales y...

—Y por eso tienes la voz aflautada.

—Sí... ¡Oye!, ¿y tú nunca has tenido accidentes?

—Hmmm... sí. Me acuerdo que un día estaba yendo a Gamarra a comprar un pantalón jean. Cuando ya estaba por bajar, el micro se detuvo una esquina antes de mi paradero. El cobrador se bajó de un salto para dejar pasar a los otros pasajeros. Al ver la vereda, observé que estaban todos menos el cobrador...

—¡Oye!, y a dónde se había ido.

—No se había ido. Lo que pasa es que justo en esa esquina había un buzón sin tapa, la gente decía que los choros se lo habían llevado, y el cobrador, del salto que dio, fue a parar directamente al desagüe...

—¡Pucha! ¡Qué piña!

—Sí, pues, y a pesar de que no llegó a ensuciarse mucho, apestaba horriblemente.

—Se embarró de churreta los zapatos, seguro.

—Por el olor cualquiera pensaría eso, pero no me di cuenta si ocurrió así porque ya había llegado a Gamarra. Y cuando me iba a bajar del micro, ese salado me cerró el paso pidiéndome de nuevo pasaje. Tuve que buscar mi boleto apurado para demostrarle que ya había pagado, y recién en la siguiente cuadra me pude bajar.

—Se quería desquitar con alguien, seguro.

—Sí, yo también pensé eso...

—Francamente, no es solo tu voz la afeminada, sino el cómo te expresas también.

—¡Oye!, ¿qué has dicho? —Perico levantó la mano izquierda amenazante.

—Ves, siempre tienes en la boca esa palabra —le respondió Ciprián retirándose unos quince centímetros para atrás, a fin de esquivar mejor cualquier posible agresión.

—¿Cuál palabra?

—«Oye».

—Y qué tiene esa palabra.

—Es muy femenina.

—¡Oy...!, ¡qué te pasa! ¿Desde cuándo las palabras tienen género? —se defendió Perico poniendo ambas manos en su cintura.

—Desde que se inventó la gramática, creo —argumentó Ciprián, pensativo.

—Pero yo no me refiero a ese tipo de género. Tú hablas como si las palabras tuvieran genitales.

—Si no me crees, escucha las conversaciones de las chicas, y siempre encontrarás esa palabra.

En eso se acerca Renata y saluda a ambos con un beso en la mejilla. Observa a Perico un tanto exaltado y le pregunta:

—¿Te pasa algo?

—No, nada. Solo estaba discutiendo con este tonto.

—Ah, ¿sí? ¡Oye!, y me pueden decir de qué discutían.

—De nada, nada que te interese —profirió Perico con celeridad.

—No quiere decir de qué discutíamos porque me acabas de dar la razón —alegó Ciprián ufano, esbozando una sonrisa.

—¡Que yo qué! ¡Oye!, pero si yo no he dicho nada. Además, ni siquiera sé de lo que hablaban.

—Ves, acabas de confirmar nuevamente mi teoría.

—¡Oye!, ¿estás loco? ¡Qué dices!

En eso, Perico, sumamente ofuscado, se retira, pensando: «Como si una mísera palabra pudiese decidir el sexo de una persona..., por qué tenía que venir esa sonsa».

—Y a ese qué le pasa —dijo Renata.

—Tú sabes, cosas de mujeres.

—¡Oye, sobrado! —le gritó Renata—, ya no te despides. ¡Oye, chuncho!

Cuento publicado el 13 de mayo del 2014 en la página web del diario *El Comercio*, de Lima Perú.

MARCO ANTONIO ROMÁN ENCINAS
Perú

Blogs: <http://elartedeleermromane.blogspot.com/>
<https://lanormaacademica.wordpress.com/>

Facebook: <https://www.facebook.com/marcoantonio.romanencinas>

Instagram: [@libros_lectura_y_bibliotecas](https://www.instagram.com/libros_lectura_y_bibliotecas) - Twitter: [@el_arte_de_leer](https://twitter.com/el_arte_de_leer)

LinkedIn: <https://www.linkedin.com/in/marco-antonio-román-encinas-ba29914a/>

Pinterest: <https://www.pinterest.es/elartedeleer/>

Tumblr: <https://www.tumblr.com/blog/marco-roman>

Google+: <https://plus.google.com/105576189648522168944>



ME PREGUNTARÉ

JOSÉ LUIS DÍAZ

MARCOS

El olvido, silenciosa e infatigable amenaza, ha estado siguiendo mis débiles pasos. Y, ahora que advierto su agresión, como suele ocurrir con tantas cosas, ya es demasiado tarde: la maraña de mis recuerdos, arena contra la ventisca, se deshace con todos vosotros dentro. También conmigo. También, ¡ay!, contigo, querida Pilar.

Esta pérdida de la identidad es la forma, especialmente cruel, pienso, que la vida ha elegido para terminar de desmoronarme. ¿La merezco? ¡Qué pregunta! Ni siquiera los peores, por ruines, la merecen. Supongo. Y, siendo así, ¡imagínate yo, que, sin ser un santo, sí puedo decir que he sido, y aún sigo siendo, un buen hombre! Allá su conciencia, si la tiene. ¡Mira, nunca lo había pensado! ¿La vida tiene conciencia?

Dicen que los años nos enternecen más que nunca, que, de algún modo, cerramos el círculo de nuestra existencia volviendo a las candorosas emociones de la niñez. Es posible, sí. Quizá por eso, que me perdone mi sangre y la ajena que tanto he querido, y quiero, te añoro como te añoro, Pilar, mujer de mi vida, que me faltas desde... desde... ¡¿cuándo?! ¡Ay, que no me acuerdo!

He anotado la dirección, por si las moscas. Según el chico de la vecina, en este sitio trabajan bien, seguro, y no barato, pero tampoco a precio de oro, como algunos que él conoce. Con mi pensión, y para lo que quiero, dice que tengo más que de sobra. Le ha hecho gracia que yo, a mi edad... Que el *abuelo* quiera... No lo culpo: algunas cosas solo se aprenden a golpes de tiempo.

¿Es aquí? Sí, creo que sí... «Calle..., número...». ¡Ahí está el cartel! ¡Es esa puerta! Como dicen en la tele, prueba superada.

Entro y me anuncia un tintineo sobre mi cabeza. El sitio es pequeño y las paredes son un enorme catálogo de dibujos. Como en botica, hay de todo: dragones, calaveras, vehículos, frases... ¡Qué mareo! Enfrente, un mostrador. Detrás, una chica con más tinta en su piel, al menos en la visible, que un tebeo del Capitán Trueno.

—¿Es aquí donde hacen tatuajes? —pregunto por preguntar. Noto que se muerde la lengua.

—Sí, señor. Aquí es. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Pues sí. Vengo por eso, por un tatuaje.

—Para regalar, imagino. ¿Es para su hijo, para su nieto...? ¿Tiene pensado algún motivo?

—Es para mí. Y, sí, sé lo que quiero.

Pone cara, como dicen los jóvenes, de «¡Zas en toda la boca!».

—Eh... Por supuesto... Y, dígame, ¿qué es eso que quiere?

Saco la antigua fotografía, con marco incluido, de mi querida Pilar.

—Es de cuando fuimos novios, su primer regalo. ¿Ve la dedicatoria: «Te

quiero. Pilar»? Eso es lo que quiero. Aquí, en el antebrazo, para que pueda *recordarla*. Con su misma caligrafía y el mismo azul desvaído. Como si yo también fuera esta imagen firmada por ella.

Me observa.

—Si me permite el comentario, me parece un motivo precioso.

—Gracias.

—Ya sabe que esto de los tatuajes, duele, ¿verdad? No mucho, pero duele —sonríe.

—¡Y qué no duele, hija! Estoy acostumbrado. Seguro que no es nada comparado con el dolor que me supone pensar... En fin...

Vamos a otra habitación, una especie de consulta de dentista, y allí, encarnada en estas manos también femeninas, vuelves a dedicarme tu amor, añorada Pilar. Ahora, en la piel y para siempre. *Para siempre*. Y, aunque yo mañana, víctima del olvido, no pueda recordarte, sí podré... percibirte. Y me preguntaré por ti, «¿Pilar? ¿Qué Pilar?», y por tu amor. Y, así, de algún modo lejano, muy lejano, seguirás conmigo. Seguiremos juntos. *Para siempre*.

Transcurrida la noche, amanezco con la molestia prevista en el antebrazo y otra, súbita, en el lado *izquierdo* del pecho. Descubro esa parte, ahora también irritada y... ¡¡No... no puede ser!!

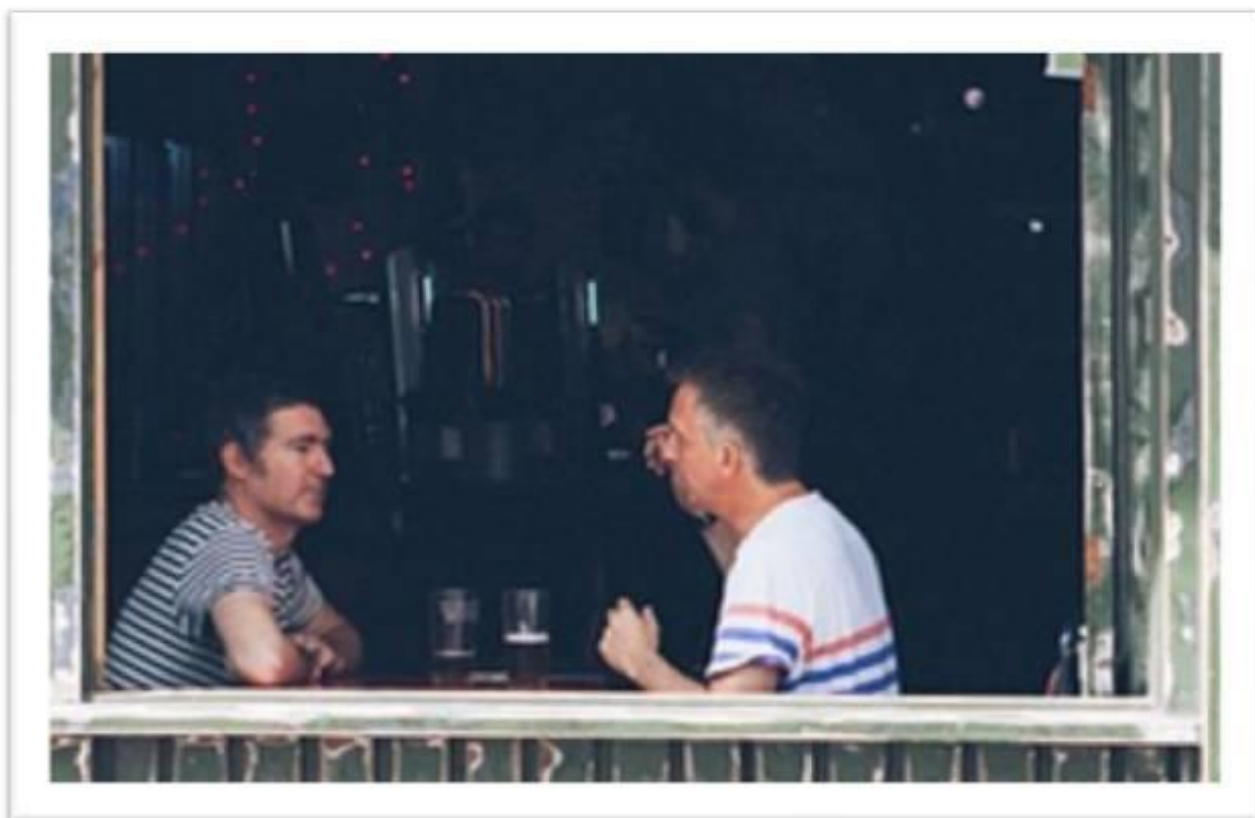
Presa del vértigo, vacilo hasta el baño. Allí, me enfrento al espejo y... «¿Una segunda dedicatoria?». Las letras, doblemente invertidas a mis ojos, «raliP .oreiuq e'T», cobran significado, grabadas también con aquella misma caligrafía y aquel mismo azul desvaído.

Siento que voy a desmayarme. Cierro los ojos. Cuando los abro, vencido sobre la porcelana, releo mi pecho en el azogue: «Te quiero. Pilar». Qué absurdo, pienso: *alguien* alojado en el fondo de mi corazón me recuerda su amor.

—¿Pilar...? ¿Qué Pilar...?

JOSÉ LUIS DÍAZ MARCOS
España

Blog: www.la-estanteria-2.webnode.es



PERSPECTIVA
DORIAN HERNÁNDEZ
VÁZQUEZ

Explicar cosas como tratando de dar sentido a la vida, o por lo menos una parte de ella. Esa es la pretensión de Fabián, todo el tiempo buscando dar explicaciones incluso a lo que no lo tiene.

—Creo que las personas que menos hablan con palabras son las que más lo hacen con el pensamiento.

—Por eso hablas poco —dijo Octavio.

—Cuando piensas puedes decir cualquier cosa, y todo parece razonable. Afirmaciones extrañas tienen lógica y todo argumento parece sólido.

—Tu problema es que eres inteligente.

—¿A qué te refieres? —preguntó Fabián.

—Las personas inteligentes dudan de todo, es su capacidad. Pueden vivir en la incertidumbre, están cómodos ahí, porque saben qué es lo que tienen que hacer. Es su trabajo. Pero, cuando entre tanta duda encuentran algo que parece verdadero, lo atesoran, lo defienden, se molestan, teorizan y aquello les sirve de explicación para otras tantas cosas. Por fin encuentran algo que les permite moverse, estar, vivir. Son hipócritas, detestan saber algo como seguro pero les apetece hallar algo así. El problema es que cuando sucede algo que los hace dudar de ese tesoro, esa verdad, entonces son capaces de justificar lo que creían más absurdo.

Fabián se quedó callado un momento, hablando dentro de sí. Enojado se decía que quizá era cierto lo que había dicho Octavio, por un instante deseó querer dejar de ser inteligente, quiso abandonar algo que procuraba. Al cabo de un minuto sintió la enorme necesidad de decir cualquier cosa, ya sin importar debatir, ni tratar de hacer cambiar de opinión a Octavio, pero tampoco de darle la razón. Era otra cosa, era como estar contento de lo poco que se tiene. Como arrojar una piedra a un edificio demolido, no hay diferencia pero se tiene la sensación de que se participó del desastre.

—Interesante idea —dijo Fabián—, puede que sea cierto. Las dudas permiten poner todo en perspectiva. Todo adquiere y pierde sentido cuando se pone en perspectiva. Incluso la vida, o la muerte o lo que sea. Por ejemplo, parafraseando la idea de Sartre “la muerte no es natural”, podemos decir que la vida no es natural. Si partimos de la idea de que la vida surge de una relación sexual, y el sexo es deseado por la búsqueda de placer, entonces, el placer es el motivo de la existencia del sexo. La vida es un resultado poco afortunado. Pero más aún, si buscamos el mayor placer como una pretensión natural y sensata, y no es un secreto que las mujeres en su mayoría alcanzan el orgasmo con la sola estimulación del clítoris, y no necesariamente de la penetración. Así como los hombres pueden tener un mayor placer por medio de la estimulación de la próstata vía rectal, no requieren necesariamente de una vagina para tener un gran placer. Esto sugiere que las mujeres no requieren de penes ni de

hombres y que estos ni de vaginas ni de mujeres. Implica que posiblemente el mayor placer es el sexo homosexual, del cual es imposible la vida, entonces la vida no es natural.

Lo dijo como vengándose, como tratando de arrastrar a Octavio al infierno que describió como su hogar. Quiso que dudara de algo que no se debe dudar. Algo de lo que pensar no está bien. Sus gestos lo decían, sus manos, las cejas y los labios, habían dicho cosas que no debían.

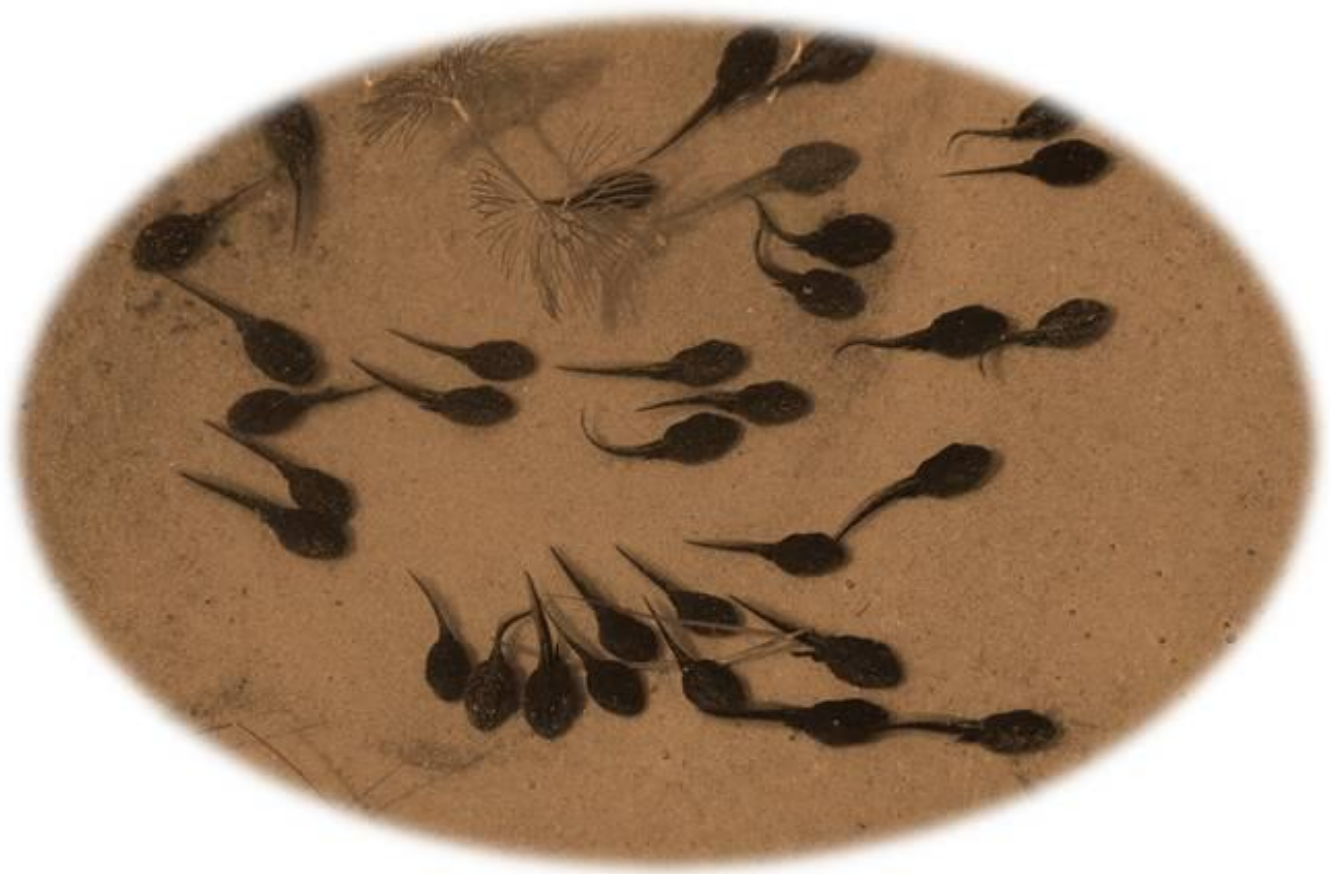
De pronto el camión comenzó a moverse porque ya se había puesto la luz verde del semáforo, y Ramón tuvo que dejar de imaginar la conversación entre aquellos dos hombres que conversaban en la calle.

DORIAN HERNÁNDEZ VÁZQUEZ

México

Twitter: [@DorianHernandez5](https://twitter.com/DorianHernandez5)

Instagram: [@dorianhndzvz](https://www.instagram.com/dorianhndzvz)



EN CUSTODIA
DE LA ESPECIE

MARÍA DEL CARMEN
RAMACCIOTTI

Un estruendo y un gran cimbronazo, provocaron la caída de nuestra caja y la de nuestras crías. Todo estalló. Rápidamente, intentando salvarnos de aquello, nos alejamos del lugar lo más velozmente posible, hasta algún lugar donde nos guiara el instinto. Todo ardía detrás de nosotros. Delante divisamos un charco, barroso, pero ese sería nuestro hogar ahora. Habíamos sufrido algunas bajas entre los más jóvenes y eso produjo tristeza en el grupo, sin embargo comenzábamos a funcionar como familia, y así mitigamos la pena en alguna medida. Escuchamos sirenas toda la noche intentando apagar el fuego y en el descanso permanecimos alertas.

Había llegado hasta allí sostenido por unas manos delicadas que sostenían la red. La hundieron en el charco y fue tal mi sorpresa, que no atiné a saltar. Quedé atrapado. Ella comentó a su compañero que debía preservarme y ya tenía preparado un charco para mí.

—¡Fabuloso! —pensé.

Estuve quieto, expectante y tranquilo por saber que tendría un nuevo charco. Llegamos a un lugar con mucha luz y muchos rostros que se acercaban a mirarme. Sus expresiones eran de sorpresa y satisfacción.

Las pequeñas manos que me habían capturado un momento antes, me depositaron en una caja desde donde se veía todo el sitio y tenía plantas con flores y sin ellas, con hojas grandes y no tanto. Al instante colocó agua en un pozo que se hallaba a un costado, formando un lago y allí me sumergí. Estaba agradable y el agua era cristalina. Al rato llegó Él con una red semejante a la que me había contenido y la introdujo en mi sitio. Se deslizó ella, igualita a mí, pero hembra. Nos acercamos con la misma curiosidad. Apagaron las luces de la sala y se fueron todos. Quedamos solos en esa casa transparente, que se suponía era nuestro charco.

Al día siguiente volvieron Ellos, revisaron el lugar y retiraron los huevos fecundados en una caja vecina a la nuestra, también transparente, de manera que pudimos observar que los mantenían debajo de una llovizna suave y constante cercana a su charco. Al poco tiempo y enfrente nuestro comenzaron a moverse, iban cayendo lentamente al lago artificial. Algunos no sobrevivían, otros sí.

Habíamos podido escuchar que somos una especie en extinción y un hallazgo extraordinario fue encontrar un macho y una hembra. Era verdad, hacía mucho tiempo que no veía una hembra. Al aparearnos podíamos, posiblemente, darle continuidad a nuestra familia. Ya le habíamos puesto manos a la obra, ahora debíamos esperar el resultado.

Pasamos muchas noches allí, observando que algunos de nuestros renacuajos crecían sanos y cuidados. Siempre venía gente a observarnos largamente y tomar

notas. Algunos querían devolvernos a nuestro lugar natural, otros decían que no. Querían continuar con las fecundaciones en las cajas de vidrio, hasta obtener mayor número de individuos.

Tristemente pensé que habíamos perdido nuestra libertad. Nos convirtieron en máquinas ponedoras de huevos, para que nuestra especie no desapareciera.

¿Quién entiende a la especie humana? Hasta hace un tiempo atrás casi nos exterminaron, cazándonos para llevarnos a zoológicos exóticos, acuarios y parques de diversiones y sorprender a sus cachorros.

Solo faltaba que desearan convertirnos en humanos para preservar su vida bajo el agua, luego de haber destruido la casi totalidad de la Tierra.

La mañana nos sorprendió con un sol radiante y un cielo sin nubes. No sabíamos cuánto tiempo hacía que no estábamos al aire libre. Los jóvenes no lo habían disfrutado nunca. Con la luz de ese día reconocimos otras lagunillas y descubrimos un sitio verde, húmedo, fresco que nos alojaría. Estaba ideal.

No supimos qué ocurrió con aquel laboratorio y aunque nos costó algunas vidas, el suceso nos devolvió la libertad. Después de todo esta era la manera en que la naturaleza nos brindaba la oportunidad de recuperar la identidad. Lo demás, lo artificial, no podía perpetuarse. Tampoco sabemos para qué debía extinguirse nuestra especie, solo el Hacedor conocía su plan.

MARÍA DEL CARMEN RAMACCIOTTI
Argentina



EL DIFUNTO DE LA SALA II

TARA-ISABEL
CABALLERO

Huele a naftalina, y es que le han metido tres bolas de alcanfor en el bolsillo del chaleco, probablemente con el fin de conservar la prenda intacta para otro difunto que carezca de ropa propia. Va vestido de mafioso con terno gris, un clavel reventón en la solapa, el pelo aplastado peinado en raya y las manos cruzadas al pecho por encima de la corbata negra.

El finado de la Sala II se sienta a mi lado y me saluda con un ¡hola guapa!, ¿qué tal?

No es la primera vez que los muertos me hablan. Todo comenzó desde que, por imposición materna, la acompaño a los velatorios..., claro que podría negarme, aunque prefiero la actitud pasiva de obedecer a mi madre antes que soportar su retahíla del no te preocupes, llamaré a un taxi... si yo no quiero molestar hija... que triste es hacerse vieja (llegado a este punto suele suspirar, un hondo suspiro).

—Me llamo Federico —añade el difunto tendiéndome la mano, una mano muy fría.

Este muerto no es mío.

—Mamá, que nos hemos equivocado de cadáver.

—No se dice cadáver hija, sino fallecido.

Nuestra difunta se llamaba Carmela, Sala III, una señora muy buena, todo el mundo la quería, sus hijos más, ya se están repartiendo las querencias del a tanto toca.

Las frases manidas se escuchan por doquier: No somos nadie. Mi más sentido pésame.

Ya descansó la pobrecita.

Le acompaño en el sentimiento.

Dios la tenga en su gloria. ¿la entierran o la incineran? Federico se empeña en acompañarme allá donde voy. Va desnudo de cintura para abajo, ni zapatos tiene y todo le cuelga, hasta la poca vergüenza de andar de esas manera por un lugar tan cumplido.

—¿Y cómo es que vas así de esta guisa?

—Pues que no tengo familia que me vele, solo un seguro que cubre el protocolo.

—Ya podrían haberte puesto unos calzoncillos por lo menos.

—En la caja de soñar siglos solo se ve cuarto y mitad y es que a mí no ha venido a despedirme nadie, ¡que no me quieren, joder!

—No levantes la voz Federico.

—Pero que más da si solo me escuchas tú.

—¿Qué haces abrazando el aire? —Pregunta mi señora madre.

Federico me cuenta sus cuitas, desconozco la razón, ya podía haber pillado a

otra y es que el pobre desgraciado quiere que le lloren de verdad. Me lleva de la mano, ¡qué mano tan fría!, a la sala del finado IV, una vida joven, unos padres desolados..., el dolor es tan grande allí que no necesita demostraciones histriónicas. La pena ajena me pellizca las entrañas y Federico me consuela.

Salimos a tomar el aire, unas vagas figuras se pasean. Los que fuman, los que no fuman, los que compran flores a cien euros la siempreviva, los que lloran, los que hacen como que lloran, los que callan, los que tiemblan.

—Mira, allí hay más muertos como yo buscando barcas de lágrimas.

—¿Y a dónde vais después de...?

—No lo sé, ni puñetera idea, pero estoy cagado.

—¿Y tú a qué te dedicabas cuando estabas vivo?

—Yo era un... no doy con la palabra... la de vivir para el placer de los sentidos.

—Egoísta.

—No no..., ya lo recuerdo, un hedonista.

—Pues eso he dicho.

Federico me cuenta que una vez quiso a una mujer. De tanto quererla la ahogó con su sombra.

—Tanto que se me posa una rumbita en la etiqueta “fulanito de tal, sala II” que me han colgado del dedo gordo del pie y hasta me bailan las rayas del traje de mierda que me ha endosado la funeraria. Tanto la quise que mira cómo se me alegra la querencia de debajo del ombligo solo de pensar en ella, la añoro, me muero, me estoy muriendo por ella.

—Ya, ya lo veo.

—Puñetera vida —.Se lamenta Federico y a mí me da mucha pena.

—Oye mi niña, ¿tú no me tienes miedo que mira que soy un muerto?

—¡Ay que risa!, si es que eres un difunto de opereta medio desnudo, eso no es un terno, chaqueta y chaleco sin pantalón.

Se mira a sí mismo y sonríe de la facha que lleva. Me comenta que antes, mucho antes, vestía de Armani y de...

—Bueno, ¡ya que más da!

—Mira, ahí viene tu coche negro que te llevan para los siempre.

—Cántame la canción de "Vete de mí" de Diego el Cigala, antes me gustaba mucho, ya sabes, cuando estaba vivo.

*Tú que llenas todo de alegría
oye el canto perfumado del amor
vete de mí*

Al difunto de la Sala II se lo llevan en una carroza negra tirada de mis ojos de

inventar penas al trote de una rumbita.

*No te detengas a mirar
las ramas muertas del rosal
que se marchitan sin dar flor*

De vuelta a casa, mi madre se queja de que la radio del coche está demasiado alta y sin pedir permiso la apaga. En mi cabeza siguen sonando los últimos acordes.

*Mira el paisaje del amor
que es la razón para soñar
y ama...
ama.*

TARA - ISABEL CABALLERO

España

Blog: <http://alzapalabra.blogspot.com/>



**VISITA
NOCTURNA
CRISTIAN BERNACHEA**

La bocina de la formación llegando a la estación Villegas me dio la señal para salir de donde me escondía. Gendarmería, del otro lado de la villa Puerta de Hierro y sobre la ruta, paraba autos y controlaba quiénes se escabullían entre los pasillos a pegar gilada. Los transas esperaban clientes cada media hora, exactamente cuando los trenes llegaban a la estación.

Sin luces, y aprovechando la salida de fisuras de los vagones, caminé unos cincuenta metros adentro, por las vías. Como fantasmas o zombis de negro que solo se les veía la cara cuando le daban mecha a las pipas de paco, los que se agazapaban al abrigo de la oscuridad para evitar a los policías, me vieron cruzar con una bolsa negra en donde guardaba las herramientas y una mochila. Uno de ellos, desde la espesura de los yuyos, me gritó algo que no terminé de entender, no respondí y me escurrí por un alambrado que me comunicaba al paredón que iba a trepar. Me quedé mirando hacia esa oscuridad entrecortada por calles apenas iluminadas y vi como dos bultos se pararon y venían a donde me encontraba. Por un momento pensé que venían robarme pero siguieron su camino.

Subí el paredón lo más rápido que pude, pero con la bolsa en la mano no fue fácil.

Una vez arriba, no calculé bien la distancia con el suelo, así que cuando me tiré, caí tan mal que quedé tendido en el piso un largo rato. Los perros del lugar ladraron locos, como a punto de venir a buscarme para comerme vivo. No moví un músculo por varios minutos, pero temblaba de los nervios. De todas formas necesitaba reponerme de semejante golpe.

La oscuridad era total. El viento levantó de pronto y el sonido de los árboles me encantó como banda sonora para lo que iba a hacer.

El encargado del lugar tenía conocimiento de mis actividades y no le hacía ninguna gracia que hubieran tomado repercusión en los medios nacionales. Y como si hubiese adivinado que estaba ahí, su linterna pasó de un lado a otro muy cerca mío.

Cuando se fue, corrí agachado hasta mi objetivo. Mi sangre hirvió y mi corazón golpeaba tan fuerte que me hacía doler el pecho. Mis dedos me dolían de los nervios. No me importaba. Era el momento que deseaba y todo mi cuerpo era un descontrol.

Me puse a excavar sin descanso, la tierra suelta era sencilla de levantar. De mi perversión sacaba una fuerza sobrehumana para ser rápido y silencioso como un fantasma, fue entonces que me perdí. Me pasó lo mismo las últimas veces, creí que estaba volviéndome una bestia.

Reaccioné cuando llegué a tocar madera debajo de mis pies. Volví al mundo. Los perros del barrio ladraban mucho, no tenía idea desde que momento empezó ese escándalo. La luz de la linterna me pasó muy cerca unas tres veces. Muy agitado,

esperé a que desaparecieran de nuevo.

Después de unos minutos, ya solo, excavé hasta que el vaho llegó por fin a mis fosas nasales, no era muy penetrante, porque no había pasado ni una semana. Solo cinco días. Lo sé porque fui al funeral.

Me excitaba tanto, iba a dejarme llevar, pero no podía perderme en la locura, era muy peligroso si me llegaban a encontrar.

Le di fuertes y certeros golpes a la tapa, que no fueron nada silenciosos, y abrí el féretro.

Ahí, bajo una efímera luz de luna que asomaba entre las nubes, ella me dio la bienvenida. Descansaba en paz, por ahora...

La boca semiabierta, por culpa de un pegamento malo que seguro habían usado. Me agaché y la besé en los labios fríos y secos. También en el cuello, con delicados besos. Mi amante tenía varios lugares hundidos en la cabeza, pero no me importaba, ella era especial.

Estaba muerta.

Con un cutter le abrí el vestido y contemplé con ternura la manera en que la vistieron: bombachita de animalitos.

Me pregunté en ese momento si alguien en la morgue se había atrevido a ponerle un dedo encima antes que yo, me dio algo de asco pensar eso, en verdad pudo pasar, pero ya estaba ahí. No concebía la idea de desaprovechar esa oportunidad.

Subí a buscar la mochila y saqué un termo con agua caliente, lo abrí y la mojé para ablandarla todo lo posible. Me bajé los pantalones, y mientras le comía a mordiscos los pechos fríos, me acomodé para llegar al cielo. ¡Qué delicia de placer!, era mía, la deseaba tanto que cuando la mataron supe que era mi oportunidad. Mis ojos que por momentos perdían el foco de mi visión, me abandonaron dejándome ciego y me perdí en éxtasis de degeneración. No podía resistirme más a mis instintos. Con el cutter la cortaba mientras la cogía, estaba incomodo y me quise matar por no pensar en traer una sierra como para llevarme un pedazo de ella y continuar en otro momento.

Cuando recobré el conocimiento, estaba aún sobre ella. Perdí la noción del tiempo, una amnesia que me ocurría seguido y me asustaba que volviese a pasar, mucho más en un momento como en el que me encontraba: con ella despedazada debajo mío y yo... y yo bañado en sangre. Pero ella no sangraba.

Un perro me ladraba aterrado, y comencé a estarlo yo también, ¡me descubrieron! Salí de la fosa, vi el cuerpo del vigilante desparramado y mutilado; ahugué el grito tragándolo con un dolor amargo. No entendía nada, me dolían las manos. Cuando las revisé me faltaban las uñas de tres dedos.

Las sirenas que se acercaban me alertaban de lo que me iba a pasar si me encontraban ahí.

Escapé corriendo y salté el paredón. Me levanté de la caída e intenté continuar, pero un punzante dolor en el tobillo me encadenó al suelo húmedo por el rocío.

Con mucho esfuerzo llegué al alambrado del tren. Me tuve que sacar la mochila para poder pasar. Entonces, y sin que me diera cuenta de que alguien estaba atrás mío, me clavaron una punta en la espalda. Traté de irme como fuera, pero me agarró y me apuñaló varias veces. Quedé sobre el pasto rodeado de basura.

Me levantó él para cruzar las vías y llevarme a la casa abandonada, en donde me había escondido un rato antes, ahí me soltó. Caí pesado y todo doblado, grité y las lágrimas me salieron solas.

—Sabía que eras vos —me dijo. Yo veía todo borroso, tosía sangre mientras intentaba incorporarme—. Viniste por la Daiana, ¿no? te vimos con el chino mientras te metías. Él me decía que no, que no eras vos. Me quiso agarrar, para que no te vaya a buscar. Pero yo sabía. Yo sabía bien que eras vos, guacho. Te grité desde las vías y te hiciste bien el pelotudo. Estando escabiado contabas que te cabía hacer esas cosas. Y no tuviste mejor idea que meterte con mi hermana, la reconcha de tu madre —él no gritaba, el Pepo nunca gritaba. Hablaba bajo, y la verdad, eso me asustaba más.

Me dolía todo el cuerpo y me ardía en todos los lugares en donde me había apuñalado. Él me miró un rato y sin decir nada salió. La casa pegada a las vías, casi destruida, llena de yuyos y las ratas que se escuchaban cerca eran todo lo que me rodeaba. La villa estaba cruzando la ruta. El tren apareció de nuevo atrás mío y todo vibró.

El Pepo volvió con un machete y un bidón con un líquido cargado un poco más de la mitad.

—¿Sabes qué, guacho?, vos me la vas a pagar. ¿lo viste cómo quedó el otro puto que te quiso ayudar? ¿lo viste? —con la cabeza me señalaba algo atrás mío.

Giré la cabeza y ahí, bañado en sangre, hecho mierda, el chino. Muerto.

Grité. Desde ahí, una vez tras otra, me descargaba golpes que se hundían en mi carne, gritaba sin pronunciar sonido.

Cuando ya no aguanté más, quise levantar el brazo para cubrirme, pero fue imposible, el machete se enterró, clavándose y partiéndome la clavícula. Pero le fue sencillo sacarlo. Me puso su pie en el pecho y tiró.

Él ya estaba cansado. Mientras que yo, casi muerto.

Acercó el bidón, lo abrió para rociar lo que parecía nafta o gasoil sobre todo lo que tenía delante de él. Menos a mí.

—Vos te vas a morir despacio, la concha de tu madre.

Hizo una antorcha con papel de diarios y la encendió con su encendedor azul que le había regalado yo esa misma mañana. La arrojó y salió.

Cerré los ojos y sentí calor. Mucho calor. Escuché explosiones y todo se puso negro.

Cuando me desperté, una enfermera gorda con cara de orto vino a verme. Me dijo que la policía estaba afuera y se fue.

Luego me enteré que cuando el Pepo salió y gendarmería vio fuego, lo quisieron agarrar, él peló el fierro y en un rato lo mandaron a la morgue. El chino ya estaba muerto y yo me había salvado de pedo, gracias a la gorra, pero igual me iba a comer unos años, que al final fueron en Marcos Paz porque encontraron mis cosas y todo lo que hice esa noche y las demás noches.

Y como ya me largaron, y estoy en la calle, me subí al paredón y trato de calcular bien la caída. Además me traje la sierra, así estoy más tranquilo.

CRISTIAN BERNACHEA

Argentina

Facebook: <https://www.facebook.com/cristian.merlo.771>



LICENCIA PARA USAR PARAGUAS

MIRNA GENNARO

Todo inició esa mañana de mayo en que los servicios meteorológicos anunciaban lluvias durante toda la semana. La cosa es que los habitantes de la ciudad recibieron dos noticias simultáneas. Por un lado, se establecía un impuesto a los dueños de mascotas no tradicionales: iguanas, serpientes, arañas y otras. Por otro, los que quisieran hacer uso de un paraguas deberían concurrir a una agencia del gobierno para obtener una licencia. Nada hacía pensar que esas dos noticias tan distantes tuvieran algún fin común...

Por esos días recorrí las calles observando las mascotas que se veían por allí. Perros y gatos. Nunca me crucé con una oruga con collar, ni siquiera con una lechuza con bozal o una tarántula con pantuflas. La gente no sale a la calle con sus mascotas especiales, más bien parecería que las esconde. No por miedo a parecer excéntricos, sino por miedo a que se lastimen.

Internet me mostró dónde se podía encontrar esas mascotas. Grande fue mi asombro cuando comprobé que hay muchos sitios donde las ofrecen. Y los precios son terriblemente altos.

Un buen día esa inquietud desapareció de mi consciencia como tantas otras cosas y fue remplazada por una pregunta sin respuesta aún. ¿Cómo iba a salir a la calle sin paraguas? Evidentemente, no nos damos cuenta de la falta de algo hasta que lo necesitamos. Y así era. Las lluvias de Mayo me lo hicieron notar.

Ni lerda ni perezosa, obtuve un turno para sacar la licencia. Me presenté en la agencia y para mi sorpresa, cuando llamaron a mi número, el empleado me condujo a un patio donde estaba montado un sistema de riego de altura que hacía las veces de lluvia de otoño. Acto seguido me entregó un paraguas negro, de lo más común y me indicó que recorriera todo el pasillo esquivando a unos maniqués que se encontraban estratégicamente ubicados.

Comencé el recorrido con toda la calma que la situación ameritaba. Cosa de niños, pensé.

El hombre pareció no opinar lo mismo ya que mantenía una seriedad de inspector de alimentos. Cuando se empezaron a escuchar reiteradas chicharras provenientes de los maniqués rozados o tocados apenas, yo empecé a ponerme colorada. ¿Cómo era eso? No podía ser que estuviera fallando en una empresa tan ridículamente simple. Como resultado del examen salí reprobada.

Abochornada, fui conducida nuevamente a la sala principal. donde tuve que escuchar la lectura del informe de daños. No había respetado la altura de los transeúntes. No había ladeado el paraguas al pasar a la par de otro. No había cedido el paso, haciendo que un chorro-catarata inundara al que iba pasando. En fin... Múltiples infracciones. Todo lo cual invalidó mi pedido de licencia por los próximos seis meses.

Ya me preparaba para ir mansamente a comprar un gorro de lluvia de ala ancha, cuando leí un cartel sobre una pared: “Si usted reprobó, tiene aquí la solución”. Me detuve y leí con cuidado prevenida contra las soluciones maravillosas. La cuestión es que la forma de acortar el tiempo de espera para el próximo examen consistía en adoptar una mascota no tradicional y enseñarle buenos modales. Básicamente, enseñarle a responder al nombre y a hacer sus necesidades en una zona destinada a ello.

Inmediatamente fui a uno de esos lugares que aparecían en Internet. Elegir una mascota nunca es tarea sencilla y menos tratándose de una no tradicional. Primero me ofrecieron un papagayo, luego una serpiente ovívora. Más tarde una araña y un lagarto. No me decidía. Por fin me ofrecieron una tortuga. Pensé que lo peor que podía pasarme era tener que remolcarla en patineta. El precio me terminó de convencer y además pagaba menos impuesto.

Así fue que comenzó mi tarea de entrenadora de tortuga. Lograr que respondiera al nombre no fue nada fácil. Pero con la convicción de lo que hacía logré que en unas semanas respondiera. Tal vez hubiera sido más fácil con un papagayo. Pero se ve que los precios estaban relacionados con las posibilidades de éxito en la empresa.

Al cabo de dos meses de entrenamiento me presenté en la oficina y pedí turno. Me preguntaron: —¿Cuál es su mascota? —Una tortuga— respondí. En ese caso, le daremos un turno para dentro de dos meses.

Miré mi agenda, en dos meses ya habría terminado la temporada de lluvias. Estaba echada mi suerte, ese otoño sería incómodamente lluvioso. En la oficina se escucharon algunos comentarios: —Que las tortugas son un fiasco. —Que las tortugas son un clavo. No me importó. A los dos meses estuve allí con Venancio, mi tortugo. Lo apoyé un momento sobre el piso. Le había puesto un collar alrededor del caparazón atado a una cintita. Fue un momento solamente. Me dediqué a completar formularios y distraje mi atención. Cuando volví a mirar, Venancio había desaparecido. Toda la oficina buscó al tortugo. No hubo caso. Fue como si se lo hubiera tragado la tierra.

Ese día me enteré que la pérdida de una mascota no tradicional hace pasible de una multa astronómica. Nadie me lo había dicho antes. Por lo menos no lo recuerdo. Además, la pérdida de Venancio hizo que me cancelaran el turno para el examen ya no por seis meses, ¡por dos años!

A un vecino le contaron que las tortugas se agotaron ese otoño. Debe ser que muchos reprobaron el examen y optaron por ellas por estar a buen precio. Parece que nadie de los que habían comprado una tortuga consiguió su licencia. Se empezó a

correr la voz de que donde vendían mascotas las entrenaban para que volvieran al local de ventas. Quiero aclarar que nunca me crucé con una tortuga en fuga por la calle. Para mí, Venancio encontró un rincón tibio donde pasar el invierno. Será cuestión de buscar una mascota que no inverte... ¿O será que hay que esforzarse más para aprender a usar un paraguas? ¿O será que si solo pensamos en la lluvia, hasta al más pintado se le escapa la tortuga?

MIRNA GENNARO

Argentina

Blog: <https://isladelosvientos.wordpress.com/>



LA SENSACIÓN DE LO PERDIDO

MARIO LÓPEZ ARAIZA
VALENCIA

Sentados en el borde del muro de la cortina de la presa, los dos amigos contemplaban el paisaje a su alrededor. El viento de la tarde agitaba sus cabellos, era tan puro y fresco que querían llevarse un poco a la contaminada urbe de la que provenían. Los árboles del otro extremo del cuerpo de agua se movían de lado a lado en una danza armónica con el aire, uniendo sus ramas y sus hojas al coro del ocaso. Las ondas producidas por la brisa en la superficie del agua se expandían por el embalse, en el que también se encontraban algunos patos yendo y viniendo desde las orillas. La naturaleza teñida de vida ofrecía un crepúsculo grandioso a juego con la puesta de sol, digna de plasmarse sobre un lienzo.

—Debemos volver —dijo ella, tomándolo del brazo.

—Es muy pronto —respondió su amigo—. Quiero quedarme un poco más.

—Mañana regresaremos, hazme caso.

El joven resopló con notoria desaprobación, resignándose a seguir a su amiga. Ambos cerraron los ojos, desapareciendo las sensaciones de su entorno. La paleta de colores se transformó en oscuridad, así como el sonido de la ventisca en absoluto silencio. Al volver a abrirlos, se hallaban en la sala de su apartamento en el piso doce de un bullicioso edificio. Ahora volvía la música estridente del vecino del dieciséis, la televisión del catorce, los gritos del loco del nueve.

Cerraron el libro, un regalo muy preciado del padre del joven, quien se dedicaba a labores de conservación en áreas de importancia ecológica. La institución para la que trabajaba lo recibió de un inventor especialista en neurología robótica aplicada a sistemas humanos, quien lo desarrolló con tecnología avanzada para después entregarlo a la dependencia como obsequio para el padre por haber defendido la zona en la que vivía, en la que habitaban especies de árboles endémicos en peligro por las constantes talas ilegales que restaban ya la mitad de la población. El libro podía crear imágenes sensitivas en la mente de los lectores, llevándolos hasta los sitios de los que hablaba, pareciendo un artilugio mágico para los muchachos. Cada día tenían la oportunidad de visitar lugares que ya no existían en ese entonces, donde los colores eran diferentes al gris del concreto, donde la vida se mantenía en todas sus formas libre del alcance de la mano del hombre y su codicia.

MARIO LÓPEZ ARAIZA VALENCIA
México



HACK LIFE

FACUNDO MALDONADO

Mis manos huelen a limón y sal, me puede la alegría de la ginebra, me embala en cajas de cartón la poesía de tu pecho y me pongo a jugar. Necesitaba un poco de silencio en la tarde, ya no sé qué dejar entrar a mis oídos, qué decir o qué callar, me llueven piedras del techo, se desmorona lentamente sobre mí, piedrita a piedrita, como esos pensamientos que bullen sin cesar en mi cabeza. Me resulta triste ver como se suceden las eventualidades, las cicatrices e ir hacia atrás, esperar, que la ansiedad supere cualquier medida estándar. Pero son solo algunos errores de corrección, algunos errores de percepción, criterios de concepción. Trato de imaginar lo que se podría hacer si el sudor que queda en mi cama después de una noche de insomnio no tuviese precio. No sé si esto es un cuento, algún pulp o algo lúdico desprovisto de inocencia, se me sale de control el papel que juego y quiero más.

Algo le pasó a mi conexión.

El blindaje no sirve, el rayo que abre la tierra dejó de funcionar y la tormenta eléctrica arruinó el plan. Desaparece cuando más lo espero, desaparece el objetivo principal, saber que hagas lo que hagas, no vas a volver a jugar. No hay un “continue”, una cuenta regresiva 10, 9, 8, 7, 6, 5, 4, 3, 2, 1 o un “Game Over” al final: Engañar a la máquina y jugar gratis las veces que sea necesario, las que se puedan, las que te dejen, hasta que te canses, hasta que se te caigan los brazos y las manos no te den más, lo que ocurra primero y más.

El hambre y la sed atacan vehementes, el conocimiento mediante la desintegración de los elementos, la existencia es sufrimiento.

Sos lo que ponés entre panes, la milanesa frita en aceite rancio, lo que bebés directo del envase, la gaseosa fría llena de azúcar refinada, industrializada, sin aportes grasos, la que tomás para aplacar tu sed incontrolable de consumir. ¿Dónde compraron ese manual tan berreta? Ese que dice que no podés estar escondido. Sé con certeza que alguien dijo que servía y que funciona en la medida justa, ni más ni menos. Salirse de esos parámetros cuesta caro y esto es literal, las vacilaciones deben quedar en otro lugar (¡Buuuh! ¡Aburrido!). Ninguna analogía es segura para describir la situación, todas convergen en el mismo punto ciego, donde la razón anula todo lo que le sobra. Estado de fuga, “punto ciego”; las trampas no importan, los otros tampoco importan, solo perseguís una sola cosa, con una visión parcial, pero la cuestión definitiva en este asunto es: mata o muere, horizontal o vertical, uno y cero, estar o no estar. Es increíble que casi cualquier cosa se pueda simplificar en esos términos.

No podés estar perdido sino sabés a dónde vas o si estás muerto.

Desea salir ahora: Sí - No

Sí. Ahora mismo por favor. Tengo que quitarme lo que me pica del cuerpo,

toda esta piel. Tengo que comprar lentejas (“porque si quieres las comes y sino las dejas”) y esa preciosa proteína de soja, esencial para la desconstrucción de cualquier organismo vivo. Tengo que darle de comer al perro y al gato. Tengo que distraerme un poco de lo que pasa en mi cabeza. Tengo que etc, etc, etc... Así hasta que encuentre un digno final, porque soy un peligro potencial, una amenaza por reclamar igualdad de condiciones. Al final, la recompensa es un “shot de alegría in the head”, nadie te dice chau, nadie te espera o te saluda, ni te honran con un duelo final.

Está seguro que desea salir: Sí - No

No sé, no estoy seguro. Salir implica perderse eventos interesantes, momentos de gran satisfacción, recompensas de gran valor, el cofre del tesoro, un poder superior. Tengo que estar atento, porque si no esas criaturas del bosque me comerían, tengo que estar preparado por si las brujas me tiran sus poderes, tengo que estar advertido de las saetas oscuras que atraviesan el aire buscando un punto certero en mi pecho, la muerte segura, cuidarme de que tu padre no se entere de que te veo a escondidas y quiera matarme tan solo por respirar, por existir, por estar, por ser algo que no soy (¡Truhán!).

¿Se habrá dado cuenta el perro de que estoy triste por que fallé el tiro de gracia?

No. Solo come su alimento balanceado y no me pregunta que voy a hacer. La gata maúlla en la ventana, se ocupa de las polillas que giran alrededor de la lámpara, de los bichos que quieren entrar a su guarida, me mira como si la estuviese molestando, yo solo quería cambiar las maestrías y apreté el botón equivocado, esa subjetividad, me está empezando a molestar.

Entiendo, aunque sé, es imposible, que cuando no nos falte nada dejaremos de llorar por los rincones o escondidos en la maleza (o con la cabeza en la almohada). Hasta ahora nos sobra miseria y eso que solo hablo de un juego, uno macabro e incorregible, imaginate si hablara de la fantástica realidad. Qué miedo me da esa incertidumbre, me refiero al ejercicio práctico de dudar y que a la cuenta regresiva aún le falte un cero. Más que miedo, ansiedad, más que ansiedad, algo que segar para ver si encuentro algo mejor: un parche, una ficha más, el botón de ejecutar o quizás un juego más entretenido de jugar, pero lo que más me impresiona y paraliza es que quizás ya nada dGacundooe esto me interese, ni siquiera en potencial.

0 (cero).

FACUNDO MALDONADO

Argentina

Twitter:https://twitter.com/mad_dummy

Google+:<https://plus.google.com/100577230145198892373>



**FELIZ
CUMPLEAÑOS
YOLANDA SA**

—Gorda, quiero que compartas el regalo para mi cumpleaños, dijo Adrián.

—No sé qué, qué se te ocurrió, pero lo dudo, —dijo Paula y agregó: No me digas gorda, sabés que estoy terminando la dieta de la sopa.

—Es algo que te va a gustar, que podemos compartir.

—No me imagino nada que pueda compartir con vos, a esta altura de mi vida.

—Justamente lo pensé para ver si podemos mejorar nuestra convivencia.

Escuchá, dicen que un cambio de aire mejora cualquier relación. Mi cumpleaños es dentro de dos semanas. Pensaba alquilar la casa que tiene Nidia en el Tigre, ella no la usa en esta época, tiene un cómodo muelle, con bancos de madera, baranda y techo nuevos. Puedo pescar, escuchar música, mientras vos cebas mate, ¿qué te parece?

—Me parece que siempre pensás en vos, sos un egoísta. Lo nuestro no tiene remedio.

—Por favor Paula, necesito un paréntesis. Estoy todo el día en la calle con el reparto. Bocinas, frenadas: meto la trompa y te quedas atrás, te encierro porque soy más grande, te insulto porque se me da la gana. Vos no conocés esa jungla de cemento. Necesito silencio, escuchar el rumor del agua golpeando contra la orilla, la nada total si es posible.

—Y da la casualidad que yo necesito ver luces, gente conversando, riendo. Me gusta el teatro, la pizza. Me gusta maquillarme, perfumarme. ¿Qué respuesta tenes a esto?

—Bueno, cuando regresemos te llevo al teatro, invitamos a Graciela y su marido y después de la obra vamos a cenar.

—¿Es una promesa, no? Está bien, te acompaño, pero llevá dinero porque no pienso cocinar, quiero que para mí también sea un recreo. Ah, nada de fumar, sabés que el olor a cigarrillo me descompone. ¿Te espero hoy para la cena? No más tarde de las nueve, porque después quiero ver la novela.

—Sí, mujer, hoy termino el reparto temprano.

Se acercó, le dio un beso en la mejilla y salió. Se escuchó el ruido del motor del utilitario y después el silencio. Paula tomó el control del televisor y lo encendió, faltaban unos minutos para la novela de la tarde. Trajo el quitaesmalte, un frasco de esmalte naranja, color que estaba a la última moda, y un trocito de algodón; los colocó sobre la mesa y comenzó su tarea.

Pasaron los días y llegó el domingo; acomodaron el bolso que había preparado Paula y otro con los enseres para el mate, la caja de pesca, la caña, un farol de noche, una radio y un mazo de cartas; todo en la parte trasera del vehículo. Cuando llegaron a Tigre lo dejaron en un estacionamiento cubierto, cargaron sus enseres y caminaron

hasta la Estación fluvial.

La casa de Nilda estaba en un paraje conocido como Tres Bocas por la confluencia de los ríos Paraná, Capitán y Sarmiento, a media hora de navegación. El día era fresco, el cielo celeste, la estela de espuma blanca acompañaba a la lancha colectiva, todo presagiaba armonía. El ayudante del piloto voceó el destino, bajaron.

Adrián, cargado con todas las pertenencias, suspiró. “Por fin un poco de paz”, pensó.

—Qué chato es todo esto, —dijo Paula acomodando sus anteojos de sol. A mano izquierda de un sendero de cemento, se veían las instalaciones de un restaurante donde mesas, sillas y sombrillas esperaban el mediodía para acomodarse con los turistas dispuestos a probar los productos de parrilla promocionados.

Caminaron por ese sendero, en fila india, dejando atrás casas sencillas con jardines, hasta llegar a un canal, paralelo al río principal por el que habían llegado. Doblaron a la izquierda, siguieron ciento cincuenta metros hasta la entrada de la casa de Nidia: todo era una alfombra verde hasta el embarcadero, que estaba remodelado, como había comentado Adrián. Se recortaban plantas de rosa china con flores rojas y amarillas, hortensias con todo su verdor esperando estallar en cualquier momento; en la orilla, sauces, ceibos y cada tanto un eucalipto.

Subieron los seis escalones de madera de quebracho, rodeados de sendas barras de protección hasta alcanzar la altura de la propiedad, sostenida por gruesas columnas. Se encontraron en una galería techada con una baranda de madera que transformaba el ambiente en un ancho balcón. Había dos reposeras de plástico a los lados de una mesita alta de madera recubierta con un trozo de hule estampado. Un llamador hecho con trozos de diferentes maderas, colgaba delante de la puerta. Varios macetones con helechos exuberantes descansaban en los rincones. Adrián dejó los bolsos y buscó la llave para abrir la vivienda.

Paula se sentó en una de las reposeras.

“Aquí no hay nada para hacer”, pensó.

Su vista cayó sobre las aguas mansas del canal.

—Cinco días aburridísimos, espero que la empresa de TV no tenga interrupciones... y ese pájaro que no para de gorjear...

Entró y recorrió la casa, había dos dormitorios, un baño en la parte de atrás y un salón comedor con cocina en el frente con ventanal a la galería. Todo era rústico, las cortinas de algodón floreado, la mesa y sillas de madera de pino.

—Como tenemos diferentes horarios para levantarnos, cada uno tendrá su habitación, sentenció. Tomó el control y encendió el televisor, era voluminoso, de veintiuna pulgadas, enseguida se desplegó la pantalla del noticiero diario. Se sentó en

uno de los tres sillones de cuerina negra que conformaban el living.

—Estoy cansada, —dijo y lo único que se escuchó después, fue la voz del periodista que relataba las noticias del día.

—Vuelvo en un rato, voy a buscar el almuerzo —dijo Adrián. Bajó los escalones y se dirigió al embarcadero, desandando el camino hasta el restaurante de la entrada. Encargó carne asada y una ensalada. Después fue a lo importante para él en ese momento, consiguió lombrices para encarnar en el anzuelo. De regreso se acercó al lanchón almacén y compró varias botellas de gaseosas.

Almorzaron sin incidentes. Adrián pasó la tarde tirando la caña y esperando el pique, mientras el mate le hacía compañía. A media tarde se le acercó un perro, meneó la cola y se sentó a su lado. Seguramente era del vecindario porque emanaba calma y satisfacción.

A las cinco de la tarde, Paula salió de la casa, bajó los escalones con cuidado porque se había calzado unos zapatos con taco ancho, pero taco al fin, que se hundieron en el pasto del parque. Se había arreglado y maquillado.

—Voy a tomar un café al restaurante de la entrada —comentó.

—Esperame, me lavo, me cambio y te acompaño.

—No, yo ya estoy lista, te espero allá.

Paula comenzó a caminar por la pasarela de cemento, con su atuendo de ciudad. Cuando llegó, como el viento era fresco, pasó al interior del establecimiento. Recorrió el salón con la mirada y en una mesa divisó tres mujeres como de su edad, jugando a las cartas. Se acercó y con una amplia sonrisa, de ésas que regalaba cuando ella quería, preguntó: ¿No les falta alguien para completar el juego? Las mujeres la miraron y se miraron.

—Por supuesto, nos caíste justo, ya estábamos cansadas de la canasta y el burako hay que jugarlo en pareja. Bienvenida, ¿cómo te llamás? —preguntó una.

—Paula —le contestó y agregó— Mozo, un café con crema y una porción de lemon pie, por favor. —Dicho esto se sentó por un largo rato.

Adrián se tomó su tiempo, se bañó, se fregó con agua de colonia, pensando en Paula, se puso una camisa hawaiana y un pantalón claro, se calzó sus zapatillas limpias, tomó una campera liviana y salió. Cuando llegó al restaurante la buscó en la explanada, donde las mesas tenían vista al río, pero no estaba. Entonces la buscó en el interior: tampoco estaba. Comenzó a alarmarse cuando fue ella quien lo llamó desde la mesa de juego.

—Adrián, estoy aquí, con mis nuevas amigas, no te preocupes por mí. Tomate un café afuera, así ves pasar las lanchas que tanto te gustan.

Adrián estaba desconcertado, no conocía a las mujeres, no le gustaban los

juegos con cartas, el ambiente olía a frituras. Salió y se quedó parado indeciso.

Un paisano sentado a una mesa de la periferia, percibió su incomodidad y lo llamó:

—¡Eh, don, acérquese! Compartamos la mesa, yo estoy solo y usted parece que también. No lo he visto por aquí, ¿está de paseo?

Adrián se acercó y le contó sobre su estadía y su debilidad por la pesca.

—Amigo, a mí también me apasiona, y hay días, cuando se me termina lo que cobro por la jubilación, en que almuerzo si pesco. En ese momento se pone interesante. Además, tengo un pequeño taller, agregó el isleño, donde confecciono esteras y cestos de diferente tamaño, los vendo en el Puerto de Frutos, que de frutos no tiene casi nada, pero muchos artesanos colocamos nuestros productos en ese lugar.

Siguió la conversación, cada vez más amena. Oscureció y las últimas lanchas colectivas pasaban con todas sus luces. Pidieron una picada y una botella de cerveza. Adrián se sintió acompañado y entendido después de mucho tiempo.

—Esta noche me quedo en esta isla, en casa de mi primo, pero mañana vuelvo a la mía, si quiere acompañarme le muestro todo lo que hago.

—Me gustaría mucho —le contestó Adrián. Arreglaron el lugar de encuentro y el paisano se marchó.

—Mañana es mi cumpleaños, —pensó Adrián— pero como están las cosas, no creo que Paula se acuerde. Seguramente se irá a casa de alguna de sus nuevas amistades y no me echará de menos. Queda la noche para cenar juntos y tomar una copa de vino blanco helado, que es el único que a ella le gusta.

El día amaneció caluroso, pesado, el cielo lleno de nubes blancas. Adrián partió en la lancha del isleño y Paula fue a casa de una de las jugadoras. Quedaron en encontrarse a la noche para cenar.

Uno pudo solazarse con la pesca de dos surubíes, que el paisano limpió y aderezó para asarlo en una pequeña parrilla y la otra demostró sus dotes culinarias, enseñando a sus amigas el proceso para conseguir unas buenas manzanas al horno.

Después del mediodía, el cielo era un revoltijo gris oscuro. Comenzó a soplar un viento fuerte que terminó por deshojar las ramas que todavía conservaban las últimas hojas. Una hora más y se desplomó un aguacero que duró hasta el anochecer, el río subió un metro, los jardines quedaron bajo el agua, con maderas, plantas, botellas de plástico flotando.

—El río está crecido y muy revuelto —comentó el paisano—. No es bueno salir con la lancha, pero no se preocupe, tengo un catre para las visitas. Podemos acompañar unos fideos que amasé ayer con un vinito tinto, que lo tengo guardado para una ocasión especial, río.

Comieron, el vino les soltó la lengua, contaron cuentos, rieron con ganas, como si se conocieran de toda la vida. Después durmieron, cada uno acompañado por su ronquido.

Paula también pasó un día entretenido, barajas y chimentos mediante. Debido a la tormenta no se animó a volver a la casa alquilada. Corrían historias de culebras escurriéndose debajo de las puertas, grandes arañas y otros insectos corridos por el agua cuando esta subía, entrando a la cocina, al dormitorio... Se quedó jugando con sus ocasionales amigas hasta altas horas de la noche.

Pasaron dos días más antes que el agua volviera a su nivel habitual. Adrián y Paula, cada uno por su lado, consiguieron que la estadía fuera original y agradable.

Cuando finalmente se encontraron se abrazaron.

—Feliz cumpleaños —le dijo Paula.

—Gracias, —contestó Adrián— fue uno de mis mejores cumpleaños. A la tarde tomamos la lancha de regreso, ya extraño mis cosas.

—Completamente de acuerdo, tanta agua me asfixia, necesito encontrarme con Graciela, tengo muchas cosas que contarle —asintió su esposa.

YOLANDA SA

Argentina

Facebook: [Yolanda SA](#)

Blog: yolanda-sa.blogspot.com.ar



**VUELO DE
ÁGUILAS
AMALIA RENGEL**

Las historias siempre forman parte de nuestras vidas... Inevitablemente estamos formados de ellas. Las personas vienen, hacen y se van (algunas veces) dejando huellas tan profundas como sentimientos difíciles de olvidar.

A veces nos encontramos en un lugar común con vidas que aun formándose en distintos caminos (que ninguno eligió) parecen destinadas a conocerse. Algunas veces esos caminos se encuentran tras las letras y las palabras.

Algunas personas son como el águila la cual a los cuarenta, debe tomar una seria y difícil decisión, volar hacia lo alto de una montaña y quedarse ahí, en un nido cercano a un paredón, en donde no tenga la necesidad de volar. Se renovará allí cada área de su aspecto, una con más dolor que otra. Después de un tiempo, saldrá para su vuelo de renovación y a vivir treinta años más.

Situaciones parecidas nos suceden a lo largo de la vida. Hay momentos en que parece que ya hemos dado todo lo que tenemos. Pareciera como si hubiéramos agotado nuestra creatividad y que ya no tenemos mucho que aportar. Nuestra vida suele verse gris y envejecida. Estamos en un punto de quiebre. O nos transformamos como las águilas o estaremos condenados a morir. La transformación exige, primero, hacer un alto en el camino, tenemos que resguardarnos por algún tiempo y luego volar hacia lo alto y comenzar un proceso de renovación.

De eso trata nuestra historia...

Le dije ese día que escribiría nuestra historia. Quizás lo hice en uno de esos arrebatos de escritora compulsiva que suelo tener algunas veces... O casi siempre. No sabía realmente cómo hacerlo pero me entenderá que así soy yo. Algunas veces impulsiva, algo obsesiva con ese amor hacia el misterio o lo desconocido.

Y usted es así y yo me quedé prendada en una ilusión sin fuerzas ni motivos y mucho menos correspondida. Eso le dije, que escribiría nuestra historia, pero usted me respondió:

—Le recomiendo que no revele todo, deje espacio al misterio, no revele nombre...

Esa fue su sutil respuesta. Palabras amargas que calaron en la profundidad de mis extrañas. Dejándome un sabor a mar, con mucha sal. Me sentí menos que las putas tristes de García Márquez... ¿Sabe cuál obra es, cierto? Sí, esa que nunca me gustó mucho pero sin embargo leí como siempre leo a Márquez, con mucho cuidado para descifrar su mundo y entender sus significados.

Sin embargo, usted no vio la lágrima que no dejé escapar pues nunca ve más allá de sus profundas reflexiones y jamás se permite verme. Porque no quiere. Porque eso le obligaría a conocerme y tampoco quiere.

Cuando le dije que escribiría nuestra historia no le dije cuál sería...

Quizás usted se imaginó la historia de nuestro vaivén de amor y odio. De célebres combates verbales o de los arrebatos sensuales donde nuestras palabras cobran vida y donde usted se convierte en el amante casi perfecto pero tan frío y distante como la Patagonia.

¡Pero no!... No era esa la historia que yo quiero escribir en una obra que quizás nunca llegue a salir de mi libreta de apuntes... De mis notas a prisa y garabateadas sin orden... Mi verdadera intención es narrar nuestras reflexiones. Cuando usted se olvida de reprenderme y yo me olvido que sigo encerrada en mi torre con los cerrojos fuertemente trancados. Cuando nos encontramos desde la profundidad de nuestras soledades, usted en su mundo y yo en el mío.

Alguna vez me dijo:

—Soy el ser humano más aferrado a encontrar la llave de cada puerta de sí mismo. Y ni siquiera se si tengan cerraduras.

Pero sin embargo no me ha permitido ni siquiera asomarme a la entrada de su casa.

Por eso me animé a escribir (porque creo que es una de las pocas cosas que se me dan) para ver si algún cerrojo se abre... Escribir sobre esos encuentros fugaces casi ocultos (en secreto) porque cada uno tiene una vida distante y paralela. Porque usted quizás le pertenece ya a alguien y yo sigo acá siendo la bruja de mi propio encierro.

Encierros animados por mis culpas del pasado. Por errores cometidos bajo el dolor de tantas penas. ¿O no es por eso que se toman las peores decisiones? Decisiones que duelen y se transforman en desdicha eterna.

Usted no tenga miedo. Si escribo algo que se parezca a su vida será desde la perspectiva de mi propia imaginación... Sin nombres. Solo le diré usted, como suelo llamarlo... Solo permítame narrar la historia de estas Águilas que no terminan de emprender el vuelo.

Tan solo por miedo a morir en el intento. En el intento vacío de sus almas solas.

Es tan breve el espacio que hemos compartido pero aún así siento en la profundidad de mi alma que lo conozco desde hace mucho.

Mi recuerdo viaja hasta ese dije que me dijo:

—Hola, Ana. Agradecido de que leas mis libros.

Libros que hacía ya mucho tiempo estaban guardados en mi biblioteca al lado de García Márquez, Miguel de Cervantes, Poe y Quiroga. Y eso, con la intención de no olvidarme de ellos.

Ese día, cuando apenas éramos dos desconocidos con hambre de saber uno del otro. Pude entender su debate ideológico y entender que allí comenzaban nuestras

semejanzas. Pude también sentir como me iba cautivando su sonrisa... Me habló luego de dos de sus obras que por razones obvias, y a fe de no descubrirlo, no puedo mencionar.

—Te encantarán —me dijiste—. Es una serie de dudas existenciales, una especie de reclamo.

Y cuando usted se fue, como lo hace siempre de repente, yo salí a devorarlas por completo, como se puede leer Cien Años de Soledad. Con la duda de no entender, primero y luego con esas ganas de querer más. Así lo leo, lo evoco y lo profundizo en la búsqueda por conocerlo.

En aquel veintisiete de abril usted también me preguntó con disimulo:

—Déjame adivinar, eres divorciada...

—Incomprendida.

—O eres felizmente (ferozmente) casada.

Y yo dejé correr el rato solo con la malévola intención de hacerlo sufrir porque eso, mi querido señor, alimentó mi ego de una manera inesperada.

—Quiere adivinar o quiere saber. —Y por primera vez nos sumergimos en nuestro ya singular juego de contiendas y palabras.

—Divorciada. —Acotó.

—¿Quiere saber? —Pregunté.

—Siii... No quiero que me mate la curiosidad como al gato.

—Casada —dije.

—Deberías gritar que tienes un esposo maravilloso...

Y mi ego y mi sonrisa fueron uno solo pero usted no se dio cuenta. No pudo ver mi rostro ruborizado ni mi espléndida sonrisa.

—Soy casada —respondí— con siete años separada. Felizmente sola. Muy, muy feliz.

Y usted respondió:

—Se me hacía raro porque las personas como tú pondrían hasta el nombre de su gato en agradecimiento.

—¿Personas como yo? y ¿cómo se supone que soy?

Sus palabras me prendaron de usted. Ahh, pero ni se asuste, ni me lo tome a mal no soy paranoica solo que me hizo sentir como Dulcinea prendida a las sombras de su Quijote.

Así eres me dijo:

—Una persona agradecida dulce, romántica, tierna, especial, apasionada, incondicional, inteligente, madura... No terminaría hoy de describirte, según lo que creo y como te veo.

Y yo sentí el tic tac de mi reloj desbordado de algo que aún no se que es. Usted abrió una pequeña torre dejando caer el primero de los muchos candados. Me había descrito como quiero ser y no miró la bruja que hay en mis pesadillas y deseos más oscuros. Mis desvaríos y la locura de mis días depresivos más intensos. Usted me dejó pensando en la posibilidad de romper las barreras del tiempo y me obligó a escribir cada palabra.

¿Sabe por qué?

Porque como corrió en el pueblo allá en Macondo escribiendo su historia en las paredes cuando fueron acosados por la presencia del olvido, así escribo, como una loca apresurada contra el tiempo que amenaza con borrarle los recuerdos. Esa es mi razón de escribir nuestra inusual historia... Alzar el vuelo muy, muy hacia arriba, como las Águilas, disfrutando, mientras puedo, de la falsa ilusión de tenerlo. Elevarme para luego lanzarme hacia la nada perseguida por la bruma gris que amenaza con borrarle los recuerdos.

Sus recuerdos...

Retenerlo aunque falsamente con mis palabras para que sea eterno. Elevar alas para no cansarme y cruzar el firmamento para hallarle. Porque las águilas siempre regresan renovadas...

Aún recuerdo sus palabras y cada comentario que hacía en mis humildes escritos los cuales nunca han sido nada comparado con sus maravillosas letras. Letras convertidas en imágenes que siempre me hacen recordar a Márquez, es que usted y Márquez parecen similares en muchas cosas... Quizás eso me enamoró. No distinguir donde terminaba la fantasía y se presentaba la realidad.

Ahora, en este tiempo de recordar nuestros encuentros me pregunto donde andará. Y si es capaz de retomar nuestros encuentros y volver.

Aquellas conversaciones con usted me han dejado taciturna, melancólica algunas veces y otras me traen tantas nostalgias. Lo he buscado, se lo puedo asegurar, he viajado una y otra vez a aquellos lugares pero no lo veo y mi corazón vuelve de nuevo a preguntarse dónde está. Estará escribiendo un nuevo libro o quizás ya encontró la llave a esa puerta que buscaba. Quién es usted y porque me dejó tan inesperadamente como llegó.

Algunas veces el recuerdo de aquel encuentro en el que me entregué a usted en alma, en poesía, en cuerpo, en mente, acortando la distancia me estremece.

Ese día solo me pidió:

—Ana, hagamos el amor

Yo me quedé prendada de sus ojos color café, de su risa picara y de sus argumentos todos siempre diferentes a los míos, tan distintos, tan contradictorios.

—Y si lo hacemos, ¿qué nos quedará después? —Fue lo único que pude decirle.

—El infinito sabor de tu boca Ana y la necesidad de los dos, saciada.

Y así yo me dejé llevar. Cerró los ojos y me amó y yo cerré los míos y le amé. Dejé que su boca recorriera cada parte de mí, sus manos suaves, su aliento cálido y esa maravillosa forma de decirme al oído lo que yo quería escuchar.

—Ana, grita mi nombre cuando llegues al éxtasis que quiero darte.

Y yo lo grité... como lo grito ahora cuando llegan los recuerdos a mí. Me he quedado sumergida en la nada como ese pueblo de Macondo, como el personaje de Kafka ante su metamorfosis y como aquella puta sola al final de la calle.

Hay momentos donde me encuentro tan débil, agotada, desanimada y entonces le imagino como al águila, allá en un remoto lugar que lo volverá a renovar y luego volverá a mí. Me dirá todas aquellas palabras que no son poesía... son algo más que me penetra el alma.

Mientras tanto yo me quedo acá, escudriñando el horizonte... esperando verlo llegar y si lo hace, deseando que me vuelva a amar, para emprender un viaje juntos como vuelo de aguilas... libre, renovado...

AMALIA RENGEL
Venezuela

Instagram: [Amalia Rengel](#)

Facebook: [Amalia Rengel](#)



ESPERANZA

RICARDO ALARCÓN

Quiero desaparecer, cerrar mis ojos y dejar que la dulce muerte me lleve consigo. Así, sin dolor. Que cuando vuelva a abrirlos esté en el cielo, infierno o purgatorio. ¿Qué más da? Ya experimenté todos los estadios a lo largo de mi vida. Pero ya no quiero estar más en este mundo. Quiero dejar de ser una carga para mi familia, amigos y novia. No caben lágrimas en mis ojos, siento un dolor demasiado grande. Impotencia al saber que este mundo es tan injusto, que la gente buena sufre y la mala disfruta de su viveza para conseguir lo que quiere. Cansado de tanto político hijoeputa que se llena los bolsillos y no comparte con los demás. Cansado de ver como mis parientes cercanos son tan desalmados, tan fríos ante mi desdicha. Por eso prefiero desaparecer, escribir las últimas líneas hasta que el reloj marque las 3 a.m. y vengan por mí.

La parca, ¡oh sí! amada muerte envuélveme en tu negro manto. Consuélame con tu hoz clavándomela en el corazón. Llévate mi alma desdichada hasta el inframundo. Ya más nada quiero saber de este planeta lleno de tanta mierda. Donde las oportunidades aparecen para los privilegiados, donde el sol ilumina a unos cuantos, donde está prohibido matar a los que se merecen y donde mueren los inocentes. Estoy cansado ya de luchar contracorriente con mensajes positivos que buscan la paz pero que entran por un oído y salen por otro. De nada sirve anhelar ser feliz, si la felicidad es inalcanzable como la equidad para todos. Antes de partir quiero oír melodías alegres, para sentir por última vez jolgorio en mi habitación. Discúlpennme por ser tan grosero, por irme sin decir adiós. Discúlpennme si quise cambiar el mundo con mi poesía y literatura. Con mis idas y venidas, con mi ser y no ser. Soñaré antes de morir que no todo fue en vano aunque una corazonada me diga que esto jamás cambiará.

Empieza a dolerme la cabeza, tal vez sea una señal. Un olor extraño penetra en el cuarto mientras mis ojos se desvanecen, ya no puedo moverme, parece que voy ingresando en una clase de hipnosis, en un trance sin retorno. El reloj suena, ya perdí la noción de la hora. ¿Acaso la parca se adelantó?

Retorcijones de estómago, frío que alimenta los deseos de partir. Mi sábana no me protege, al contrario estorba mis movimientos. Doy un volantín y caigo al piso. ¡Qué dolor! Me arrastro por el suelo cual desdichado pordiosero, recojo mis lentes y observo a través de la ventana. Es de día aunque la neblina torna el escenario semejante a un velorio. Veo la hora y son las ocho de la mañana. No tenía mucho hambre así que tomo una taza de leche con café, un poco de dinero y salgo a la calle. Recorro sin rumbo fijo, enciendo un cigarrillo (cosa rara en mí), fumo hasta que se extinga todo el tabaco en mis pulmones. Veo a la gente pasar rauda, con prisa por llegar a sus centros de trabajo. Noto desesperación, angustia. Tal vez sea por problemas financieros o de salud. Es lo común en estos días.

Luego de andar unas cuantas cuerdas a pie, decido ir a la playa a respirar aire puro. Huanchaco es el lugar elegido. Este balneario que fue donde los Mochicas (antigua cultura peruana) dieron origen al tradicional plato del ceviche hace más de dos mil años y que además esconde grandes misterios. Era mi escape.

Al llegar noté varios cambios, no iba por eso lares hace por lo menos cuatro años. Varios locales nuevos, gente desconocida, lo único que mantenía eran las calles dispares y ese ambiente “cool” que encantaba a propios y extraños.

Di una vuelta por la querida “Cancha Naranja”, estaba remodelada, pintada con arcos y bancas nuevas que simulaban un ambiente más acogedor. Había unos niños jugando en el tobogán. En eso escuché una voz que me llamaba.

—¡Carlos! , compare ¿eres tú?

Como soy medio despistado, tuve que acercarme y darme cuenta que si era mi amigo de la infancia.

—Que gusto verte Enrique, hace años que no sabía de ti.

Luego de ponernos al día, me contó que tenía un hijo de cinco años que era su alegría y motivación para seguir adelante. Recordamos juntos el partido de fútbol donde quedamos eliminados en semifinales, en la lejana copa interprovincial donde jugué de defensa hace más de quince años.

Me despedí con un fuerte abrazo, deseándole lo mejor y caminé hacia la playa.

Había oscurecido, sin embargo eso poco importaba, lo que quería era conectarme conmigo mismo. Es difícil afrontar que tu vida se está yendo al carajo, que nadie puede ayudarte, desolación absoluta y solo una opción en la cabeza. El suicidio.

Poco me importaba ser un número más en las estadísticas del mundo donde 800 mil personas se suicidan al año. Total a nadie le haría falta. Las risas, alegrías, fiestas, eran terreno inhóspito para mí hace más de tres meses. Andaba metido en el cuarto, alejado de amistades, mi mundo era la televisión y la comida chatarra.

Estaba sentado frente al mar, observando el vaivén de las olas, escuchando su rugido terrible. Su queja incesante contra los humanos despiadados que lo contaminamos sin importarnos su sufrimiento.

—Yo te entiendo amigo mío, somos dos atrapados en esta triste agonía.

Hablándole al mar, mientras la luna imponente trazaba un camino recto hacia mí, sentí escalofríos. Parecía que quería comunicarme algo.

Si de consejos se trata, la madre naturaleza suele dar los mejores.

Viendo la espuma salvaje, con ese cuerpo formado tan perfectamente diría que Dios creó todo de manera sublime, magnificante.

Pensando en las maneras de desaparecer de este mundo, atravesó por mi mente el sumergirme al mar, nadar lo más lejano posible y cuando las fuerzas se agotaran caer

rendido hacia el fondo del océano.

Sin embargo, el terror de imaginarme perdiendo el aire, asfixiándome al no tener respiración continua, pero sobre todo el sentir el furor de las olas embistiéndome fue el detonante para no optar por tal método.

Entre tanta incertidumbre, llegó una pareja cerca al lugar donde estaba. Me incomodó su presencia así que preferí moverme por otro lado.

Dentro del trayecto sonaron las campanas de la iglesia. Recordé entonces que la misa dominical estaba por empezar.

He sido criado dentro del seno de una familia católica así que creí que era necesario escuchar las últimas palabras del sacerdote Bernardo antes de morir.

Recuerdo claramente el versículo de aquella noche, era Juan 11: 25-26: “Jesús le dijo: Yo soy la resurrección y la vida, el que crea en mí aunque muera vivirá y todo aquel que vive en mí no morirá jamás”.

Sentía que era una indirecta, un mensaje divino dedicado para el momento que estaba pasando. No me importaba morir porque sabía que Dios me perdonaría y entendería la razón de mi accionar.

Antes de tan fatídica decisión, caminé rumbo al cementerio que se ubica frente a la iglesia para observar las lápidas. Imaginaba como se vería mi nombre allí.

—Ya va a ser la hora, Dios. Pronto estaré contigo.

Mientras más me adentraba, más crecía la ansiedad, era una sensación como de locura extrema, éxtasis demencial. En ese momento escuché un sonido. Era como si alguien hubiera golpeado el suelo. Extrañado volteé y luego no recuerdo nada.

Desperté amordazado, junto a mí un sujeto encapuchado (no alcanzaba a verle el rostro) cavando sin cesar en una de las fosas del cementerio. Quería gritar, pedir ayuda y salir corriendo cual coyote viendo explotar dinamita cerca. Sudor frío, ojos rojos repletos de gotas de lluvia. Estaba presenciando mis últimos instantes de vida. Realicé una súplica final al cielo, pedí protección para mi familia y por primera vez en la vida quise seguir existiendo.

Cerré los ojos, de pronto el sonido de una bala me exaltó. Vi caer el cuerpo de mi agresor dentro de la fosa. Al cabo de unos segundos, una señora de cincuenta años aproximadamente me desató y me dijo unas palabras que jamás olvidaré en todo el tiempo que me quede por vivir:

—“Debes tener cuidado con lo que deseas, muchas veces no te das cuenta que tienes un futuro impresionante por delante y te dejas abatir por las vicisitudes, por los infortunios de días grises. Levanta la cabeza, lucha por tus sueños que no siempre estaré yo para salvarte”.

Dicho esto se marchó lentamente, yo seguía sin entender de quién se trataba.

—Espere... ¿Quién es usted? Dígame su nombre al menos.

—Lláname Esperanza, así me conocen todos por aquí.

Ya no pude articular ni una sola palabra, lloré desconsoladamente, tomé mi rostro y de rodillas le agradecí a Dios. Sabía que él había sido. ¿Quién más podría tener esa bondad y misericordia hacia mí?

Hasta el sol de hoy no he vuelto a ver a esa misteriosa señora. He recorrido todo el cementerio y alrededores buscándola pero todo ha sido infructuoso. Sin embargo cada vez estoy más seguro que fue un ángel enviado en forma de mujer.

RICARDO ALARCÓN

Perú

Facebook : <https://www.facebook.com/ricardoalarconescritor>

Instagram : <https://www.instagram.com/ricardoalarcon.escritor>



LOS SUPERVIVIENTES

ANA PALACIOS

Amanecía cuando inicié mi caminata habitual por la playa. Mientras mis pies eran acariciados por las suaves olas que llegaban hasta mí y el sol asomaba su familiar rostro por el horizonte, yo me sentía pletórica formando parte de la belleza natural que me rodeaba.

Me encontraba en este estado de casi levitación cuando la vi. Allí, semioculta en la arena, parecía pedirme que no la pisara, que la tomara en mis manos y la rescatara. No me pude resistir. Era hermosa y llevaba dentro un papel enrollado. A quien madruga, dios le ayuda, me dije sonriendo, mientras di por acabado mi paseo y dirigí mis pasos de vuelta a casa, más contenta que unas castañuelas.

Puse la botella bajo el agua para sacar los restos de arena que quedaban y admiré su delicadeza. Al contemplarla percibí que estaba hecha por las delicadas manos de un artista. Cuidadosamente la abrí y extraje de su interior el documento que contenía. Su impactante mensaje decía así:

*“Hace un tiempo, en el silencio de la noche cósmica una voz se hizo audible en mis oídos:
«Encuentra a los supervivientes y juntos buscad la luz. Cuando la encontréis el agua se hará evidente»*

Sin saber a que atenerme, pero convencida de que tenía una misión, empecé la marcha impulsada por la fuerza de la voz escuchada en sueños.

Mecánicamente metí una mano en el bolsillo y comprobé que las cápsulas que quedaban alcanzaban para unos cuantos días más.

Caminaba como hipnotizada y, mientras lo hacía, mi mente era colonizada por oleadas de recuerdos.

Cuando mis fuerzas parecían haber alcanzado su límite, escuché decir desde una cierta distancia:

Por allí camina una persona.

Levanté un brazo, antes de que mis rodillas se doblaran impactando con la tierra seca y resquebrajada.

Tras las presentaciones y el necesario descanso alguien con ganas de retomar el viaje preguntó:

—¿Hacia donde vamos?

—Hacia el Este, el punto por donde sale el sol —dije con voz todavía algo quebrada—.

Recordad el mensaje: “Buscad la luz y el agua se hará evidente”.

Todos asintieron; sabíamos que el resultado no podía ser arbitrario sino conforme a la Ley del Destino.

Subimos a una nave espacial y salimos en busca de señales, dejando atrás aquella larga pesadilla en la que la adoración al dios Denarius y la religión de la Tecnología de la Posverdad, había llevado a nuestro planeta a la destrucción, pese a estar muy adelantado tecnológicamente.

Cuando pasamos por el globo Leukós, sin saber la razón, todos nos miramos e intuimos que

debíamos posarnos en él.

Teníamos claro que el camino iniciado no sería fácil, pero éramos conscientes de nuestra responsabilidad: Ser la base y la esperanza de una nueva civilización.

Profesamos la Tecnología de la Luz. No existen prohibiciones, cada cual es libre de respetar o infringir las Leyes de la Vida, pero todos conocemos que la siembra tarde o temprano se ha de cosechar.

Nos esforzamos por desarrollar:

Confianza para liberarnos del miedo y la desesperación, así como honestidad, rectitud, lealtad, reflexión y alegría para soltar la amargura y el sufrimiento innecesario.

Practicamos el altruismo y la impersonalidad para alcanzar la tolerancia y liberarnos del orgullo y el egocentrismo.

Con el conocimiento puesto en práctica alcanzamos la sabiduría necesaria para no caer en dogmatismos y, trabajar por la Unidad, nos aparta del odio, la venganza y el desprecio.

En el viejo planeta la comida y la bebida estaba encapsulada; la indebida utilización de los recursos ocasionó la destrucción de los bosques y los cultivos y más tarde la desaparición de los seres vivos.

Solo unos pocos sobrevivimos en aquel ambiente donde el egoísmo y la desconfianza secaron los corazones y la tierra que pisábamos.

Llegamos a Leukós, tras abandonar el ya desaparecido planeta, Egótrofo, y con trabajo físico, emocional y mental, vamos avanzando hacia la verdad, al tiempo que el auténtico amor fluye de nuestros corazones.

Yo me llamo Iris y acabo de ser madre de una niña a la que hemos puesto el nombre de Zoe, como símbolo de la vida.

Con respeto y desde la conciencia de Unidad donde no existe tú y yo, solo nosotros, envío este mensaje deseando que sirva para algo”.

Creo que el hallazgo de la hermosa botella no fue casual, razón por la que asumí el compromiso de difundir el mensaje que contenía y que Iris hizo llegar a la Tierra, desde un lugar del universo llamado Leukós, para preveniros de las consecuencias que trae la degradación y la destrucción de los ecosistemas y recordarnos que un mundo sin reflexión es un mundo sin luz y que sin amor, respeto y comprensión se secan los corazones y hacemos inhabitable nuestro planeta.

ANA PALACIOS

España

Blog: anapalaciosv.es



OBSESIÓN

ANTHONY CCORI
GUERRERO

Era bella, aunque el maquillaje exagerado opacaba su belleza. Me enamoré de ella, desde que la vi en aquella esquina donde los alcohólicos y muchachitos arrechos la abordaban, quería acercarme, hablarle, sentirla; pero el temor de ser ignorado por no estar a su nivel hizo que la observara siempre desde una distancia prudente.

No conocía su nombre y nunca lo iba a saber, eso me daba igual. Cada día le inventaba un nombre distinto. Era una y a la vez varias.

Me la imaginaba desnuda, sus senos erguidos, su sexo depilado, masturbándose mientras me mira; y yo a su lado, inexperto, asustado, esperando que me enseñara los placeres de la vida. Aquellos que nunca había vivido con una mujer, solo con la ayuda de mi mano.

Era muy mayor, me duplicaba la edad. En aquel tiempo yo tenía dieciséis años y solo soñaba con el día en que cumpliera la mayoría de edad para que me aceptara.

Por las tardes la amaba y por las noches la odiaba. Terminaba sollozando cuando la veía alejarse con un hombre diferente. Solo quería que fuera mía. Detestaba a esos hombres que la apartaban por unas horas de mí.

Entre lágrimas juraba olvidarla porque me hacía daño. La odiaba, no la quería volver a ver. Deseaba su muerte cada vez que se alejaba de su esquina con un hombre diferente. ¿Era tan difícil entender que la quería solo para mí?

No era obsesión como decían esas carroñas que alguna vez fueron mis amigos. Era amor lo que sentía por ella. Ellos lo sabían y me tildaban de loco. Yo la amaba en silencio mientras esos traidores se la follaban.

Pero cada vez que regresaba y veía su hermoso rostro, todo odio hacia ella se esfumaba. Hasta algunas veces pensaba que ella me sonreía cada vez que volvía.

A veces soñaba que le hacía daño. Que golpeaba su bello rostro, la ahorcaba y la sodomizaba. Despertaba sudando, y entre sollozos me masturbaba pensando en ella.

Una noche, mientras la observaba como de costumbre, pude divisar que mi hermano se le acercaba y le coqueteaba. Ambos sonreían, se burlaban de mí. Mi propia sangre me estaba traicionando. Y mientras lloraba y los maldecía, veía como se esfumaban.

Esperé a mi hermano en la puerta de mi casa, había bebido, quería preguntarle por qué me había hecho eso. Entre tantas mujeres por qué precisamente ella, no podía creerlo. Mi odio hacía él se acrecentaba.

Lo divisé a lo lejos y me acerqué a encararlo. Con sorna no me miró y siguió caminando. Algo en mí explotó, todo se hizo negro. Solo recuerdo que me habían botado de la casa porque le había roto el tabique a mi hermano.

Desde ese incidente juré que nadie más te iba a tocar. Iba a tomar valor y me acercaría a ti. Te diría lo mucho que te amo, que te amo desde que te vi por primera

vez, y que cada vez me duele la cabeza cuando te veo partir de tu esquina con otro hombre. Ya no quería odiarte, solo amarte y que tú también lo hicieras. Estábamos destinados a estar juntos. Los dolores en la cabeza se habían hecho más agudos, tú lo provocabas al irte con otros.

Llegó el día en que te hablé por primera vez, tú ni me miraste, te dije que me llamaba Alonso y que estaba enamorado de ti. Me miraste como un bicho raro y me ignoraste. Tu expresión cambió cuando te dije que desde que te conocí te observaba todos los días. Te dije el número exacto de hombres que se habían acercado a tu esquina. También te hice saber los nombres que te había puesto en todo ese tiempo. Tú retrocedías, te alejabas de mí, se veía el terror en tus ojos. No temas, te dije, te amo, y no iba a permitir que ningún hombre te vuelva a tocar. Quisiste gritar, pero el pavor no te dejaba. Yo me acercaba a ti y tú te alejabas.

Mi paciencia se acababa e hiciste lo incorrecto. No debiste correr. No quise hacerte daño, no era mi intención, pero era necesario. No iba a permitir que te alejaras de mí. Te amo mucho y tú también me amas. Por fin estaremos juntos, te susurré al oído, mientras te arrastraba a este lugar desolado.

No llores, mi amor. Todo lo que hago es por nuestra felicidad eterna. Si tuve que arrancarte la lengua, era por nuestro bien. Por nuestro amor.

Te ves más hermosa cuando te desnudo, tus senos y vagina son como los imaginé, te amo mucho. Ahora me quito la correa, debo azotarte y limpiar tu cuerpo de esas impurezas que hacías con los otros. No llores, amor mío, no es un castigo, estoy limpiando tu cuerpo.

Ahora me masturbo mientras te veo desnuda a mi lado. No te toco ni penetro porque tu cuerpo está limpio de todo pecado. Quisiera saber tu nombre, pero ya es tarde. Es hora de dormir para estar siempre juntos sin que nadie nos haga daño. Descansemos por siempre, mi vida. Estás fatigada, lo sé.

No seas necia y bebe el néctar de la vida que lo preparé con tanto amor. Pronto dejarás de llorar y las heridas no te dolerán, acuérdate que todo lo que hice fue por tu bien.

Ahora yo bebo y soy feliz porque cada vez falta menos para estar juntos por siempre. Ya nadie te tocará. Eso, descansa, amor, yo también lo haré. Empiezo a sentir mucho sueño. Me empieza a doler el estómago, esto será un momento, porque luego seremos felices.

Antes de cerrar los ojos para siempre, veo por última vez tu hermoso rostro. No te mueves ni lloras. Tu belleza hace que el dolor de estómago se sienta como un hincón de aguja. Cierro los ojos y soy feliz porque sé que por fin estaremos juntos para siempre.

ANTHONY CCORI GUERRERO
Perú

Facebook: <https://www.facebook.com/arcg7>

Twitter: <https://twitter.com/AnthonyRCG>

Instagram: <https://www.instagram.com/anthonyrcg/>



BLANCO LUTO
GRACIELA VARGAS
RAMOS

Yo era muy joven y tildaba a mi vecina de loca porque ella no se cansaba de decirme que su vida estaba tan llena de soledad que parecía vacía.

Claro, mi escasa experiencia no alcanzaba a interpretar su paradoja y ni siquiera sus permanentes elogios hacia mis dibujos o mis cuadros, despertaban mi compasión; tampoco me conmovía su sincera y frecuente frustración por no haber sido madre de una hija como yo.

El matrimonio de Nora había sido una especie de novela dramática pues había sido arreglado por sus padres, como en la Edad Media, con un joven recién llegado a la ciudad y dispuesto, justamente a eso: a encontrar fortuna en alguna muchacha casadera que consolidara su aversión al trabajo.

La familia de Nora la consideró una candidata ideal ya que sufría cierto desajuste emocional, heredado de su padre, y del que había que liberarse en forma urgente.

Para Nora, fue amor a primera vista y no titubeó ni un instante cuando él, a los pocos meses, le propuso casamiento.

Y desde la ceremonia religiosa hasta la populosa fiesta en el club principal, todo transcurrió como ella lo había soñado. En el hotel, vestida todavía con primor, el tul arreglado con esmero sobre la almohada y sin quitarse los finos zapatos blancos, Nora se durmió... Se durmió esperándolo...

El truhán había cobrado el dinero convenido y después de la fiesta había desaparecido. Su actuación estaba cumplida.

La joven enloqueció de dolor se recluyó casi en la casa de sus padres. Vivían la peor afrenta de la época.

Con los años recibió una carta desde Brasil: se le solicitaba el divorcio, que ella concedió, pese a nunca olvidarlo.

Muchas veces, le decía a mi madre que tenía su vida acabada, que nunca había entendido la causa de su nacimiento ni de su existencia en tanto dolor y soledad.

Era cierto, todo su cuerpo lo testimoniaba: en su rostro, dominado por la tristeza, los ojos parecían más vacíos, más arrugados e incapaces de fabricar aquellas lágrimas que de vez en cuando se deslizaban hacia su boca; no podía detenerlas, sus manos temblaban casi en forma constante y quizás por eso se las frotaba sin parar.

Un día, en una cartera comenzó a juntar botones, hortalizas, frutas, en fin, de todo, porque tenía que viajar a buscar a su novio.

Tristes los del barrio la vimos partir en un taxi, rumbo a una casa de salud en la capital. Esta vez había enloquecido de soledad.

Hoy, que han pasado más de cuarenta años de mis conversaciones con ella, el

silencio de su alma, el abismo de ese silencio, me duelen.

Yo elegí ser una roca en el hostil desierto de la vida y disfruto la paz de mi soledad. Pero cuántas Noras no han podido elegir. Esas me duelen, eso me duele.

GRACIELA VARGAS RAMOS
Uruguay



UN HOMBRE MADURO

FELIPE A. GARCÍA

Antes de confesarle lo que sentía por ella, Andrea me estaba evitando. Ella creía que no me daba cuenta, pero era muy obvia. Dos noches antes de declararme, le pregunté si había hecho algo que la molestara. Ella me aseguró que no. Pero cuando le revelé cuánto me gustaba, sacó todo su veneno. Me dijo que ya lo sabía, que por eso me evadía. Que odiaba que la invitaran a salir y que la tenía cansada con mi insistencia. Que no estaba interesada en ninguna relación amorosa con nadie. Me llamó inmaduro. Y todavía, por si sus palabras no eran lo suficientemente dolorosas, me dijo que solo me podía ver como amigo y que esperaba que después de aquello lo siguiéramos siendo.

Tras su rechazo, traté de mostrarme como una persona madura. Eso a pesar que después de aquel día me entró mucha paranoia. No quería salir a ninguna parte porque temía encontrarme a Andrea. Cuando la veía a lo lejos me petrificaba tal como si hubiera visto un fantasma. Fue peor cuando por accidente me enteré de que ella estaba saliendo con alguien a pesar de haberme dicho que no estaba interesada en ninguna relación amorosa. Me sentí tan dolido que tuve ganas de ir a buscarla para reclamarle por su falta de honestidad, pero no tuve ni el valor ni las fuerzas para hacerlo. Entré en depresión. Ya no solo tenía miedo de encontrármela. También sentía terror de verla con su novio. No sabía cómo iba a reaccionar al conocerlo y compararme con él.

Pasó mucho tiempo antes que yo me diera cuenta de lo infantil que me estaba portando. Si la seguía evitando, reflexioné, solo le daba la razón de llamarme inmaduro. Decidí dejar de huirle. Tratar de recuperar la amistad que alguna vez tuvimos. Le escribí y le pedí perdón por la actitud que tomé. Le dije que en serio la quería mucho y no me gustaría que se perdiera nuestra amistad. Ella me respondió que estaba de acuerdo. Me invitó a que un día saliéramos los tres a tomarnos un café. “¿No creés que será incómodo?”, le pregunté pensando en su novio. Pero ella me dijo que él no sabía nada sobre lo que pasó entre nosotros. “Es que no pasó nada”, pensé. Salimos a tomarnos el café y ahí sí, por si quedaba alguna duda, le demostré lo maduro que soy. Tuve que aguantarme tres horas siendo un mal tercio entre ellos. Viendo como su novio, Fabricio, le besaba el cuello, la tocaba y se la amontonaba frente a mí. No sé cómo lo soporté. Fue un acto masoquista de mi parte. Andrea sabía cuánto me dolía verlos. Tuvo que disculparse conmigo cuando nos despedimos. Me juró que no sabía por qué él se había comportado así.

Las cosas mejoraron cuando conocí a Natalia. Ella me ayudó a enterrar mis sentimientos por Andrea. Al menos eso creí. Me duele aceptar que, aunque llegué a sentir un gran cariño por Natalia, en el fondo, no fue más que un premio de consolación por no tener a Andrea. Mis amigos me molestaban. Afirmaban que

Natalia era una réplica de Andrea. Decían que tenían el mismo color de piel, mismo peinado. Que se parecían hasta en los lentes. “A vos los fantasmas te gustan. ¡Sos un necrófilo!”, se burlaban de sus pálidos tonos de tez. Pero en su momento no lo veía así. Me negaba a aceptarlo. Lo único que me interesaba era demostrar que ya no sentía nada por Andrea.

Por un tiempo, tanto Andrea con su novio, y yo con Natalia, nos hicimos buenos amigos. Salíamos los fines de semana a cenar o a ver alguna película. Parecíamos familia. Nos apoyábamos en todo. En especial cuando perdí mi trabajo. Andrea me ayudó a conseguir un puesto de fotógrafo en el diario donde ella era periodista. Aunque al principio creí que tal gesto nos uniría a los cuatro como amigos, me equivoqué. Aquel fue el detonante que sacó a la luz los celos de Fabricio.

Sus celos eran porque a mí me asignaron como el fotógrafo de Andrea. Ella y yo salíamos a reportear todos los días. Pasábamos juntos tanto tiempo que, me imagino, temía que ocurriera algo entre nosotros. No había día en que Fabricio no le reclamara por pasar más tiempo conmigo que con él.

Los celos de Fabricio terminaron por cansar a Andrea. Entre más le reclamaba, más cariñosa se portaba conmigo. Ella se sentía protegida por mí cuando estábamos trabajando. Como siempre fue muy despistada, me preocupaba porque o no se le escaparan las fuentes o que no dejara olvidada su grabadora en las conferencias de prensa. Me decía que yo era muy dulce y amable con ella, un verdadero caballero. De un día a otro noté un acercamiento inusual por parte de Andrea hacia mí. Tengo la impresión que todo eso que me decía, así de descuidada como era, se le escapaba frente a Fabricio. Eso aumentaba sus celos. Él, quien siempre ha sido una persona pasivo-agresiva, comenzó tener una actitud hostil conmigo. Al principio eran niñerías como dejarme con el saludo en la boca o responderme con sarcasmo. Pero con el tiempo se convirtió en una agresión más física como chocar contra mí o extender sus piernas para que yo tropezara. Decidí, con Natalia, suspender nuestras reuniones en pareja para evitar sus ataques. Pero no fue suficiente. Aquí entre nos, tengo la sospecha, incluso, que Fabricio intentó echarme el carro. Yo iba saliendo del periódico cuando alguien pasó a gran velocidad a la par mía y casi me atropella. No lo vi, pero sí noté que su carro era un Toyota Yaris como el de él. Su placa terminaba en 234 igual que la de él. No quiero sonar paranoico o desconfiado, pero qué más pruebas necesito.

Una noche en la que Andrea y yo nos quedamos solos en la sala de redacción, ya cuando nos íbamos y yo la acompañaba a su carro, noté que se puso triste. “¿Te pasa algo?”, le pregunté. “No, nada. Es solo que últimamente he tenido problemas con Fabri. Y ni ganas tengo de regresar a casa”, respondió. No supe qué decirle en el momento. La observé con cierta incomodidad. Quería hacer algo pero no sabía qué.

Hacía mucho frío esa noche. Ella vestía una blusa desmangada que me permitió ver sus brazos erizos. Como no tenía abrigo que ofrecerle, me ofrecí a darle un abrazo. Ella se extrañó por mi oferta, pero le expliqué que quería hacerlo solo para calentarla y consolarla. Andrea accedió. La abracé. Y ya estando cerca, fue ella quien me besó.

Terminamos en un motel. Sentí que finalmente me estaba sacando esa fina aguja que nunca deja de atravesar el corazón cuando hay un desamor. Pero debo ser sincero y decir que lo que hicimos en esa habitación no fue amor sino odio. Todo el amor que alguna vez sentí por ella se transformó en odio. Hasta esa noche descubrí que ya no estaba enamorado de Andrea. Si pasaba la noche con ella era por orgullo y venganza.

Así como esa noche hubo otras. Muchas otras. Pero en lugar de enamorarme, cada vez la odiaba más. No dudo, que a partir de este momento, más de una persona me acuse de inmaduro, machista o misógino. Pero si lo piensan bien, mi reacción no tiene nada de lo anterior. Mi odio no era por ser hombre. Mi odio era por ser humano. Hombres y mujeres somos seres humanos, seres sentimentales. Odiar a alguien por un corazón roto no es cuestión de género. Yo pasé de amar a odiar a Andrea con todas mis fuerzas. Y no por ser hombre, sino por mi corazón roto. No fue hasta que finalmente tuve mi aventura con Andrea cuando descubrí que desde que ella comenzó a salir con Fabricio, lo que más deseé con todo ese corazón fue que su relación con él fracasara y ella se arrepintiera de haberlo elegido en lugar que a mí.

Hoy por la tarde regresé temprano a casa. Había olvidado mi celular y pasé todo el día descomunicado. Me encontré a Natalia en la puerta, con su maleta lista para irse. “Me imagino que ya te diste cuenta”, me saludó. Yo negué. “Fabricio mató a Andrea”. Estaba en las noticias: “Reportera de CrónicaSV es asesinada por su novio”. Según la nota, el asesino la mató al comprobar su infidelidad. No había señales de su paradero. “Te dejó un mensaje en tu teléfono”, anunció Natalia antes de tomar su maleta y abandonar la casa. Tomé mi celular y revisé el mensaje de inmediato. Era una fotografía del cuerpo sin vida de Andrea con una nota que decía: “Aquí te dejo a tu novia”. Y al caer en cuenta de lo que estaba viendo, sentí cómo mis orejas se pusieron calientes y extendieron todo ese calor al resto de mi cuerpo.

No sé cuánto tiempo pasé contemplando la foto, totalmente absorto. Cuando finalmente dejé de verla, ya estaba oscuro. Muchos de mis colegas han intentado comunicarse conmigo, no sé si para preguntarme si estoy al tanto de la situación o si es para darme el pésame. No he querido responder ninguna llamada.

Cuando salí de aquel ensimismamiento, me serví un whisky con toda la calma que pude. Tomé asiento en el sillón de la sala para releer la noticia por internet. Desde que me enteré traté de comportarme, otra vez, lo más sereno posible, tomar la noticia

con madurez. Pero mientras leía la nota, no pude dejar de sonreír. Sentir alivio y mucha felicidad. Sabía que algo así sucedería. Lo supe desde que relacioné toda esa serie de atentados en mí contra con los celos de Fabricio.

Sabía que tarde o temprano Andrea, la muy despistada, dejaría frente a los ojos de Fabricio una pista de nuestra relación que él ya no soportaría y lo haría explorar. No voy a negar que no me esforcé por esconder lo nuestro. Todo lo contrario, sutilmente dejé evidencias que sabía a ella no se le ocurriría ocultar. A veces, después de algún encuentro en el motel, dejaba “olvidada” mi billetera en su cartera. Otras veces le mandaba mensajes a su celular que sabía no borraría. Hasta le mandé correos electrónicos sabiendo que un fin de semana, si Fabricio le pedía prestada su computadora, los encontraría al encenderla. Y él ya no lo resistiría. Lo que no me imaginé fue que arremetiera contra ella. Siempre creí que sería en mi contra. Tampoco me lo imaginé capaz de matar a alguien. Solo lo imaginaba haciendo alguna locura que le demostrara a Andrea lo inmaduro que era él.

Con ese primer whisky que me serví comencé a imaginarme a Fabricio insultándola. Y mientras ella vivía aquel infierno, el mismo en el que yo estuve cuando me rechazó, la imaginé pensando en mí. En lo dulce que siempre fui con ella. En lo caballero que me comporté. En el hombre maduro que soy.

No puedo dejar de preguntarme en qué pensó Andrea antes de morir. Qué pensamiento se le cruzó por la mente cuando vio a Fabricio sacar la pistola, de dónde la sacó. En quién pensó cuando escuchó el gatillo. O si se habrá arrepentido por haberme dicho que “no” aquella noche en que le confesé mis sentimientos. ¿Cuál habrá sido el último pensamiento que tuvo antes que aquella bala rompiera su cráneo y le atravesara el cerebro?

Todas esas preguntas me las planteé mientras me embriagaba, hasta que no pude fingir más y me puse a llorar.

Me duele aceptar que anoche me embriagué y lloré pensando en Andrea. Me quedé dormido peleando contra mis sentimientos. Por la madrugada, recibí un mensaje de Fabricio. Todo este tiempo creí que odiaba a Andrea y hasta ahora descubro que en realidad la seguía amando. Fabricio lo sabía. Lo supo desde aquella tarde en la cafetería cuando se la amontonó frente a mí. Por eso la mató. Porque solo haciéndole daño a ella conseguiría hacerme daño.

FELIPE A. GARCÍA
El Salvador

Blog: <https://cafe-irlandes.com> - Twitter: [@cafeirlandes1](https://twitter.com/cafeirlandes1)



**LA HABITACIÓN
EN LLAMAS
PATRICIA NOEMÍ
DAGATTI**

Mariana sentía que las últimas horas de la tarde eran la víspera de los momentos más intensos del día. El atardecer despertaba todos sus sentidos y con ellos también cobraban vida fantasmas acallados, adormecidos, que desde hacía un tiempo bastante largo no le daban tregua. Aún así, o quizás por eso, su cuerpo se embriagaba por completo cuando el perfume de la noche comenzaba a fluir.

Como en un rito de iniciación, por esas horas iba al bar de siempre, elegía la mesa que daba a la ventana, pedía un café bien cargado y observaba la ciudad que iba conciliando la calma. Luego se disponía a entablar alguna conversación con las personas que frecuentaban el lugar. Aunque en verdad a ella las relaciones sociales no le resultaban muy agradables y por eso quizás tampoco fáciles. No por timidez sino más bien por aburrimiento. Pensaba que la mayoría de las personas, salvo poquísimas excepciones, acostumbraban a hablar sobre asuntos personales intrascendentes.

Puede ser que por esa causa Mariana prefería que las conversaciones que entablaba con sus compañeros de café fueran solo imaginarias. Dado el caso, no saber absolutamente nada de ellos era una ventaja, le daba la posibilidad de crear con cada uno personas que respondieran a sus deseos e intereses. Relacionarse con ellos de esa forma en verdad podía llegar a ser excitante.

Según el interlocutor los temas iban variando y la mayoría de las veces resultaban ser muy interesantes. Hasta había momentos en los cuales la charla se tornaba increíblemente intensa y Mariana quedaba desconcertada, exhausta de placer.

Dos o tres veces a la semana se encontraba con Guillermo, un tipo grande con ojos saltones que parecía sacado de un cuadro antiguo. Estaba siempre concentrado leyendo, “un típico troglodita” pensaba ella. Pudo ver después de un tiempo que leía libros de ciencia ficción, Mariana no conocía mucho del tema pero se moría de curiosidad por saber de qué se trataba. Hasta que una tarde no pudo más y le preguntó. A partir de ese día mantenían charlas interminables que siempre comenzaban en torno a alguna novela o algún cuento que Guillermo desmenuzaba en palabras que Mariana saboreaba como si fuera el vino más exquisito que hubiese probado, podía sentirlo como recorría hasta el último hueco de su cuerpo. Con Guillermo conoció el universo misterioso de Lovecraft, poblado de seres innominados que acechaban el planeta. Se sintió extrañamente atraída por ese universo, quizás porque sentía alguna similitud con aquellos fantasmas que despertaban en su mente.

Atormentada, una tarde decidió pasar por alto el bar. Hacía varios días que tenía un sueño recurrente, lo intuía ya que al despertar por más que hiciera grandes esfuerzos no lo podía recordar. Pensó que volver a su casa caminando, en medio de la llovizna y el frío que helaba los huesos le ayudaría a recordar aquel sueño que la

inquietaba.

Ya en su departamento tuvo algo así como una revelación, la sintió en todo el cuerpo, estaba atravesada por un sentimiento ajeno a ella que la poseía, la deformaba como a los personajes de los cuentos de Lovecraft. Pudo sentir en ese instante un calor que la consumía por dentro hasta hacerla desaparecer.

Días más tarde, Guillermo encontró sobre la mesa en la que solía sentarse a tomar el café una nota de una mujer desconocida que decía:

Despedida.

Guillermo: el humo está invadiendo la habitación, se presienten las llamas. En esta agonía urgente, no voy a escribirte una carta de amor. Tan solo recordar y recordarte las muchas veces que el amor habitó nuestros encuentros sin atrevernos a nombrarlo, tal vez no hacía falta, todos los instantes estaban poseídos por él. Desde esta ventana del quinto piso, voy a saltar al vacío antes que el fuego me consuma. Solo llevo tu recuerdo indispensable y cálido, capaz de aliviar hasta el dolor de la muerte.

PATRICIA NOEMÍ DAGATTI

Argentina

Facebook: <https://www.facebook.com/patricia.dagatti?ref=bookmarks>



LA VILLERA

MARINA SOSA

Ella llega todas las tardes una hora después de empezada la clase. Tiene que dar la nota. Se hace llamar “La Villera”. No respeta ni a la madre que es lo único que tiene.

Va con la boca pintada a full, los pelos de dos colores, los jeans súper rotos y la remera abajo del corpiño dejando la panza al aire.

Hace todo lo que los demás no podemos hacer, todo lo contrario a lo que dice el Reglamento de Convivencia.

Se ríe de todos. Compra chupetines con chicle, enormes, que disfruta durante toda la clase, que le dejan la boca y la lengua de color azul y mastica y explota enormes globos del mismo color todo el tiempo alterando los momentos de silencio en los que leemos o en que los docentes explican.

A los profes los vuelve locos y los insulta, hasta al director le dijo que es un gordo de mierda hijo de puta y nadie hace nada para que cambie de actitud. Extiende una sonrisa burlona y cómplice con su grupo de secuaces y se sienta donde le pega la regalada gana. Incluso si alguien ocupó el lugar que ella quiere, le hace señas para que se corra y el otro lo hace sin chistar del miedo que le tienen y los profes no dicen nada.

Si tiene hambre saca de su mochila un enorme sánduche que puede ser de milanesa o de jamón y queso y el celular para saborearlo mejor mientras recorre las redes sociales. Si quiere, arroja partes del sánduche a quien sea o escribe improperios en los diccionarios o libros que traemos de la biblioteca y sigue con las paredes, ventanas, bancos, sillas, o lo que sea. Lo hace con fibrones de colores o con liquid y después acusa a los demás y si le preguntan si fue ella pone, primero, cara de sorprendida, después de enojada lanzando de su boca palabras horribles y luego se ríe con sorna. Sus manos se deslizan sobre el teclado, van y vienen, entra en Facebook, lo interrumpe todo el tiempo para mantener innumerables conversaciones por Whatsapp y ve toda clase de videos en Youtube o de los que tiene en el celu, a veces de esos asquerosos que se los muestra a toda la clase.

Yo no sé nada de psicología pero sé que está loca o que algo tiene metido en el cuerpo. Eso dice la madre, hasta la sometieron a una especie de exorcismo. La madre dice que es un infierno vivir con ella que tiene catorce pero parece de treinta. La madre dice que le pega palizas que nunca soñó que podría recibir de una piba como ella. Por eso le obedece, por eso cuando ella la llama desde el colegio para que la retire va corriendo porque sabe muy bien lo que le espera. A veces va a buscarla y ella la echa porque ya se arrepintió.

Toda ella es como una broma de mal gusto. No parece faltarle nada. Va limpia y perfumada, siempre tiene una ropa nueva de esas que se usan ahora y que sus admiradoras del curso desean, tampoco le falta un buen labial, un esmalte, incluso el

paquete de Camel box que coloca desafiante sobre el banco junto con el encendedor verde.

Ella entra en el aula y el clima cambia totalmente, la clase se oscurece, es como si se escuchara el ruido de un sarcófago arrastrándose, algo similar a la aparición de los dementores de Harry Potter cuando la cosa se va poniendo fea en la saga.

Y su risa. Su risa que se vuelve un cachetazo y otro y otro y otro en nuestras caras.

Nunca pensé que podía encontrarme con alguien como ella. Me arrepiento tanto de haber repetido porque si hubiera pasado a tercero, hubiera podido seguir en la otra escuela que este año cerró un curso para abrir uno de secundaria superior y muchos nos quedamos sin vacantes. Acá nos recibieron y somos cuarenta en un aula para veinticinco, menos mal que muchos faltan cada día.

Ella ha llegado y es la una y media pasada, hoy más tranquila porque hubo reunión con la madre y el Director. Parece que los profes hicieron actas quejándose a la inspectora y el juez, igual siempre vuelve. Nosotros no decimos nada. Mi mamá me dijo que no me metiera ni con ella ni con las otras que la admiran y hacen todo lo que ella les manda. Somos pocos. Nos sentamos adelante y agachamos la cabeza toda la clase, apenas para ver el pizarrón y hay que aguantarse cuando ella pasa y nos dice algo por lo bajo o nos tira cosas cuando los profes no ven. Nacho se enojó el otro día y ella le pegó hasta cansarse. Ahí nadie hace nada. Las amigas (que no son amigas porque del miedo que le tienen hacen todo lo que hacen) se ríen con ella y la ayudan a burlarse de nosotros. Nacho se sabe defender pero, aunque está loca, a él la mamá le dijo que a las mujeres no se las toca, así que se dejó pegar. Encima después el Director lo suspendió a él, a él que el profe de Física de otro curso lo tuvo que llevar hasta la casa para que La Villera no le pegara en la calle.

Después pasó lo del cuchillo con la Camila. La Villera no la quiere porque es muy rubia y tiene el pelo largo y los chicos andan todos detrás de ella. La Cami es buena, hace toda la tarea y estudia pero tiene carácter. Esa tarde teníamos matemática y el profe es de esos que no te dejan pasar una, el tipo mira y se da cuenta de todo pero con La Villera nadie puede porque hace lo que quiere y sigue estando ahí, nadie la puede echar de la escuela porque dicen que la escuela es para todos y no sé qué de los derechos y que hay un juez y no sé qué. Eso me explicó mi mamá que se lo dijo el Director cuando fue a hablar porque ella me dijo que me iba a tirar por la escalera a mí y a mi hermana. La cuestión es que ese día como todos los días desde que pusieron el wifi en la escuela y el dire nos anotó la contraseña arriba del pizarrón, ella no para con el celu, le manda videos, imágenes y le da a la lengua por el Whatsapp. Hoy escribió en el grupo de primer año donde está la Érica que es muy amiga de la Cami que está en

segundo con nosotros y contó ahí que la Cami gustaba del Kevin y el Kevin de la Cami. Todos saben que la Érica sale con el Kevin. La Érica es jodida, no sabe pegar pero junta gente del barrio para que en caso de necesitarlo caguen a palos a la que sea que la joda en la escuela y tiene amenazadas a unas cuantas pibas que no vienen más. Tanto le hizo la cabeza La Villera a la Érica en el grupo de Whatsapp de primero que entró como un caballo y la empezó a bardear a la Cami. Escribió que qué se iba a fijar en ella el Kevin si era más puta que la madre y la abuela y a decir un montón de cosas horribles que mejor no digo porque si se me pegan mi mamá me va a retar (me dijo aguantá, hija, que en cuanto pueda te mando a un colegio mejor). La Villera le hizo una captura de pantalla y se la mandó a la Cami. La Cami empezó a ponerse mal en el curso, se paró y le pidió al profe ir al baño y el profe le preguntó que qué le pasaba porque parecía que le salía fuego de los ojos pero no dijo nada. Juntó y juntó un montón de bronca y cuando salimos al recreo la buscó a la Érica y la llamó para hablar en el baño y le entró a dar y mientras la revolcaba, las amigas de La Villera la filmaban a pedido de ella que le encanta subir esos videos por todos lados para que se sepa que el territorio de la escuela es de ella y que ella manda. Pero ese día se le fue la mano, ese día sacó de la mochila el Tramontina que había llevado, según ella, para cortar la milanesa y se lo pasó a la Cami arengándola para que lo usara y la Cami, que cuando se enoja se pone reloca, lo agarró. Bien adentro de la panza se lo clavó. Las baldosas grises del baño se tiñeron de rojo y la sangre era bien clara y espesa. Se escuchó la voz del Director que preguntaba qué estábamos haciendo ahí y entró corriendo. Todas desaparecieron en un segundo. La única que no pudo moverse fui yo que agarré el cuchillo y se lo arranqué de la panza para que no la lastimara más.

La Érica sobre el charco de sangre, yo parada al lado de ella con el cuchillo en la mano y el Director de rodillas después de haber resbalado con la sangre, de rodillas frente a la Érica que ya no respiraba.

Nunca voy a olvidarme de la cara descompuesta de ese hombre, de la ropa teñida de rojo, de las manos de la mujer policía sacándome el cuchillo, de los ojos de mi vieja que fue la única que me creyó, de la risa de La Villera que me gozaba desde la puerta del aula mientras masticaba lo que le había quedado del ságuiche de milanesa.

MARINA SOSA
Argentina

Facebook: <https://www.facebook.com/marina.sosa.5243>

CONVOCATORIA

SEPTIEMBRE 2018

Invitamos a escritores (Género Cuento) a formar parte de nuestro próximo número. Los cuentos podrán ser o no inéditos, deberán estar escritos en castellano y su extensión deberá ser menor o igual a 2.000 palabras.

El tema es libre.

Las obras deberán enviarse por correo electrónico en archivo adjunto, formato word con asunto:

REVISTA DIGITAL EL NARRATORIO NRO. 31

a:

elnarratorioblog@gmail.com

Deberá incluirse en el cuerpo del mail, nombre y nacionalidad de los autores y enlaces a sus páginas web y/o redes sociales.

La publicación estará protegida con Creative Commons 3.0, donde se puede copiar, distribuir y comunicar libremente la obra sin fines comerciales ni obra derivada, reconociendo el crédito de los autores y la revista.

FECHA LÍMITE: 25 DE AGOSTO DE 2018.



EL NARRATORIO



ISSUU: www.issuu.com/elnarratorio
 PÁGINA WEB: www.elnarratorio.com.ar
 FACEBOOK: <https://www.facebook.com/el.narratorio/>
 TWITTER: @narratorioblog
 INSTAGRAM: <https://www.instagram.com>
 E-MAIL: elnarratorioblog@gmail.com
elnarratoriodigital@gmail.com

